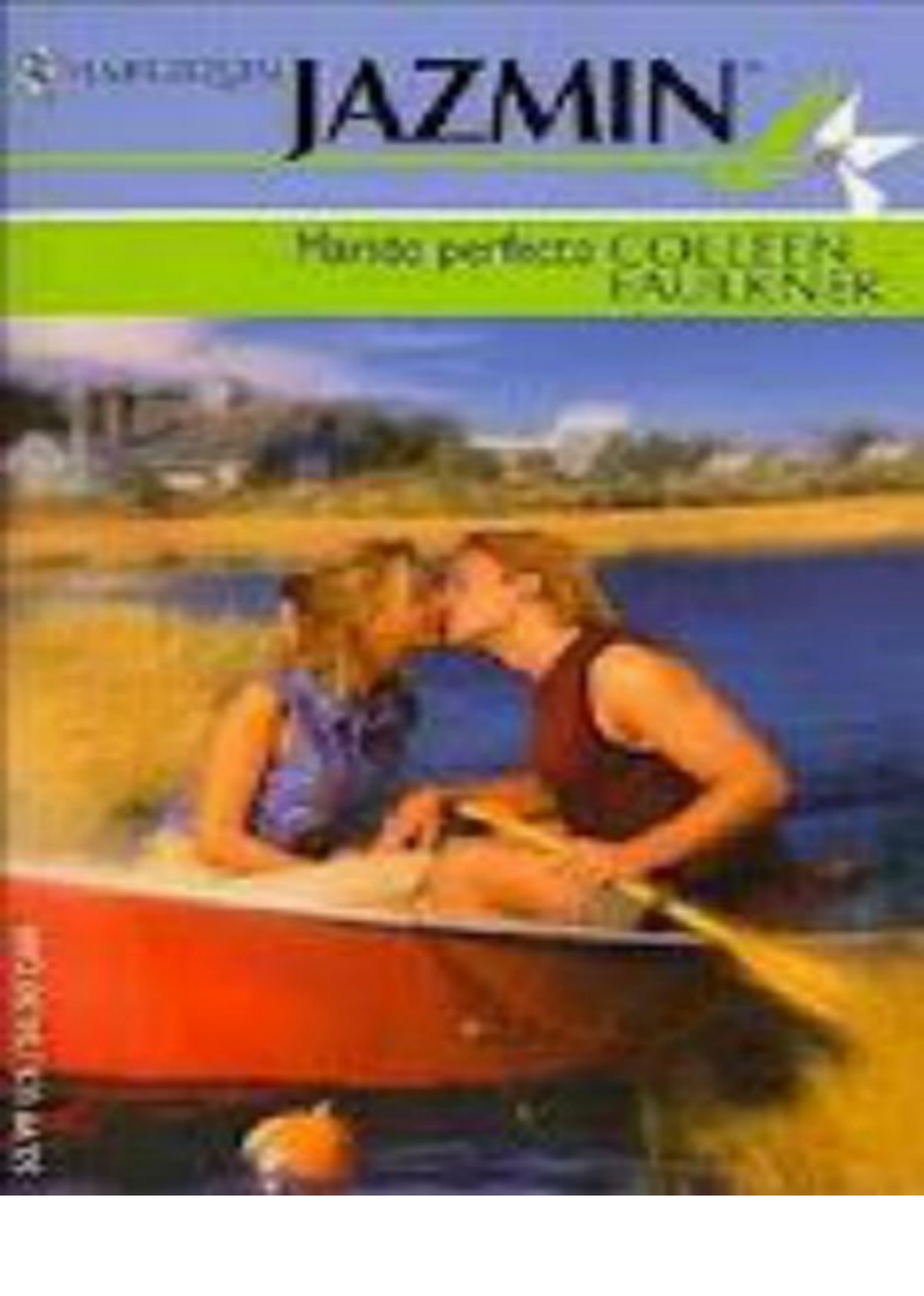

JAZMIN
Marido perfecto
COLLEEN FAULKNER

Marido perfecto

Tenía todo lo que una chica podía desear… excepto un marido. De modo que Elise Montgomery recurrió a la guía Cómo buscar marido para encontrar a uno. Pero, según el manual, su hombre elegido, un sexy granjero llamado Zane Keaton, era, definitivamente, el hombre equivocado. Sin embargo, después de compartir con él unos cuantos besos estremecedores, Elise se preguntó si, después de todo, no sería un buen candidato… Zane sólo deseaba a una mujer sencilla y sin aspiraciones… hasta que conoció a Elise. Era dulce, descarada y seductora, pero demasiado ambiciosa para ser su esposa ideal. ¿Cómo iba ella a resignarse a una vida de felicidad doméstica?

Sólo le hacía falta un marido…

Prologo

ELISE Montgomery apretó la tecla de impresión de la fotocopiadora que había en la sala de espera de la Inmobiliaria Waterfront en el sur de Delaware, donde trabajaba, y apoyó una mano en la cadera para esperar. En ese momento vio pasar a su mejor amiga por el pasillo.

-Liz, ¿tienes un segundo? -llamó.

Liz retrocedió y miró su reloj. Llevaban un atuendo similar: faldas y chaquetas con blusas de seda blanca. El de Elise era de color salmón y el de Liz azul marino.

-Tengo diez minutos -repuso Liz-. Van a venir unos clientes nuevos para mirar los apartamentos de Mallory Bay.

Elise recogió una de las copias que había soltado la máquina.

-Aquí tienes la lista que te conté que había encontrado en aquel libro.

-Otro libro de autoayuda -enarcó una ceja con escepticismo, alzó el libro que había junto a la copiadora y leyó el lomo-: ¿Cómo Buscar Marido?

Elise se encogió de hombros.

-Tiene un título horrible, pero escucha esto -lo abrió en el primer capítulo-: Según la autora... «En la actualidad, las mujeres dedican más tiempo a estudiar los coches que van a comprar que los hombres con los que van a casarse. Cuando una mujer culta y profesional del nuevo milenio compra un coche, redacta una lista con las cualidades que busca, tales como el valor por el dinero que entregará, consumo de gasolina, estética, etcétera. Luego, conduce varios coches y los evalúa de acuerdo a su lista de requisitos. Y termina por comprar el coche que mejor se adapta a ella. Una mujer debería buscar marido de la misma manera lógica».

-Es una broma, ¿verdad? -musitó Liz-. ¿Cómo comprar un coche?

-Hum- dejó el libro.

-Si la analizas, es una observación perfectamente valida, Liz. He hecho copia de los puntos sugeridos para las dos -se apoyó en la fotocopiadora mientras señalaba los principales con un bolígrafo-. Hay varios encabezamientos y subencabezamientos. Que cada una ponga las cualidades que busca, la autora hace algunas sugerencias... ¡y luego sólo queda sumar!

Liz observó la fotocopia.

-La cuestión -añadió Elise- es que no tenemos tiempo para los hombres que no son buenos candidatos para las relaciones a largo plazo.

-Te refieres al matrimonio. Veamos -miró la hoja-, tipo de coche... deportivo, utilitario, sedan. Bonificación para los coches que cuestan más de cuarenta mil dólares. Bien. Me encanta un hombre que conduce un buen coche.

Elise rió.

-Parece un poco excesivo, pero supongo que eso es importante para algunas personas. Y puede indicar la educación y la posición socioeconómica de un hombre.

-Primera cita -siguió leyendo Liz-. Elegir una... cena, cena y baile, película y cena. Temas de conversación... habla de ti, habla de sí mismo, sabe lo que sucede en el mundo. No tiene ni idea -rió y miró a Elise-. ¿Y el libro pone que esto funciona? ¿Puedes encontrar un marido con esto?

Elise volvió a encogerse de hombros.

-No hay nada garantizado, por supuesto, pero en esencia es lo que hacen las agencias de contactos, ¿no? Y el libro está lleno de sugerencias útiles. Ya he empezado a subrayar algunas.

Liz aún parecía poco convencida.

Elise le dio un golpe en el costado.

-Vamos, ¿dónde está tu sentido de la aventura? Será divertido.

Liz gimió y alargó una mano.

-Dámela.

Elise le entregó la lista.

-No te olvides de rellenar todos los requisitos, luego saca fotocopias. Utiliza una hoja por cita. En la parte superior, a la derecha, hay un espacio para poner su nombre.

-En el pasado habías tenido algunas ideas descabelladas, Elise, pero ésta...

-Eh, las listas funcionan en el negocio inmobiliario, ¿no? -indicó la oficina elegante con un gesto de la mano-. Por aquí las cosas funcionan así. Nos establecemos objetivos. Los vamos tachando y terminamos consiguiendo lo que nos propusimos. Es una gestión perfecta del tiempo. Cómo Buscar Marido no es más que un instrumento que nos ayuda a obtener lo que queremos. Ayuda a las mujeres sanas a ser felices.

-Ya suenas como el libro -Liz pegó la hoja al pecho-. De acuerdo, me rindo. Probaré tu método -puso los ojos en blanco-. Hasta ahora no ha funcionado nada. Citas a ciegas. Agencias de contactos. Anuncios personales. ¿Qué puedo perder?

-Esa es mi chica -le sonrió-. Confía en mí. Va a funcionar.

-He de irme -Liz la saludó con la mano-. Luego hablamos.

La observó desaparecer por el pasillo.

-No te olvides la cena benéfica del viernes por la noche -dijo a sus espaldas.

-Te recogeré a las seis.

Elise bajó la vista a las fotocopias que tenía en las manos. Una lista para encontrar maridos potenciales.

Era una locura... ¿o no?

Más que una locura, era un acto desesperado.

Después de años de citas superficiales y relaciones a corto plazo que no llevaban a ninguna parte, había comprendido que estaba preparada para buscar algo serio. Tenía todas las cosas que consideraba que la harían feliz: un trabajo bien remunerado, un apartamento estupendo, un buen plan de jubilación. Pero no era suficiente.

Su padre, Edwin Montgomery, de los petroleros de Dallas, siempre le había dicho que el trabajo duro era en lo único en que podía confiar una persona. Desde pequeña le había metido en la cabeza que su carrera era lo importante; la felicidad personal era irrelevante. De modo que durante largo tiempo había llevado esa vida. Y durante un tiempo, su carrera fue suficiente. Sin embargo, en los últimos meses, eso había dejado de bastar. Había dejado de satisfacerla como antaño; ni siquiera estaba segura de que le gustara el negocio inmobiliario. Se daba cuenta de que estaba sola y no quería terminar como su padre, aislado e irascible. Quería una pareja a quien amar, un hombre en quien poder confiar, que la amara y confiara en ella a cambio.

Estudió la lista que tenía en la mano. Se dijo que valía la pena intentarlo.

Capítulo 1

Nunca confiéis en la química física entre un hombre y vosotras. La atracción sexual es fugaz.

Elise se llevó la copa a los labios y bebió la tónica mientras observaba el salón del hotel lleno de empleados y benefactores locales del hospital. Esa noche se había puesto su «pequeño vestido negro» favorito y una nueva tonalidad de lápiz de labios llamada Seducción.

Por lo general, odiaba esa clase de acontecimientos, pero Inmobiliaria Waterfront había pagado la entrada cara. Era su trabajo sonreír, beber tónica y estar atenta a clientes en potencia. Había asistido a tantos acontecimientos similares en los últimos años, que se conocía el guión de memoria. Mantendría una conversación ligera con personas que desconocía. Luego jugaría con pollo seco y judías verdes demasiado hechas en el plato, escucharía conversaciones aburridas y al final se iría a casa a cenar palomitas y ver una película por la tele.

Pero esa noche era diferente. Podía sentirlo desde el pelo recién peinado hasta las puntas de los zapatos nuevos. Esa noche iba a ser diferente. Iba a conocer a hombres, iba a rellenar el formulario, sumar los puntos y encontrar un marido.

Vio a Liz Jefferson ir hacia ella enfundada en un vestido negro demasiado ceñido. Sostenía una copa con vino que probablemente no era la primera. Admiraba la capacidad que tenía Liz de aguantar el alcohol. Ella jamás bebía en público, y no porque tuviera algo contra el alcohol, sino porque podía hacer que se comportara como una tonta. Una copa bastaba para que empezara a contarle a cualquiera que quisiera escuchar, cómo de pequeña siempre había querido tener un perro y jamás se lo habían consentido porque podía manchar la alfombra blanca de su padre.

En ese momento se le ocurrió que también ella tenía moqueta blanca en su apartamento.

Y ningún perro.

¿Cómo se había alejado tanto la vida de lo que había querido que fuera? Siempre había jurado que no sería como su padre. ¿Se estaba convirtiendo en eso?

-Hola -Liz se deslizó hacia ella. Elise conjeturó que el vestido era demasiado ceñido para permitirle caminar-. ¿Has visto a alguien con potencial? -se colocó al lado de su amiga y estudió la sala por encima del borde de la copa de chardonnay.

-Hasta ahora, lo mismo de siempre -repuso Elise.

Por doquier había hombres con esmoquin. Elise conocía a

muchos. Había salido con unos pocos. Ahí estaba Joe Kanash, quien después de dos citas le reveló con timidez que no estaba «del todo» divorciado. Y Bobby Rent. Sorbía la sopa de mariscos y hacía ruidos por la nariz siempre que se ponía nervioso, lo que había descubierto que era a menudo. Alex Bortorf, el proctólogo, Mark Wrung, el propietario de los grandes almacenes... la lista era interminable.

Suspiró. Una vez allí, empezaba a acobardarse. ¿En qué era mejor que otros ese libro de autoayuda? Se dijo que debería irse a casa ya a preparar las palomitas para su habitual cita de última hora con David Letterman. Además, los zapatos nuevos la estaban matando.

-Eh, eh, eh -Liz se llevó una mano a la cadera para acentuar su postura-. Una cara nueva a la una. No lleva anillo en el dedo.

A Liz se le daba mejor reconocer a los casados. Elise desvió la mirada mientras alzaba la copa, aunque sin llegar a beber. Santo cielo. Era una cara nueva. Y atractiva. El hombre que aceptaba un canapé de un camarero parecía tener treinta y pocos años. Era rubio natural, con, el pelo aclarado por el sol, con uno de esos cortes de chico malo. Un poco largo en las orejas y la nuca. Tenía la cara bronceada, aunque dudaba de que fuera artificial. Era alto, pero no excesivamente.- Quizá un metro ochenta y dos, ochenta y cuatro. Exhibía una buena complexión, pero se notaba que no era un fanático del gimnasio. El esmoquin le quedaba tan bien, que tenía que ser propio y no de esos alquilados que al día siguiente estarían en la tintorería.

El hombre se había vuelto y establecido contacto visual con Elise. Le sorprendió descubrir el calor de un rubor en las mejillas. Desconocía que aún fuera capaz de ruborizarse.

Liz le dio con el codo.

-Eh, yo lo ví primero.

El Adonis miró directamente a Elise con un destello de diversión en los labios sensuales. Se preguntó si había captado lo que acababa de decir Liz o si estaba acostumbrado a que unas mujeres solteras y desespera das lo miraran boquiabiertas.

No era capaz de quitarle los ojos de encima. Entonces, de pronto, avanzó hacia ella. No supo si le entraron ganas de salir corriendo o de abrirle los brazos. -Hola -saludó, deteniéndose justo delante de ella. Apretó con fuerza la copa. Había conocido a millones de hombres en su vida. ¿Qué tenía de especial ése que de repente la dejaba sin habla? Por lo general, se le daban bien las conversaciones sociales.

Le devolvió la sonrisa y logró decir: -Hola.

-Me llamo Zane, Zane Keaton -le ofreció la mano. Liz miró a Elise, a Zane y otra vez a Elise.

-Veo que no hace falta que me moleste en presentarme -comentó con locuacidad y se marchó-. Hasta luego, cariño.

Zane no dejó de mirarla mientras le estrechaba la mano. Ella no pudo evitar reír.

-De acuerdo -dijo-. Me siento abochornada. Por lo general, juego a ser más inaccesible.

-Yo también.

-No pretendía mirarte fijamente. Me llamo Elise Montgomery.

-Encantado de conocerte. ¿Tus amigos te llaman Ellie?

Ella movió la cabeza.

-De hecho, jamás me han llamado así -le respondió.

Fue el turno de él de reír.

-A mí me parecías que eras Ellie.

De haber salido de la boca de otro desconocido, las palabras le habrían resultado ridículas. Como mínimo, un inicio muy torpe de conquista. Pero se sintió extrañamente halagada. No se consideraba una Ellie, pero en secreto siempre había deseado serlo. Ellie sonaba relajada, despreocupada. Al ser la hija de Edwin Montgomery, jamás había experimentado esas cosas.

-¿Asistes muy a menudo a estos actos? -Zane se situó al lado de ella para observar el salón.

-Demasiado -confesó.

-Yo también. Los odio -rió entre dientes-. Se suponía que debía venir con una cita, pero me dejó plantado en el último instante.

Notó que había dicho cita, no pareja.

-¿La gripe?

-Eso -confesó-, o aversión a los malos canapés, a los discursos largos y aburridos y al pollo seco.

Elise echó la cabeza hacia atrás y rió más alto de lo que hubiera sido apropiado. Un hombre y una mujer próximos, ambos vestidos de negro, la miraron.

Avergonzada, se cubrió la boca.

-Van a pensar que he bebido demasiado -murmuró-. No me hagas reír de esa manera.

Él sonrió.

-¿Qué sentido tiene la vida si de vez en cuando no puedes soltar una carcajada?

Lo miró. ¿Era real ese hombre? ¿Atractivo, encantador y divertido? Le miró la mano izquierda. Liz había dicho que no llevaba anillo. Pero quiso cerciorarse. Negativo.

-Entonces, si tu cita dio marcha atrás, ¿por qué has venido?

La miró con ojos chispeantes. Parecía un hombre feliz. Feliz consigo mismo. Algo que no se veía muy a menudo.

-Era mi hermana, Meagan, quien se suponía que debía acompañarme. Nuestro abuelo fue uno de los principales contribuyentes cuando este hospital se construyó en los años sesenta -se alzó de hombros. - Ahora está en una residencia y no puede asistir a esta clase de actos. Vengo en su lugar. Traigo su cheque. Saludo en su nombre.

Le pareció algo tan dulce, que durante un momento no supo qué decir. ¿Un hombre con vínculos familiares? ¿A quien le importaban las generaciones anteriores? Elise jamás había conocido a ninguno de sus abuelos.

-Fue un gran gesto venir en su lugar.

-Sí -Zane suspiró-. Pero sólo le dije al abuelo que vendría, no que me quedaría. Llevo aquí una hora, les he estrechado la mano a todos los integrantes de la junta. He comido varios canapés malos y ya estoy aburrido. Es hora de irse. ¿Qué me dices de ti? -enarcó una ceja.

Era un poco arrogante, pero no de forma desagradable. En un mundo de machos beta, ¿podría ser ése el último lobo alfa de la manada? Contuvo una sonrisa.

-Todavía queda el pollo seco y el discurso aburrido.

Él asintió.

-Tienes toda la razón. Podríamos pasar al comedor para encargarnos de ese pollo. Podríamos bostezar durante los discursos o... -cambió el tono de voz, como si tuviera un secreto que compartir.

-¿O? -murmuró ella, hipnotizada por su mirada.

-O podríamos escabullirnos por la parte de atrás a dar un paseo por la playa. Si tienes hambre, te compraré una hamburguesa con queso cuando te lleve a casa.

Elise lo miró fijamente, incrédula durante un momento. Había dedicado más de una hora a arreglarse para esa velada. Se había comprado zapatos nuevos y lápiz de labios Seducción. Inmobiliaria Waterfront había pagado más de quinientos dólares para que ella viera y fuera vista esa noche. No podía escabullirse así sin más... ¿o sí?

Bueno, su empresa no había pagado por el pollo. El cheque había sido un donativo para financiar el pabellón de maternidad.

Esbozó una sonrisa. Largarse de allí no encajaría para nada con su manera de ser. Elise Montgomery siempre acataba las reglas, y

éstas eran que si tu jefe pagaba quinientos dólares por un pollo horrible, te lo comías. Sin embargo, podía ver que Zane Keaton no era un hombre que jugara de acuerdo a las reglas.

-Ah, la has encontrado, Zane -Richard Milton, un eminente abogado local, se les acercó.

Zane enarcó una ceja.

-Elise Montgomery, la agente inmobiliaria de quien te hablé. Si quieres realizar una compra importante de tierra en este condado, ella es la persona a la que debes conocer.

Elise sintió que se ruborizaba.

-¿Eres agente inmobiliaria? -preguntó él, como si no terminara de creer al abogado. -Así es -asintió.

-Bueno, os dejó a solas. Llámame si Elise encuentra lo que andas buscando -Richard se marchó.

-De modo que andas buscando tierras -le sonrió. Él se encogió de hombros. -Es posible. Bueno, ¿sigues interesada? -¿Interesada? -repitió.

-En largarte de aquí -señaló la puerta-. Vamos, Ellie, será divertido -le susurró al no obtener una respuesta inmediata-. Y un poco atrevido. Dime que te gusta ser atrevida de vez en cuando.

Lo miró sorprendida y él le guiñó un ojo.

Guiñaba un ojo... parecía salido de un de esas películas en blanco y negro que le gustaba mirar los domingos por la tarde cuando debería estar trabajando.

-De acuerdo -aceptó, tentada por la idea de marcharse de allí-. Pero he de decirle a mi amiga Liz que me voy. Vine con ella.

Le quitó la copa vacía de la mano y la depositó en la bandeja de un camarero que pasó por allí.

-Dile que no necesitarás que te lleve a casa. Te voy a dar dos minutos para reunirte conmigo en la puerta. Luego nos largamos.

Lo observó alejarse, sintiéndose un poco aturdida. ¿Era ésa la noche con la que había soñado desde pequeña, cuando la arropaba una niñera?

Encontró a Liz en el bar.

-No necesitaré que me lleves a casa.

-¿Qué nivel alcanza en esa lista tuya? -preguntó Liz sonriendo.

-Es demasiado pronto para saberlo -afirmó. El corazón le latía con fuerza. No podía recordar la última vez que un hombre había hecho que se sintiera de esa manera.

Su amiga la miró con aire de conspiración.

-Te llamaré luego -susurró.

Elise se dirigió en línea recta hacia la puerta, con el bolso negro

sujeto bajo el brazo. No podía creer que estuviera haciendo eso. Se sentía atrevida y debía reconocer que la sensación era maravillosa.

Zane la esperaba justo fuera de la recepción del hotel. Le ofreció el brazo con una sonrisa.

-Supongo que realizaremos una salida grandiosa -comentó al avanzar con el mentón alzado como si perteneciera a la realeza-. Llegamos a la playa, tiramos los zapatos en las dunas y corremos hacia el agua.

Elise rió.

-No puedo caminar por la playa. Llevo medias -respondió.

El abrió la puerta que daba a la terraza del hotel. -¿Y qué? Quítatelas.

¿Quitárselas? Sintió como si tuviera el cerebro en sobrecarga. ¿Apoyarse en un pie y bajarse las medias en una playa pública?

Zane la condujo por los escalones que llevaban a la playa de arena blanca.

-De acuerdo, veinte preguntas. -¿Qué?

-Juguemos a las veinte preguntas. Bueno, mi versión -fue hasta la parte de atrás de la escalera y se quitó un zapato, luego el otro-. Yo hago una pregunta. Te doy mi respuesta y luego tú ofreces la tuya.

Con cuidado, ella se quitó un zapato de tacón alto y luego el otro. La sensación de la arena a través de la planta de los pies con medias fue deliciosamente cálida. Por lo general, en las primeras citas, y supuso que podía clasificar ésa como una primera cita, se ceñía a conversaciones más seguras, como en qué universidad había estudiado y cómo se comportaba el índice NASDAQ.

-Cosas ligeras -indicó Zane-. Como cuál es tu color favorito. El mío es el negro. -¿Negro? El negro no es un color.

-Lo siento. Es mi respuesta. El negro es mi color favorito. Veamos, negro como una noche sin luna. Como el lomo de un pingüino. ¿El tuyo?

-El verde -hizo una pausa después de reír-. Verde como la cara de un hombre después de haber probado la ensalada de patatas de su suegra.

Él rió.

-Vas captándolo. Vamos -abrió y cerró una mano-. Quítate esas medias. Te juro que no sé cómo podéis poneros esas cosas.

Ella se agarró a la barandilla de los escalones, luego titubeó. Introducía las manos por debajo de la falda o trataba de bajarse la cintura de los pantys a través del material del vestido.

Zane giró y le dio la espalda.

-Adelante. Haz lo que debas para quitártelas. Nadie mira -se ocupó en remangarse los pantalones.

Elise respiró hondo, metió las manos bajo el vestido y sujetó la cintura de los pantys. La bajó, enrolló las medias por los muslos y alzó un pie.

-¡Aayyyy! -se tambaleó al perder el equilibrio en la arena blanda.

Zane la sujetó antes de que pudiera caer, con los ojos cómicamente cerrados.

-Te tengo.

Aprovechando el antebrazo musculoso de Zane para equilibrarse, no tardó en quitarse los pantys.

-Ya está -manifestó, tan orgullosa de sí misma como si acabara de vender una propiedad de medio millón de dólares. Los guardó en los zapatos.

-¿Lista? -preguntó. Ella asintió. La tomó de la mano y emprendió la marcha-. Pregunta número dos. ¿Helado de chocolate o de vainilla?

- ¿Tarrina? -él sonrió-. Cucurucho.

-Desde luego -convino él-. Ya me gustas. Mientras cruzaban la playa en dirección al agua, abarcaron las preguntas tres y cuatro. Al llegar al borde del océano frío, Elise quiso preguntar ella.

-De acuerdo -rió con la última respuesta de Zane-. Deporte favorito para ver. El mío es el béisbol.

La miró sorprendido y comenzó a caminar a lo largo de la playa.

-¿No el patinaje sobre hielo? A todas las mujeres que he conocido les gustaba el patinaje sobre hielo.

-Soy seguidora de los Orioles desde que nací, con o sin Cal Ripken, Jr.

-¿Quieres casarte conmigo? -preguntó.

Ella rió. Bromeaba, desde luego, pero, no obstante, sintió un cosquilleo de emoción. Resultaba evidente que no era un hombre completamente en contra de la institución del matrimonio.

-Otra -suplicó.

-Pasemos a cosas más serias. El nombre de tu primer maestro de escuela.

Las preguntas superaron las veinte. El sol se ponía sobre sus hombros en la bahía antes de que dieran media vuelta y regresaran otra vez al hotel. Elise no podía parar de reír, no sólo por algunas de las locas respuestas de Zane, sino por el modo en que decía las cosas. Exhibía tanta seguridad en sí mismo. Era tan real. Mientras regresaban por la arena al lugar donde habían dejado los zapatos, él

la tomó del brazo para ayudarla a atravesar la arena blanda.

-Me muero de hambre. Esos canapés ínfimos no han saciado mi apetito -la miró-. ¿Quieres que compremos una hamburguesa antes de que te lleve a casa, Ellie?

Ellie. Volvía a llamarla Ellie. Le gustaba. Le gustaba cómo se sentía cuando la llamaba de esa manera.

-Una hamburguesa estaría muy bien -señaló sus zapatos abandonados-. Ahora será imposible que pueda volver a ponerme esos pantys.

Él rió mientras recogía los zapatos de ella y se los pasaba.

-Tengo el coche ahí arriba -subieron unos escalones hacia el aparcamiento mientras le explicaba la manera correcta de asar una hamburguesa. La condujo hacia un BMW verde y le abrió la puerta del acompañante.

¿Un caballero y que conducía un BMW? Ese hombre figuraba en la sección de triple bonificación...

Elise arrojó los pantys con arena en la cesta de la ropa sucia.

-¡Dispara y anota! -anunció jubilosa.

Rió. ¿Tirar pantys a las cestas? ¿Hablar consigo misma? No sabía qué le pasaba.

Sí, lo sabía. Era Zane Keaton.

Con un pijama de satén, fue descalza por el pasillo hasta la segunda habitación que usaba como despacho. Encendió la luz. Del escritorio, recogió una hoja de suave tonalidad azul y un bolígrafo. Se inclinó y escribió: «Zane Keaton» en la parte superior de la lista de Cómo Buscar Marido. Se acomodó un mechón de pelo rubio detrás de la oreja y comenzó a rellenar los datos físicos de Zane: «Un metro ochenta y tres, pelo rubio, ojos azules». Sabía que la hoja era para las citas «oficiales», pero, oficial o no, la velada que había pasado con Zane era la mejor cita que jamás había tenido.

Bueno, quizá con la excepción de aquella noche calurosa en Texas que había pasado con Johnny Carlisle, cuando una feria ambulante había pasado por la ciudad y ella se había escabullido de casa para ir a verla. Por aquel entonces sólo había tenido quince años y Johnny había sido el chico al que le había dado el primer beso, de modo que probablemente no contara.

Salió con el papel y el bolígrafo y se detuvo en medio del salón al observar el encabezamiento de Carrera.

No podía creer que no le hubiera preguntado a Zane qué hacía para ganarse la vida. Había pasado una velada entera con él. Era tan buen oyente para ser hombre. Las horas habían pasado como si fueran segundos. Y no le había preguntado nada sobre el trabajo

que desempeñaba. Su padre estaría horrorizado.

Mantuvo el bolígrafo sobre la sección de Carrera: Profesional, Propietario de Negocio, Otros. Se decidió por ese último apartado, para no tener que dejar la línea en blanco. Después de todo, ¿qué importaba lo que hiciera para ganarse la vida? Era evidente que iba a obtener una puntuación lo bastante alta como para justificar otra cita.

Sonó el teléfono y miró el reloj de porcelana irlandesa que había en una mesilla. Casi medianoche. Las once en Texas, demasiado tarde para que fuera su padre. Liz había dicho que la llamaría para ver cómo había ido la velada. Se moría por contarle a su amiga lo maravillosa que había sido.

-Liz -dijo entusiasmada nada más levantar el auricular.

-¿Ellie?

La voz masculina la sobresaltó...

La había llamado Ellie.

-¿Zane?

Él rió entre dientes con voz baja y sexy.

-No creí que te hubieras acostado ya.

Volvió a mirar el reloj. Apenas llevaba media hora en casa. Zane tenía que haberla llamado nada más llegar a la suya.

No sabía qué decir. Los hombres con los que salía, jamás tenían prisa por hablar con ella. No la llamaban media hora después de haberla dejado... a veces ni siquiera volvían a llamarla.

-No, no, está bien -se sentó en el sofá de damasco verde pálido. Era un mueble tan caro, regalo de su padre, que casi no lo usaba. Prefería el viejo sillón reclinable de piel que mantenía en su despacho en la parte de atrás-. Iba a... -bajó la vista a la hoja que había dejado en la mesilla y se sintió culpable-. Recogía un poco antes de irme a la cama -mintió con alegría.

-Bueno, quería decirte que disfruté mucho de la velada que hemos pasado juntos.

-Yo también.

-Por ello, me preguntaba...

Elise contuvo el aliento. No le importaba lo que ponía el libro de no confiar en la química. En ese momento, le parecía estupendo.

-¿Crees que podríamos volver a vernos esta semana?

-Claro -repuso, tratando de no sonar demasiado ansiosa.

-Pensaba que podría contarte qué es lo que busco en cuestión de propiedad y tú averiguar si hay algo disponible.

Si el corazón se le hubiera podido caer literalmente, ya lo tendría en el suelo. ¿Sólo quería hablar de propiedades?

-Mmm, desde luego, sería estupendo.

-Tengo una semana muy ajetreada, pero, ¿qué te parece el viernes?

-Bien.

-Te llamaré esta semana.

-Me parece bien -repuso, tratando de sonar igual de alegre.

-Buenas noches, Ellie.

Se despidió con esa voz sexy que le provocaba calor por todo el cuerpo.

-Buenas noches, Zane.

Nada más colgar, volvió a sonar. En esa ocasión tenía que ser Liz.

-¿Eres tú, Liz?

-¿Es que esperas a Leonardo o a Brad tan tarde? -la voz de Liz exhibía su habitual mezcla de diversión y sarcasmo.

Elise se sentó en el sofá y plegó los pies bajo el cuerpo.

-Nunca te vas a creer la velada que he pasado -manifestó, sin saber si quería reír o llorar.

-¿Tan buena ha sido?

-Bueno, creo que sí. Zane acaba de llamar para decirme que quería que quedáramos a finales de la semana -anunció Elise.

-¡Eso es maravilloso! -exclamó Liz.

-Para hablar de propiedades. -Oh -añadió con desánimo.

-Pero me gusta de verdad -musitó Elise-. Y ya cumple con varios de los criterios exigidos.

-Pues queda con él. Háblale de algunas de las propiedades. Deja que llegue a conocerte. Los almuerzos de negocios se convertirán en interludios románticos antes de que te des cuenta. Sucede todo el tiempo.

Elise sonrió.

-Gracias, Liz. Nos vemos el lunes.

Capítulo 2

Que no os engañen los cuentos de hadas; las ranas no se convierten en príncipes. Las apariencias lo pueden ser todo para la mujer trabajadora contemporánea. Se nos juzga por lo que conducimos y dónde vivimos.

-¡EH, ABUELO! ¿Cómo te encuentras esta mañana? -se inclinó y besó la parte superior de la cabeza calva-. Mira a quién he traído. El labrador negro de Zane, Scootie, meneó el rabo y casi todo el cuerpo y lamió las manos arrugadas de Tom Keaton, plegadas sobre el regazo tal como las había dejado la enfermera.

El anciano sonrió y palmeó la cabeza de Scootie cuando el perro apoyó el hocico en su rodilla huesuda.

-He pensado que podíamos ir a dar una vuelta, abuelo. ¿Qué te parece? -Zane observó la cara arrugada en busca de una reacción, cualquier reacción. No vio ninguna-. Estupendo -confirmó-. ¡Vamonos! -quitó el freno de la silla de ruedas y lo sacó del salón del pabellón de enfermos de Alzheimer-. Me llevo al abuelo a dar una vuelta, Katie -dijo con alegría al pasar delante del puesto de las enfermeras.

-Os abriré la puerta -respondió la rubia bonita - Que lo paséis bien.

-Siempre lo hacemos.

Con el perro siguiéndolo, empujó la silla de ruedas a través de las puertas dobles que se cerraban para mantener a los pacientes dentro. Su abuelo llevaba una banda en la muñeca como precaución adicional de seguridad. Cada vez que cruzaba las puertas del pabellón, la banda activaba una alarma.

-Anoche fui a esa cena benéfica para el hospital, abuelo -empujó la silla por el pasillo, con rumbo a las puertas que daban al jardín-. Le entregué al señor Johann tu cheque y le dije lo decepcionado que estabas de no poder asistir en persona. ¿Y sabes lo que pasó? -al acercarse, las puertas se abrieron y cruzó con al silla. Scootie fue el primero en salir hacia el sol de la mañana.

-Conocí a una chica. Te gustaría. Es bonita, divertida e inteligente.

La puerta se cerró detrás de ellos.

-Realmente me gustó -comentó pensativo, moviendo la cabeza-. Es una agente inmobiliaria. Muy ambiciosa, según Richard.

Empujó a su abuelo por un pequeño jardín circular en dirección al huerto de tomates. Tom Keaton siempre había cultivado algunos de los mejores tomates del condado de Sussex, y el hospital había sido lo bastante amable como para concederle una pequeña parcela

en la que poder plantarlos. Otros pacientes iban a recogerlos cuando estaban maduros; a Tom simplemente le gustaba ver las plantas.

-Ya sabes lo que me inspiran esas mujeres, abuelo. Simplemente, no son para mí. No les importa nada más que su trabajo. No tienen vínculos familiares. Ningún objetivo en la vida salvo trabajar doce horas al día y ganar dinero. Busco a una mujer que quiera ser parte de mi vida, igual que la abuela lo fue de la tuya.

Su madre había sido una de esas mujeres que anteponía la carrera a la familia. Había estado tan enfrascada en la carrera de publicidad, que jamás había tenido tiempo para su hermana o para él. Se había perdido el único home-run que había conseguido en la liga infantil de béisbol, cuando tenía diez años. Jamás había asistido a los conciertos de su grupo. Nunca había llevado tartas caseras al colegio en su cumpleaños, como las madres de sus compañeros. Al final, sus padres se habían divorciado cuando tenía doce años, y en ese momento ella vivía en Nueva York y trabajaba para una importante agencia de publicidad. Rara vez la veía, y cuando coincidían, eran como dos desconocidos.

-En cuanto me enteré de lo que Ellie, así se llama, hace para ganarse la vida, sé que no debería haberla invitado a salir, pero la invité -recogió un palo y lo tiró por el aire. Scootie corrió tras él-. Bueno, más o menos.

Rió entre dientes al acercar la silla al huerto de tomates y arrancar una maleza que se había colado entre las plantas.

-No pude evitarlo. Fue tan agradable y divertido estar con ella -bajó la vista hacia su abuelo, que contemplaba fijamente las plantas-. Además, no fue realmente una cita lo que le pedí. Le dije que buscaba comprar tierra. Lo cual es casi verdad. Quiero decir, siempre andamos buscando buena tierra de cultivo, ¿no?

Hizo una pausa.

-Lo sé. Incluso eso es un error. Imagino que vuelve a repetirse toda la situación de Judy. Una llamada y se va a Singapur por un ascenso en el trabajo. Olvidándose del anillo de compromiso y de mí.

Se puso en cuclillas junto a la silla de ruedas y recogió un poco de tierra. La puso en la mano de su abuelo y cerró los dedos del anciano sobre ella.

En alguna parte de los ojos azul claros y obnubilados de Tom, Zane percibió una especie de reconocimiento. Acercó la mano débil a la nariz de su abuelo para que pudiera aspirar la fragancia de la tierra cálida y oscura.

-La cuestión es, abuelo, que realmente me gustó. He pensado en

llevarla en el barco el viernes. Mostrarle la tierra de tu padre. ¿Qué te parece?

Con cuidado, abrió las manos de su abuelo y dejó caer la tierra al suelo.

-Lo sé, haré lo que crea mejor. Tú siempre me apoyarás.

Suspiró y se sentó en el banco. Scootie soltó el palo a sus pies y él volvió a tirárselo lo más lejos que pudo. El perro emprendió la carrera y, para alegría de Zane, su abuelo sonrió.

-Te gusta cuando traigo a Scootie, ¿verdad? -como si ésa fuera una señal, el labrador negro regresó con el palo en la boca y se tumbó junto a la silla de ruedas-. ¡Mira quién ha vuelto, abuelo! -acarició al animal detrás de las orejas-. ¿Qué te parece que demos un paseo por el bosque? -se puso de pie para guiar la silla de ruedas-. Aquí vamos.

Lo condujo por el sendero. El perro corrió por delante de ellos, familiarizado con el camino que emprendían varios días a la semana.

-¿Crees que podremos alcanzarlo si corremos? Sí, yo también lo creo -respondió por Tom, y entonces inició la carrera, empujando la silla de ruedas.

El abuelo abrió los brazos, echó la cabeza atrás y sonrió, disfrutando de la sensación de la brisa en la cara.

Para Zane, esa sonrisa valía un millón de dólares.

El miércoles por la mañana, Elise se dirigió al centro de la ciudad en su coche para entregarle unos papeles a un cliente. Zane todavía no la había llamado, pero adivinaba que lo haría esa noche. Justo después del trabajo tenía una reunión de la liga de mujeres de negocios, pero se saltaría la cena, para cerciorarse de estar en casa cuando él llamara. Intentaba no albergar muchas esperanzas. No le había dicho que quisiera una cita. Sólo había comentado que quería hablar de propiedades.

Puso el intermitente y giró a la izquierda hacia la calle que atravesaba el centro de la ciudad. Al pasar junto a una vieja furgoneta, con el rabillo del ojo vislumbró un rostro familiar.

No podía ser.

Aminoró para que el vehículo destartalado la pasara por la derecha. Ni siquiera tenía una matrícula típica de Delaware, sino un rótulo que ponía en letra de imprenta negra Vehículo de Granja. La cabina de la furgoneta era azul. Azul oxidado. La puerta original trasera había sido reemplazada en algún momento de su larga vida por una roja. Pero el óxido coincidía con el de todo el vehículo.

Cuando el conductor volvió a aparecer a la vista, Elise aferró

con fuerza el volante de su sedan importado. La gorra polvorienta que llevaba puesta le cubría la frente y un brazo musculoso y bronceado reposaba sobre la ventanilla abierta.

El granjero se parecía a Zane.

No podía ser, desde luego. Zane conducía un BMW. Aunque desconociera cómo se ganaba la vida, podía adivinarlo por la clase de hombre que era. Estaba segura de que en ese mismo momento trabajaba en algún despacho. Enfundado en un traje gris, les daba órdenes a empleados. Como mínimo, estaría comiendo con un cliente y bebiendo un buen vino.

Se dijo que todo el mundo tenía un gemelo mientras trataba de no hiperventilar a medida que dejaba que la furgoneta la pasara. Sin duda ese granjero era el gemelo de Zane. Era una coincidencia peculiar. En la misma ciudad de Nassateague Bay.

O quizá Zane tenía un gemelo de verdad y no se lo había mencionado. Quizá el granjero era su gemelo. La oveja negra de la familia. Jamás fue a la universidad. Trabajaba cultivando patatas. Se ganaba la vida plantando brotes de soja.

Se obligó a relajar las manos sobre el volante y a respirar hondo. Bajó la ventanilla del lado del pasajero para poder respirar.

Pisó despacio el acelerador hasta que volvió a ir al máximo de la velocidad permitida. La furgoneta giró a la derecha en el siguiente cruce. Sin pensárselo, puso el intermitente y siguió al impostor.

No era Zane. Sabía que el granjero no era Zane. No podía serlo. En la lista que venía en Cómo Buscar Marido, no había ningún apartado para «granjero». Con claridad había puesto en la categoría de carrera que buscaba un profesional, un hombre que entendiera su devoción por su profesión. Intentó no dejarse dominar por el pánico mientras seguía a la furgoneta por una calle estrecha.

Dos manzanas más adelante, volvieron a girar a la derecha. Lo siguió a distancia segura.

El granjero no era Zane y se lo iba a demostrar a sí misma.

La furgoneta se metió en un aparcamiento de grava. Elise jamás había estado en esa parte de la ciudad. Un letrero en el costado de la estructura de cemento con techo de chapa ponía Smittv's Seed & Feed. Era una tienda de piensos, por el amor del cielo. Una tienda donde los granjeros compraban… suponía que provisiones para los animales.

Aminoró la velocidad y observó cómo la furgoneta vieja se detenía y se abría la puerta. Al pasar por delante, vio que el granjero alzaba la cabeza y luego la mano para saludar a un hombre que estaba de pie delante de la puerta abierta en la plataforma de

descarga.

Conocía esa voz.

Conocía ese pelo rubio que sobresalía por debajo de la gorra.

Siguió de largo y en ningún momento se detuvo.

Tuvo miedo de ponerse a llorar.

¿Un granjero? ¿Zane se ganaba la vida trabajando la tierra? ¿Qué iba a hacer? La carrera tenía mucha importancia en la lista de Cómo Encontrar Marido. Hasta figuraba en negrita. Ya había soslayado el consejo de la química. ¿Podría descartar también la parte de la carrera? ¿Seguiría funcionando la lista?

Se detuvo en un aparcamiento que había frente al negocio de su cliente y sacó el móvil para llamar a Liz al despacho.

-Liz Jefferson.

-Liz -se sintió tonta por llamarla por eso en plena jornada laboral. Liz estaba ocupada; se suponía que la vida personal se mantenía fuera de la oficina.

-¿Elise?

-No vas a creerte esto. Acabo de ver a Zane en la ciudad.

-¿Y canceló tu cita? Perdona, ¿tu no cita? -corrigió-. El muy imbécil.

-No, no. No he hablado con él. Sólo lo ví pasar en un vehículo.

-Y lo acompañaba una mujer y tenía un bebé en la parte de atrás. Está casado. El muy imbécil.

-No, Liz, escúchame. Ví a Zane y... conducía una furgoneta. Una furgoneta vieja -respiró hondo-. Liz, se bajó de la furgoneta en una tienda para piensos; llevaba puesto un mono de trabajo.

-Por todos los santos -juró Liz.

-No creo que sea médico o abogado -continuó Elise-. ¿Qué hago?

-¿Que qué haces? -chilló Liz-. Cancelar la cita, por supuesto. El mes pasado fuiste la máxima vendedora de Inmobiliaria Waterfront. No sales con granjeros.

Recogió los papeles de su cliente del asiento del acompañante. Debería haber imaginado lo que iba a responder su amiga. Liz le daba una gran importancia a las apariencias. Ni siquiera salía con hombres que fueran socios menores de una empresa.

-¿Te parece que no? -preguntó en voz baja.

-Mira el libro, repasa la lista -aseveró Liz con firmeza-. No es una de las elecciones, cariño. No me importa lo atractivo que sea.

-He de irme -le informó-. Tengo que dejar los contratos de la nave para Joe Carmine.

-Llama para cancelar la cita -insistió Liz-. Llámalo y déjale el mensaje en el contestador automático; dile que no puedes quedar

con él, pero que si quiere hablar de la tierra, puede llamar a la oficina, donde estarás encantada de recibirlo.

-He de irme, Liz. Hablaremos luego.

Bajó del coche y entregó los contratos de su cliente. Media hora más tarde, mientras conducía, sacó el móvil y lo miró. ¿Tenía razón Liz? ¿Debería cancelarlo en ese momento antes de que las cosas fueran más lejos con Zane? No encajaba con el perfil que había trazado para sí misma. No era la clase de hombre que quería por marido. Hasta el momento, toda la atracción sólo se basaba en la química. ¿O no?

Era lo correcto. Antes de cambiar de parecer, marcó el número y repasó lo que diría cuando saltara el contestador automático.

¿Los granjeros tenían contestadores automáticos? -Hola.

La voz de Zane la sobresaltó tanto, que estuvo a punto de colgar. ¿Cómo podía estar ahí, si acababa de verlo en la tienda de piensos? ¿No debería estar manejando un tractor o algo por el estilo?

-¿Hola? -repitió él.

-Za... Zane -Elise trató de encontrar su voz.

-Ellie.

Casi pudo oír su sonrisa por la línea.

-Sí, soy Elise -hizo una pausa. Ya sabía lo que necesitaba decir. Necesitaba comunicarle que no podría quedar el viernes por la noche. Era lo único que debía decir. No tenía que inventarse ninguna excusa. En los negocios, jamás se ofrecían excusas.

-No estarás llamando para darme plantón, ¿verdad? -preguntó él con suspicacia.

-No, no, claro que no -soltó antes de poder contenerse.

La había llamado Ellie. Había sonreído al pronunciar su nombre. Era tan condenadamente agradable.

Respiró hondo. ¿Por qué le prestaba atención a otras personas en vez de a sí misma? Al cuerno con Liz. Al cuerno con la voz de su padre que sonaba en su cabeza. Quizá había cometido un error al rellenar la parte de la carrera en Cómo Buscar Marido. Quizá debía ser más general.

-Claro que no la cancelo -aseveró.

-Bien, porque tengo ganas de verte. He estado pensando en ti toda la semana.

-¿Sí? -preguntó con suavidad.

-Mmm. De hecho, he rechazado la carne asada de mi hermana por ti. Llamó anoche para preguntarme si quería ir a cenar a su casa el viernes por la noche y le dije que estaba ocupado.

Era tan dulce. Ningún hombre había rechazado jamás la carne

asada de su hermana por ella.

-¿Qué haces tan temprano en casa? Pen... pensaba que saltaría el contestador automático. Te... te llamaba para saber qué debía ponerme el viernes. Dijiste que querías hablar de algunas propiedades, pero no sabía si eso significaba ir a tomar unas copas... o cenar -esperó no sonar demasiado lanzada.

-Ponte algo informal. Zapatillas, nada de pantys. Quiero llevarte en mi barco y mostrarte una tierra en la que estoy interesado. Con respecto a que esté en casa ahora, se debe a que quería comprobar a mis pollitas antes de ir a la oficina.

Lo que dijo del barco se le subió a la cabeza. Y al oír la palabra oficina el corazón se le inflamó. No sabía qué significaba la furgoneta vieja y el mono, pero trabajaba en una oficina. Los granjeros no tenían oficinas.

Entonces se percató de que había dicho «pollitas». No podía dirigir un sitio de top-less o algo por el estilo.

-¿Tus pollitas? -preguntó. El rió.

-Pollitos pequeños. Ya sabes. Gallus dornesticus. Pollos. Como en Kentucky Fried Chicken. Crío pollos.

¿Un criador de pollos? ¿El príncipe que iba a salvarla de una vida de cenas congeladas y noches solitarias con David Letterman era un criador de pollos? Era imposible que un criador de pollos encajara en la lista de Cómo Buscar Marido.

-¿Pollos? -logró manifestar-. ¿Crías pollos?

-En realidad, huevos. Estas gallinas son una nueva raza que estoy probando. Y me gusta vigilarlas en persona. ¿Qué te parece a las seis?

-¿A las seis? A las seis está bien -se sentía embotada y no creyó que fuera porque los zapatos le quedaran pequeños-. Estaré preparada a las seis. Que... quedaré contigo en el muelle. Iré justo a la salida del trabajo.

Le indicó cómo llegar hasta la bahía donde atracaba su barco. Elise no dejaba de asentir como una lela. -Será mejor que vuelva al trabajo -indicó Zane. -Yo también -repuso ella. -¿Nos vemos el viernes en el muelle?

-Nos vemos el viernes.

Cortó y permaneció sentada en el coche un momento, con la vista clavada en el teléfono que sostenía en la mano. Al final esbozó una sonrisa y la embargó una profunda sensación de seguridad. ¿Un criador de pollos? ¿Y qué si lo era? Seguía siendo el criador de pollos más atractivo que jamás había visto con esmoquin.

De hecho, era el único que había visto, con o sin esmoquin.

Tendría que hacerlo encajar en la lista.

Con una sonrisa, Zane colgó el auricular en el teléfono de pared junto a la nevera. Tenía ganas de verla el viernes; le alegraba haber desterrado la preocupación que había sentido por su profesión.

Abrió la nevera y se sirvió un vaso de limonada. Elise Montgomery no era la clase de mujer con la que solía quedar. Tendía a salir con un tipo de mujer más terrenal, que lucía faldas floreadas y llevaba el pelo largo y suelto, fanática del reciclaje. Maestras de parvulario. Asistentas sociales. Deseó haberle preguntado a Ellie más acerca de su trabajo. Le había dicho que trabajaba para una inmobiliaria. Se preguntó si vender propiedades era para ella sólo un trabajo o si era una «mujer de carrera». Con estas últimas no había tenido mucha suerte. De hecho, se había prometido mantenerse alejado de ellas.

Primero había estado su madre, cuya naturaleza no era tener hijos ni marido. Luego había salido con Judy, una de sus investigadoras, durante dos años, y después le había pedido que se casara con él. Habían llegado a mirar fechas, hasta que a ella le surgió la oportunidad de un trabajo en Singapur. Le había dicho que tenía sentimientos profundos hacia él, pero que se hallaba en un punto de la vida en que debía poner primero la carrera profesional. A pesar de lo mucho que odiaba reconocerlo, entonces y en ese momento, Judy lo había herido. En ese momento buscaba una mujer dispuesta a dedicarse a una relación, a pesar de lo conservador que pudiera sonar. Quería una mujer que pudiera entregarse en cuerpo y alma del mismo modo que él quería entregarse a alguien a quien amara.

Terminó la limonada y dejó el vaso en el fregadero. Abrió la mosquitera y cruzó el porche trasero de la granja en la que había crecido. Su padre y sus abuelos la habían convertido en un hogar cálido y acogedor, y algún día esperaba poder hacer lo mismo con su familia.

Desde luego, primero necesitaba una esposa. Y no una cuyo trabajo fuera más importante que su familia.

Hasta el momento, la búsqueda no iba muy bien. Pero ya estaba cansado de las citas casuales; las mujeres que había conocido no encendían su fuego. Pero en Ellie había algo que era distinto de las demás.

Su ropa de marca y sus zapatos elegantes no terminaban de encajar. Había algo inocente en ella, a pesar de lo mundana que era. Mentalmente, se la imaginaba bajo el brazo ante la chimenea, cubiertos con una de las mantas de la abuela. Podía imaginarse con

ella haciendo bebés en la cama con dosel en la que dormía solo. Podía imaginarse compartiendo los sueños con ella… la vida.

¿Estaba loco? Richard le había dicho en la cena benéfica que Elise Montgomery era una ejecutiva ambiciosa. Bien podría haberlo mirado directamente a la cara para decirle: «Esta mujer no es para ti».

Pero a él le gustaba de verdad. Aparte de que la cita no era realmente una cita. No debería olvidarlo el viernes.

Capítulo 3

Cuidaos de los sentimentalismos. Al evaluar a un hombre, ceñíos a hechos concretos. La mujer contemporánea no dispone de tiempo para las fantasías triviales.

ELISE esperaba nerviosa en el asiento delantero del coche, mientras cada pocos minutos miraba en dirección al embarcadero. Llegaba temprano. Zane había dicho a las seis, pero ella había salido del trabajo a las cinco para ir a la tienda.

Incapaz de contener su júbilo, bajó la vista a las blancas zapatillas de tenis que llevaba. En el fondo del armario había podido encontrar unos viejos pantalones cortos vaqueros y una camiseta, pero no había sabido qué calzarse. Tenía zapatillas de correr y de aeróbic, pero nada apropiado para un barco.

Después de trabajar, había pasado por una tienda deportiva próxima a la oficina para comprarse unas sencillas zapatillas de tenis.

Alzó la vista al oír el sonido de ruedas sobre la grava y vio la furgoneta ya familiar que tiraba de un barco que, igual que el vehículo, había visto mejores días. Zane, sonriendo, la saludó con la mano por la ventanilla.

Encantada, ella le devolvió el gesto. No se portaba como un hombre que sólo quisiera hablar de terrenos.

Zane giró la furgoneta y comenzó a retroceder por la rampa que daba al agua. Elise recogió el móvil y el bolso, pero al cerrar con llave, titubeó. ¿Para qué necesitaba el bolso? Estarían en la bahía. Abrió el maletero y lo guardó todo allí. Vaciló con el teléfono. Jamás iba a ninguna parte sin el móvil. ¿Y si su jefe o un cliente la necesitaban?

-No te hará falta -gritó él desde el aparcamiento, al parecer sabiendo lo que ella pensaba-. ¡Los teléfonos asustan a los cangrejos!

Lo observó con suspicacia. Lo desconocía todo sobre los cangrejos.

-¿Sí?

-Me asustan a mí -le sonrió.

-Qué diablos. Vive en el lado salvaje -musitó para sí misma. En el libro no aparecía nada sobre eso. De hecho, había sugerido que una mujer necesitaba conocer a un hombre que encajara en su zona cómoda. Dejó el móvil en el maletero y se guardó las llaves en el bolsillo de los vaqueros-. ¿En qué puedo ayudarte? -atravesó el aparcamiento.

Él subió a la embarcación, usando el tráiler como escalón.

-Saca la nevera de la parte de atrás de la furgoneta... y también el bolso de lona.

Había dos sacos de arpillera con pienso, una bolsa grande de loneta en cuyo costado ponía Oyster Shells, una nevera, un bolso de lona y un montón de paja suelta. Recogió la nevera azul y el bolso y lo llevó al costado del bote.

-En cuanto lo baje al agua, necesitaré que sujetes la amarra mientras aparco la furgoneta.

Ella le entregó la nevera y el bolso.

-¿Estás seguro de que esta embarcación está en condiciones de navegar? -enarcó la ceja mientras estudiaba el bote.

El bote medía veintidós pies, era blanco y tenía un interior que bajo ningún concepto era de teca. ¿Contrachapado? No se veía ningún agujero en el casco, pero era evidente que llevaba muchos años de uso. Elise nunca había estado en una motora pequeña, sólo en grandes veleros y algunos yates de sus tiempos en Texas.

Zane palmeó el costado de la embarcación.

-La vieja Betsy es de fiar, y sabe dónde se esconden los cangrejos.

-¿Betsy?

-Era de mi padre. Lo bautizó en honor de alguna antigua novia o algo por el estilo.

Bajó de un salto y se limpió las manos en la parte de atrás de unos viejos bermudas caqui.

-Muy bien, ahora voy a bajar la embarcación. ¿Ves ese cabo en la proa?

Se dirigió a la parte delantera del bote y comenzó a girar una manivela. Elise vio la cuerda, pero estaba nerviosa ante la idea de llevar ella sola el bote. Cuando en el pasado había navegado, había marineros que se ocupaban de esas tareas.

-Simplemente, agárralo -instruyó Zane.

Alargó la mano y agarró la cuerda, decidida a ser ecuánime.

Él continuó con la manivela y cada vez que la hacía girar, los músculos de sus antebrazos se flexionaban. Pensó que tenía unos bíceps bonitos. A través de la fina camiseta azul, también pudo percibir unos estupendos pectorales.

La proa de la embarcación golpeó el agua y Elise tuvo que aferrarse con fuerza al cabo. Zane se equilibró en uno de los apoyos de metal del tráiler y se dirigió al extremo para desenganchar el bote.

-En seguida vuelvo -aparcó la furgoneta con el trailer y en un abrir y cerrar de ojos regresó a su lado, agarrando el cabo-. Salta y

zarpamos.

Elise no sabía si la marea subía o bajaba, pero el suelo de la embarcación se hallaba un metro por debajo del embarcadero.

Él le tomó la mano.

-Pisa el cojín del banco y estarás dentro.

Su contacto era cálido. Poderoso. Le produjo un cosquilleo de placer por la espalda. Sintiéndose tonta por la reacción, aferró la mano de Zane y entró con cuidado en el bote. No estaba en el instituto. No hacía Falta que se le aflojaran las rodillas por el simple roce con la mano de un chico. El libro le advertía de que esas sensaciones no la llevarían a ninguna parte.

Él descendió detrás de ella, lanzó la cuerda a la proa y recogió una red del suelo. Con la ayuda de un remo de madera, se empujó para salir del embarcadero.

-¿Sabes nadar? -ocupó el asiento del capitán delante del timón.

Elise se sentó en un banco que recorría el costado del bote.

-Formé parte del equipo de natación en el instituto. Fui campeona del estado en estilo mariposa.

-Bien, nadas mejor que yo -sonrió-. De todos modos, hay chalecos salvavidas debajo del banco en el que estás sentada -giró una llave y el motor fueraborda comenzó a retumbar-. ¿Lista? -Lista -asintió.

Al rato se encontraron cruzando la bahía. Elise no había creído que disfrutaría del paseo. El viento en la cara, agua salada en el pelo. Pero fue una velada hermosa. Al avanzar a lo largo de la costa, las gaviotas volaban en lo alto y una garza azul los acompañó. El aire olía a mar y a sol y a una especie de felicidad que no había sentido en mucho tiempo.

No hablaron mientras surcaban la bahía. El motor era demasiado ruidoso y ella se encontraba demasiado enfrascada en el momento. No le importaba que en su libro no hubiera sitio para una cita pescadora, estaba contenta de haber aceptado. Había algo en la sencillez de la salida, en la sencillez de Zane, que la cautivaba.

Después de unos quince o veinte minutos, acercó el bote a la costa y apagó el motor. Salió por encima del parabrisas de la cabina y echó un ancla.

-Ahí está -señaló la costa. Ella miró por encima del agua hacia la propiedad que indicaba-. Me han llegado rumores que insinúan que el dueño estaría dispuesto a vender. Me he acercado varias veces a él, pero no ha querido hablar conmigo. Mantiene una enemistad con mi familia por un pedido de pollos o una tontería de ese estilo desde los años cuarenta. ¿Podrías hacer algo tú? -la miró

esperanzado.

Elise estudió la punta de tierra. Lo único que logró ver fue unas marismas que conducían a un bosque de pinos.

-¿Qué hay detrás? -preguntó.

-Solía haber campos de cultivo, ahora sólo quedan principalmente praderas con hierbas crecidas. Mi abuelo creció ahí. Su padre la perdió durante la Depresión. Solía traerme hasta aquí con su barco para mostrármela. Siempre pensé que me gustaría recuperarla para él.

Sonrió y una vez más ella pensó lo bueno que era. Se preguntó por qué no figuraba en la lista un apartado para los hombres buenos.

Él juntó las manos.

-Bueno, ¿lista para capturar algunos cangrejos?

-Ah, no lo sé. En realidad, he venido por el paseo, ya sabes, para ver de qué propiedad hablabas -se atascó-. Tú puedes capturarlos y yo mirar -en realidad, quería intentarlo, pero no estaba acostumbrada a no saber cómo hacer algo. En la bahía, sentía como si se hallara completamente fuera de su elemento.

-Vamos, date una oportunidad. Es fácil. En cuanto captures tu primer cangrejo, te engancharás -levantó el asiento del banco que había frente al que ella ocupaba y le arrojó algo.

Instintivamente, Elise alzó ambas manos para capturar el objeto. Estaba mojado y baboso.

-Uuhhh -miró la cosa que tenía en la mano, estaba envuelta con un cordel y unos pernos metálicos.

-Cuello de pollo explicó él-. Cebo. A los cangrejos de pinzas azules les encanta.

Elise no supo qué hacer. Quería soltar esa cosa resbaladiza. Pero de pronto tuvo más ganas de capturar cangrejos.

-Sólo tienes que atarlo y tirarlo por la borda. Los pernos sirven como peso para evitar que la línea oscile demasiado con la marea.

Pollo. Sólo era pollo. Después de ver cómo Zane echaba un cuello por el costado del bote y pasaba a preparar otro, desenroscó el sedal y se inclinó por el costado de la embarcación

Él arrojó otro cuello y ató el extremo de su sedal a un pequeño gancho que había en la pared de la cabina.

-¿Quieres otro?

-No. Con uno está bien -contempló el sedal que había desenroscado en una mano y el pollo en la otra-. Y ahora, ¿cómo lo hago?

Él cruzó la cubierta con cautela y se sentó junto a ella. Al alargar

el ruano hacia el sedal de Elise, sus rodillas se rozaron. Otra vez experimentó ese hormigueo de placer.

Sus miradas se encontraron y se mantuvieron un segundo. Elise supo que él también lo había sentido. Zane parpadeó y bajó la vista. -Átalo así -le explicó al hacerlo por ella.

Ella contempló sus manos mientras anudaba el sedal. Eran manos bonitas. Limpias. Capaces. Sexys.

Durante un momento, imaginó lo que sería que esas manos le acariciaran la mejilla. El cuerpo. De algún modo, sabía que instintivamente sabría cómo tocarla. Quizá se debía a ese buen corazón.

-Entonces, tíralo por la borda.

Las palabras la sobresaltaron, devolviéndola a la realidad.

Zane lo soltó en el agua, se puso de pie y regresó a su asiento. Lo que Elise agradeció, ya que daba la impresión de que no podía pensar con claridad con él cerca.

Ella observó el agua oscura que rompía contra el costado de la embarcación. No pudo ver nada. -¿Y ahora qué?

-Ahora esperamos -se sentó en el banco frente a ella-. Esperamos y comemos -acercó la nevera.

Compartieron la cena de pollo frito, ensalada de patatas, zanahorias crudas y uvas de postre. Todo comprado en un restaurante. No estaba mal para un hombre soltero. Para beber, había llevado té helado en un termo.

Durante la cena, por dos veces pararon para comprobar las líneas. Justo cuando Elise terminaba su segunda pieza de pollo, Zane agitó una mano.

-Sube la red.

Elise se incorporó con tanta vehemencia, que hizo que la embarcación se moviera.

-Ufff.

Él la sujetó por la cintura con una mano y oscilaron juntos, caderas contra caderas. Despacio, el bote volvió a quedarse quieto.

-¿Estás bien? -musitó, con la boca a pocos centímetros de la de ella.

Elise pensó que era una boca estupenda. Bien delineada. Sensual.

El bote dejó de moverse, pero se sentía un poco mareada. Era por la proximidad de él. La leve fragancia de su colonia. Jamás se le había ocurrido pensar que los criadores de pollo podían ponerse colonia cara.

-Estoy bien -retrocedió sin dejar de mirarlo.

-¿Crees que deberíamos subir ese cangrejo? -murmuró Zane con tono divertido.

-Mmm, claro -rió al pasarle la red y arrodillarse a su lado en el banco para observar el agua oscura. Él subió la línea despacio, acercando cada vez más el cuello de pollo a la superficie. Ahí había un cangrejo-. Lo veo -comentó entusiasmada.

Zane hizo oscilar la red y sacó al cangrejo del agua.

-¿Crees que tendré uno? -preguntó ella, yendo hacia su lado del bote. Se arrodilló y agarró el sedal, para subirlo tal como lo había visto hacer a él-. Tengo uno, tengo uno -exclamó, agitando la mano.

-¿Quieres la red? -Zane echó su cangrejo en el cubo que había llevado para ese propósito.

-Hazlo tú -pidió-. Me temo que se escapará.

Zane hizo oscilar la red en su mano experimentada y recogió el cangrejo.

-No puedo creer que capturara uno -sacó el cuello de pollo y el sedal de la red-. Quizá pueda capturar otro -al tirar la línea por la borda, extendió la mano. - Creo que tienes razón, voy a necesitar otro sedal.

-Marchando -rió.

El sol se ponía sobre la bahía cuando Elise y Zane regresaron al embarcadero. Lo ayudó a sacar el bote fuera del agua y a guardar todo en la furgoneta, incluyendo un cubo casi lleno de cangrejos.

-No puedo creer que capturáramos tantos -comentó mientras lo ayudaba a tensar las cuerdas que aseguraban la embarcación en el tráiler.

-Ahora tienes que venir a comerlos. Festín de cangrejo mañana, en mi casa a la una en punto.

Elise juntó las manos. Olía a agua salada y a cangrejo. Tenía los vaqueros cortos húmedos y el pelo revuelto. Lo mejor era que no le importaba.

-Yo... no sé. Por lo general, los sábados por la tarde trabajo.

-No puedes capturar cangrejos y no comerlos. Es un delito -se plantó delante de ella con las manos en las caderas-. Por favor, dime que comes cangrejos. Porque si no, nos despedimos aquí y ahora -bromeó-. Me llevo mis cangrejos y mis asuntos a otra parte.

Ella rió.

-De acuerdo. Soy de Texas, pero llevo años en la Costa Este. Como cangrejos -la acompañó a su coche.

-Entonces, te veré mañana. Sin excusas. Llamaré a mi hermana y a mis primos, para ver si también quieren venir.

Se apoyó en la capota de su coche. ¿La familia? Las reuniones

familiares la aterraban. Además, no estaba del todo segura de lo que había entre ellos. Cuando la llamó, había dado la impresión de que sólo quería mostrarle una propiedad que estaba interesado en comprar. Pero con cada minuto que pasaba, eso se parecía más a una cita. Titubeó.

-No sé.

-Oh, vamos. Te caerán bien -le aseguró-. Mi hermana y mis primos son fantásticos. Y mi prima Mattie tiene la hija más dulce del mundo, Olivia. Apenas tiene cuatro años, pero es muy inteligente.

Le sonreía. No pudo evitar devolverle el gesto.

Apoyó una mano a cada lado de las caderas de ella, acercándose.

-Me alegro de que hayas venido, Ellie. Quiero decir, me alegro de haber podido enseñarte la propiedad.

Para un hombre tan seguro de sí mismo, en ese momento no lo parecía, algo que lo volvía completamente encantador.

No pudo apartar la vista de él. Tenía los ojos azules más bonitos que jamás había visto.

-¿Sabes? -comentó Zane-. Comprendo que has venido únicamente para ver la propiedad y que la invitación no fue una cita, pero...

Ella esperó, expectante ante lo que iba a decir.

-Pero me muero por darte un beso -confesó mientras le rozaba la mejilla con los nudillos de una forma lenta y sexy.

-¿Pero no lo has hecho por...?

-No lo sé -se encogió de hombros-. ¿Miedo?

Ella río, pero la voz ronca de Zane la hizo temblar. Nunca antes había hablado de besarse. No de ese modo y desde luego no con un cliente en potencia. Le resecó la garganta y le humedeció las palmas de las manos. Clavó la vista en sus labios.

¿Y si una chica quiere ser besada? -susurró.

El se acerco sin dejar de mirarla.

-Entonces, hago acopio de valor y la beso.

Elise cerró los ojos y alzó la barbilla, hipnotizada por su fragancia, por su cercanía. Cerró los brazos en torno a la cintura de ella mientras le rozaba los labios con movimiento tentativo, luego con más presión. Ella deslizó las manos por su torso, le rodeó el cuello mientras entre ambos saltaban chispas. Fue el mejor beso que jamás había experimentado.

Y que no duró lo suficiente.

-Cielos, no debería estar haciendo esto -susurró sin soltarla.

Elise alzó los párpados para mirarlo.

-¿A qué te refieres? -«Por favor, que no esté casado», pensó.

-A nada -suspiró.

-No estás casado, ¿verdad? -se forzó a preguntar.

El negó con la cabeza.

-No. Estuve cerca, pero... Escucha, no es por ti. De verdad. Soy yo. Como he dicho antes, se trata de una larga historia -dio un paso atrás, soltándola-. Vendrás a comer cangrejos a mi casa, ¿verdad?

Elise abrió la puerta del coche, aún mareada por la euforia del beso de Zane.

-Allí estaré -se oyó responder-. ¡Al diablo el trabajo!

El teléfono sonaba cuando entró en su apartamento. ¿Sería Zane otra vez?

-¿Hola? -respondió, dejando el bolso en la encimera.

-Elise Anne.

-Padre -no pudo frenar un pequeño suspiro de decepción. Se sentía tan bien en ese momento, que odiaba hablar con él. Siempre conseguía hacerla sentir pequeña. Incompetente.

-Probé en la oficina -indicó él-. No estabas. ¿Habías salido a mostrar alguna propiedad?

-Mmmm... sí -sacó una botella de agua de la nevera. No era exactamente una mentira-. ¿Cómo estás?

-Ocupado. Preparándome para la próxima junta de accionistas. Empieza a ser mucho para mí. Esta noche pensaba que si tú estuvieras aquí -afirmó-, podrías ayudarme a dirigir el negocio como deberías estar haciendo. Podrías quitarme parte de la carga.

Otra vez no. Era como un disco rayado con él.

-Padre, soy agente inmobiliaria. No sé nada del negocio del petróleo.

-Sabes lo que es trabajar duro -dijo con tono hosco-. ¿Cuántas veces has sido la mejor vendedora del mes este año?

-Todas -respondió con serenidad.

-Cinco meses seguidos -gruñó-. Y cuando cierres tus ventas de junio, te garantizo que saldrás por sexta vez. Es algo que los Montgomery llevamos en la sangre. El trabajo duro y el sacrificio dan sus frutos.

Miró por la puerta de la cocina hacia la moqueta bonita de su salón. Sus bonitos muebles. Mirarlos, saber que eran de ella, no le proporcionaba ni la mitad de satisfacción que había experimentado esa noche al capturar cangrejos. Podía sentarse mil veces en el sillón de damasco y jamás sería tan agradable como el beso que le había dado Zane.

-Mmm. Tengo una noticia -comentó.

-¿Tus jefes han comprendido que ya es hora de hacerte socia?

Se quitó las zapatillas y atravesó el salón para ir a su despacho.

-He conocido a un hombre agradable.

-Ya te lo he dicho, Elise Anne. Es una pérdida de tiempo salir con alguien en estos días. Monique y yo acabamos de solicitar el divorcio.

Monique era la cuarta esposa de su padre. Sólo la había visto una vez, en la boda. Le había parecido una mujer fría, perfecta para él.

-Lamento oír eso -dijo en serio. Lo lamentaba por su padre, porque sabía que debía estar solo. Simplemente, no se daba cuenta.

-Menos mal que tuve el buen sentido de hacer separación de bienes antes de la boda. Esto no será más que un pequeño punto en la pantalla del radar. Escucha, he de dejarte. Tengo una llamada de California.

-Muy bien. Gracias de todos modos por llamar.

-Bien.

Su padre colgó y ella escuchó un momento el sonido del tono antes de dejar el teléfono inalámbrico sobre el escritorio. Se preguntó qué habría dicho su padre si le hubiera contado que Zane era criador de pollos.

Clavó la vista en la lista de Cómo Buscar Marido que había junto al teléfono. Titubeó un momento, luego tomó un rotulador. En una represalia infantil contra su padre y todo lo que representaba Edwin Montgomery, escribió debajo del encabezamiento de Carrera, «Criador de Pollos». Luego estudió la hoja,

No aparecía por ningún sitio donde poner «buen corazón» o «sentimental». Podía apuntar la clase de coche que conducía, las inversiones que tenía en el mercado de valores, las veces que se había divorciado, pero no había ningún sitio donde poner que era un hombre de treinta y cinco años que quería recuperar la granja de su abuelo para que pudiera estar otra vez en manos de la familia. Con el rotulador, escribió en la parte superior de la primera página: «Buen corazón. ¡Bonificación de diez puntos!».

Entonces sonrió, sintiéndose bien consigo misma, algo que hacía tiempo que no experimentaba.

Capítulo 4

Es importante que los estilos de vida de un hombre y una mujer coincidan. Tener educaciones similares ayuda a tener éxito en las relaciones y en los matrimonios.

Al día siguiente, Elise se levantó con una extraña sensación de que su vida estaba cambiando. Por la mañana se ejercitó en el gimnasio, luego llevó a cabo una limpieza exhaustiva del apartamento. Con los azulejos del baño resplandecientes, se dio un baño prolongado. A las doce y media, recogió unos champiñones marinados, una de las pocas cosas que sabía preparar y que se podía comer, y se dirigió a la casa de Zane. No llamó a la oficina ni comprobó el buzón de voz. Por una vez, quería olvidar el trabajo. Simplemente, quería probar ser quien creía que podría gustarle ser. A su padre, un adicto al trabajo de siete días a la semana, le habría dado un ataque de haberse enterado. Probablemente era el primer sábado que no trabajaba desde los dieciséis años, cuando comenzó su primer trabajo como aprendiz en la oficina de su padre.

Y fue una sensación increíble. Siguió las indicaciones que le había proporcionado Zane por un camino comarcal, sin saber muy bien qué esperar. Lo más cerca que había estado jamás de una granja de pollos era las magníficas fotos de una que había vendido el año pasado, cuyo comprador la había adquirido sin verla. Lo único que sabía de las granjas de pollo era que consistían de largas hileras de casas que moteaban la campiña y que representaban un negocio importante en el condado.

Introdujo el coche en un patio, para aparcarlo debajo de un roble grande, junto a la vieja furgoneta de Zane y algunos otros coches, incluido el BMW en el que la había llevado a casa aquella noche. Contempló asombrada la granja de madera blanca, con su porche cubierto circundando toda la estructura y las persianas verdes. La propiedad estaba inmaculada, con un césped y setos bien cuidados y recortados. Parecía recién salida de una película de la Disney, hasta la hamaca compuesta por una rueda de coche que colgaba de un árbol en el patio trasero.

Respiró hondo, bajó del coche con el recipiente hermético en el que llevaba los champiñones marinados y cruzó el césped en dirección a la casa. Un labrador negro pasó corriendo a su lado con una pequeña zapatilla blanca en la boca, seguido al rato por unos gemelos de unos siete u ocho años. Chillaban encantados mientras perseguían al animal para tratar de recuperar la zapatilla.

Elise oyó que una puerta mosquitera se cerraba y alzó la vista para ver a Zane ir hacia ella, mientras se secaba las manos con un

trapo de cocina. Llevaba puestos unos bermudas azul marino y una camiseta, con el pelo rubio peinado hacia un lado. Se lo veía bien. Joven, esa tarde más parecido a un surfista que a un criador de pollos.

-Lo has conseguido -saludó.

Ella asintió. Un día después, aún tenía el sabor de la boca de él en sus labios. Aún sentía las manos en sus caderas. Y luego estaba ese anhelo en su vientre.

-Lo he conseguido. He traído unos champiñones marinados -se los ofreció-. No sé si van bien con los cangrejos, pero es uno de los pocos platos que puedo preparar sin que resulte tóxico.

-Así que no se te da bien la cocina, ¿eh?

-No mucho -movió la cabeza.

La estudió un momento, como si procesara esa información.

-Bueno -comentó-. Por suerte, mi hermana prepara una estupenda ensalada de patatas. Ven al porche. Los cangrejos hierven y ya están casi a punto. Te diré quién es quién en esta loca familia mía.

Lo siguió.

-El perro que acaba de pasar a tu lado, es mi mejor amigo, Scootie. Esa es Meagan, mi hermana, en el porche con su hija recién nacida, Alyssa. Tiene tres ratas más, todos chicos, que andan por alguna parte. La mitad del tiempo ni nos molestamos en pronunciar sus nombres... usamos números. Su marido es Ted, a cargo de los cangrejos en la parte de atrás. Un tipo grande. Policía estatal -le abrió la puerta-. Esa pelirroja es mi prima Mattie, y su hija Olivia. Es de la que te hablé -señaló a una mujer joven de treinta y pocos años con una niña pequeña en el regazo-. Sus hijos gemelos, Noah y Zeb, son los que andan corriendo por la casa gritando como criaturas salvajes. El marido de Mattie, Joe, y mi otro primo, Carter, volverán pronto. A Carter le queda poco para casarse... su novia, Amy, no ha podido venir.

Ella sonrió, sintiéndose un poco abrumada.

-No te preocupes, no pasarás por ninguna prueba -se quedó en el escalón de ladrillo y le abrió la mosquitera-. Y ése es mi abuelo -musitó.

La mirada de Elise se posó en el hombre mayor en una silla de ruedas en el extremo alejado del porche, cerca de la mesa de picnic que se había tapado con periódicos. Alguien le había girado la silla para que pudiera contemplar el campo que había más allá de la línea herbosa del patio trasero.

-Tiene Alzheimer -explicó Zane-. Ahora vive en una residencia...

mi padre y yo ya no podíamos cuidar de él -posó la vista en su abuelo.

Elise captó el amor que había en su voz. El dolor. Y el primer impulso que experimentó fue tocarlo de algún modo. Le rozó la mano.

-Ya no sabemos qué es lo que comprende y lo que no. Se confunde mucho. Olvida cómo cepillarse los dientes, cómo beber de una pajita. Caminar -se encogió de hombros-. Algunos días parece estar mejor que otros. De todos modos, le hablamos como si supiera lo que sucede. Nunca se sabe.

Ella subió los escalones y pasó a su lado.

-Todo el mundo, os presento a Elise -anunció Zane por encima del alboroto de su familia al hablar al mismo tiempo. Varios miembros la miraron con interés-. No voy a hacer presentaciones. Podéis presentaros cada uno por separado. Sólo sed amables -advirtió. Indicó la puerta de la casa-. ¿Quieres ayudarme dentro unos segundos?

Ella sonrió, aliviada. No estaba segura de encontrarse preparada todavía para que la arrojaran a los leones.

-Claro.

El interior de la casa era tan colorido como el exterior. Había una cocina grande con una mesa con un mantel a cuadros rojos. Un amplio salón con una chimenea que tenía toda la pinta de que en ella se podían quemar leños... y un televisor de pantalla grande. Había visto suficientes casas como para saber que ese nido lo llevaba un hombre. En la planta baja también había una sala que Zane usaba como despacho y un cuarto de baño completo. Dio por hecho que la gran escalera central que dominaba el recibidor delantero llevaba a los dormitorios de la primera planta.

La casa de Zane no se parecía en nada a la enorme y vacía mansión de mármol en la que ella había crecido. Tampoco se parecía a su apartamento, donde jamás había algo fuera de sitio. Un lugar frío e inhóspito, sin importar los tonos que añadía a la paleta de colores de las habitaciones a sugerencia de su decorador. El hogar de Zane estaba lleno de calor y vida. Una colcha hecha a mano, más parecida a una obra de arte, cubría un sofá. En una silla junto al televisor había una pila de periódicos. Hasta en la nevera había dibujos infantiles.

Lo ayudó a llevar a la zona cubierta del porche trasero algunos platos para el festín. Dos mesas de picnic cubiertas con periódicos estaban atestadas con patas de cangrejos, mazorcas de maíz, ensalada casera de patatas y pollo frito para aquellos que no

querían probar los cangrejos.

Durante las siguientes dos horas, se sentó al lado de Zane y escuchó la charla y las bromas de la familia. En cierto sentido, resultaba abrumador. El ruido. La confusión. El teléfono y los ladridos del perro. Los bebés que lloraban. Los niños que corrían por doquier. Había muchas risas y bromas amables. El cuñado de Zane creó una escultura con latas vacías de cerveza en el extremo del porche, y los niños se turnaban para tirarlas con manzanas sacadas de la mesa de la cocina.

Elise se sentía completamente abrumada por el barullo, al tiempo que fascinada. Todo el mundo era tan amable con todo el mundo. No había peleas ni frialdad. Nadie amenazaba a nadie con quitarlo del testamento o con revocar el fideicomiso. Ninguna copa de martini rota en el suelo.

Finalmente, cuando ya no pudo comer más, empleó unas toallitas infantiles que le ofreció la hermana de Zane para limpiarse las manos y salió al jardín posterior para estirar las piernas. Zane había entrado en la casa por algo. En el patio, observó a los dos gemelos jugar en la hamaca. Desvió la vista hacia el abuelo Keaton, sentado bajo un gran manzano. Zane había aparcado la silla de ruedas bajo las ramas de dulce fragancia porque a su abuelo le encantaba el olor de las hojas de los manzanos.

Al no ver rastro de Zane, se acercó con cierta vacilación al mayor de los Keaton.

-Hola -dijo, sintiéndose un poco rara de hablarle. ¿Y si no entendía lo que le decía? Pero Zane había afirmado que no lo sabían-. Me llamo Elise. Yo... -señaló en dirección a la casa-. Soy amiga de Zane.

Para su sorpresa, el anciano giró los ojos azules hacia ella. No estuvo segura, pero le dio la impresión de que escuchaba.

Sonrió y se puso en cuclillas junto a la silla de ruedas, dándose cuenta de que alguien se había tomado mucho cuidado en vestirlo. Llevaba una camisa de golf, unos bermudas color caqui y una gorra verde que ponía John Deere en la parte frontal.

-Tiene una casa muy bonita -alzó la vista hacia las ramas del árbol e imaginó lo que debió de ser crecer allí. Por lo que había podido oír en la mesa, Zane y su hermana habían vivido en la granja con su padre y abuelos. Intentó imaginar lo que habría sido ser Zane y Meagan y haber estado rodeados de una familia que los aceptaba como eran. Que los quería.

Estudió la cara arrugada del abuelo, y durante un momento tonto deseó que fuera su abuelo.

-Tiene un nieto muy agradable -dijo-. Una familia estupenda -miró en torno del patio-. Un lugar bonito.

El parecía estudiar su cara. Concentrarse en sus palabras. Percibió que quería que siguiera hablando. Se preguntó qué decir.

-Mmm... Zane ayer me llevó en el barco por la bahía. ¿Se lo contó? Me mostró la tierra que dijo que había sido de su padre. Donde usted había crecido -titubeó-. Me pidió que estudiara la posibilidad de que pudiera estar en venta. Eso le gustaría, ¿verdad? Recuperar la tierra de su padre para que, después de tantos años, volviera a estar en manos de su familia.

No respondió.

Elise apretó los labios y se puso de pie.

-Bueno, sólo quería saludarlo -fue a alejarse, pero sintió que algo le tocaba la mano. Al principio le pareció una hoja seca. Fría.

Sobresaltada, se volvió para ver la mano pequeña y arrugada del abuelo Keaton en la suya. Miró el rostro gastado y arrugado. Le sonreía. A ella.

Le devolvió la sonrisa con una ternura que no sabía que existiera en su interior.

Luego él le soltó la mano y giró levemente la cabeza. Fuera cual fuere la conexión que habían establecido en ese momento, había desaparecido.

Elise aún sonreía al entrar en la casa por la puerta delantera para ir al cuarto de baño a lavarse los últimos vestigios de olor a cangrejo en las manos. Al salir, se detuvo cerca de la puerta del despacho de Zane para estudiar algunas fotos familiares que había en la pared.

Al mirar unas viejas fotos escolares de un joven que tenía que ser Zane, oyó su voz. Se hallaba en la cocina hablando con alguien. ¿Su hermana?

-Escucha, no intento meterme en tus asuntos -oyó que decía la mujer.

Decididamente, se trataba de Meagan. Con una falda floreada, el pelo largo y sin maquillaje. Todo en ella hablaba de que era una madre. De lo único de lo que había hablado a la mesa era de alimentar al bebé, de la escuela y de partidos de fútbol. Era bastante agradable, pero a Elise le parecía una criatura de otro planeta. No vivían en el mismo mundo.

-Pero no deberías haberla invitado -la voz de Meagan atravesó los pensamientos de Elise-. No encaja aquí, Zane. Ni en tu vida ni en nuestra familia.

Elise contuvo el aliento, sabiendo que Meagan se refería a ella.

No supo qué hacer en ese momento. ¿Entraba en la cocina y miraba a Meagan a los ojos? ¿Salía por la puerta y fingía que no los había oído? ¿O se largaba de allí en ese mismo instante? Y cuando Zane la llamara por teléfono para averiguar qué había pasado, no respondería a sus llamadas.

-Ni siquiera la conoces -oyó la respuesta de Zane.

-Y tú tampoco. Pero conoces a mujeres como ella, ¿no?

-No quiero hablar de mamá, si a eso se refiere esta conversación -repuso enfadado.

Elise oyó agua correr en el grifo del fregadero. Tenía que estar enjuagando los platos para meterlos en el lavavajillas de acero inoxidable que había notado al entrar.

-¿Y qué me dices de Judy? Tampoco quieres hablar de ella, ¿verdad? -insistió Meagan-. Oh, por el amor del cielo, Zane. ¡Te partió el corazón! ¿Por qué caes en lo mismo? ¿No aprendiste la lección la primera vez? Hay mujeres con las que te casas, y otras con las que no lo haces. Y ya has dejado atrás la edad de salir con las del segundo grupo si aún quieres fundar una familia.

-Tienes razón. No es asunto tuyo -replicó Zane, aún enfadado-. Ésta es mi casa y puedo invitar a quien a mí me plazca. Además, ¿por qué te agitas tanto? Es alguien a quien he conocido, eso es todo. Te dije que era una agente inmobiliaria. Va a ver todo lo que puede averiguar acerca de la tierra del bisabuelo Keaton.

¿Sólo una agente inmobiliaria? Eso dolió tanto como lo que decía Meagan.

-A mí no puedes mentirme. Estás hablando conmigo -continuó su hermana-. Ví el modo en que la mirabas en el porche. Como si quisieras comértela entera.

Elise sintió como si el corazón le diera un vuelco. ¿Su hermana creía que Zane estaba atraído por ella?

Pero, ¿quién era esa Judy? ¿Qué tenía que ver con la madre de él? ¿Y qué tenían que ver ambas con ella?

Empezó a irritarse.

¿Qué derecho tenía Meagan a juzgarla?

-Meagan... -dijo Zane.

-Escucha -interrumpió la hermana-, ye he dicho lo que pensaba y ahora voy a salir al porche a servir helado. Tú haz lo que quieras.

-Lo haré -espetó-. Y el día que quiera tu consejo, te lo solicitaré.

Elise oyó que la puerta de la cocina se abría y cerraba y que el grifo continuaba abierto. Zane no se había movido.

Haciendo acopio de valor, atravesó el vestíbulo desde el despacho y entró en la cocina.

-¿Ellie? -Zane giró y cerró el grifo.

Ella permaneció quieta un momento. No le había gustado el tono de consejo que había empleado Meagan al hablar de ella y tampoco lo que había dicho. Le había dolido. Zane tenía razón, ni siquiera la conocía. ¿Cómo podía atreverse a decir que no era para Zane? ¿Y cómo él había podido decir que sólo era una agente inmobiliaria con la que trabajaba? ¿Es que el beso de la noche anterior no había significado nada para él?

Al parecer, no.

Él miró hacia la mosquitera que conducía al porche y luego a Elise.

-Lo has oído, ¿verdad?

Asintió, la frustración transformándose en furia. En cualquiera de sus relaciones anteriores, jamás se habría quedado ahí. Se habría marchado, puesto fin a la relación antes de que pudiera tener la oportunidad de convertirse en una, sin ofrecer jamás una explicación. Era una excelente reina gélida cuando así lo quería. Se trataba de un rasgo de los Montgomery que había aprendido de joven.

-Lo siento -dijo él.

-¿Quién era Judy?

El cruzó los brazos; aún tenía las manos mojadas. Se apoyó en la encimera y la estudió.

-Mi ex novia. Nos habríamos casado el año pasado. El cuatro de julio -rió, pero era evidente que no veía nada humorístico en la situación-. Se marchó hace dos años a Singapur, por una oferta que no pudo rechazar.

Elise bajó la vista a sus nuevas zapatillas blancas. Sintió un nudo en la garganta. Entonces comprendió el rumbo de la conversación. ¿No era la clase de mujer que Zane buscaba porque tenía un trabajo bien remunerado? ¿Porque era una mujer de carrera que se había puesto objetivos y alcanzado la mayoría de ellos?

Entonces, en un rincón de la mente, oyó la voz de su padre. Le decía que nunca podría depender de ninguna otra persona. Que no confiara nunca en un hombre. Nunca había conseguido que una relación funcionara; su carrera era lo que la llenaba. Lo único. Nadie podría amarla nunca.

Lo miró y se tragó el nudo en la garganta. -Deberías avergonzarte de ti mismo -espetó-. Hablando de mí a mis espaldas. -Ellie...

-No me llames Ellie -cortó-. Meagan no me conoce para juzgarme de esa manera. No tiene derecho. ¡No más que yo a

juzgarte a ti por ser un criador de pollos! -se acercó un paso a él, sintiendo que la indignación le quemaba las mejillas-. Y en cuanto a tu pequeño comentario de que no era más que una agente inmobiliaria que querías que te hiciera un trabajo… ¡Quiero que sepas que agradezco que me advirtieras desde el principio que nunca estuviste interesado en mí, sino únicamente en lo que podía hacer por ti!

-Ellie… -movió la cabeza y avanzó con la mano extendida.

Ella lo esquivó.

-Gracias por la tarde. Lo he pasado muy bien -se dirigió hacia la puerta de atrás-. ¡Puedes quedarte con los condenados champiñones!

Entró en su apartamento todavía encendida. Al llegar a su despacho, vio la lista de Cómo Buscar Marido con el nombre de Zane escrito en la parte superior y la estrujó con las dos manos, sin prestar atención a las palabras «buen corazón» escritas de su puño y letra.

-Sabía que esto no iba a funcionar. Fue una idea estúpida -musitó, tirando la bola en la papelera.

Entonces, como una verdadera Montgomery, se sentó a trabajar. Escuchó los mensajes de su buzón de voz y redactó una lista de quiénes necesitaban que les devolviera la llamada y qué propiedades quería programar para mostrar la semana siguiente. Escribió la actualización de su página web en el sitio de Inmobiliaria Waterfront en Internet y se lo mandó por correo electrónico al webmaster.

Todavía conectada, los dedos flotaron sobre el teclado. Pensó en el paseo en bote del día anterior y en lo mucho que se había divertido. Trató de no pensar en Zane y en lo bien que la había hecho sentir ni en lo maravilloso que había sido el beso. Era su propia culpa. En cuanto averiguó que era un granjero y un hombre de familia, debería haberlo dejado. Cómo Buscar Marido era muy claro al afirmar que los hombres y mujeres con trabajos y entornos similares hacían mejores parejas. Sencillamente, tenían más en común, más de qué hablar. ¿Qué podía comentar ella sobre la cría de pollos? ¿Qué sabía Zane sobre una mujer que trabajaba en un mundo de hombres y trataba de salir adelante?

Entonces pensó en el abuelo Keaton. En la tierra hermosa que había visto desde el barco. Le había dicho que averiguaría si la propiedad se pondría en venta. Había sido una estupidez; probablemente, no había oído o entendido una palabra.

Pero se lo había prometido.

Tecleó la dirección de uno de los mejores sitios web con información sobre propiedades que iban a salir al mercado y posó la mano sobre el ratón. Con firmeza se dijo que lo hacía por el abuelo Keaton, no por Zane.

-Lo siento, pero esta noche no soy una gran compañía -comentó Zane mientras metía la ropa sucia de su abuelo en el cesto junto, a la puerta del cuarto de baño del dormitorio de la residencia-. No ha sido un gran día -se acercó a la cama donde se sentaba el mayor de los Keaton, con los pies descalzos colgando en el aire.

Comenzó a abotonar el pijama a cuadros de su abuelo.

-¿No es gracioso cómo despiertas algunas mañanas pensando que va a ser uno de los mejores días de tu vida... -estudió los ojos azules que parecían no ver nada-... y luego resulta ser uno de los peores?

Abrochó el botón superior de la chaqueta y alisó la tela suave sobre los hombros delgados de su abuelo.

-Creo que ya sabes que la chica a la que invité, Ellie, se marchó enfadada -apartó la vista, por algún motivo incapaz de sostener la mirada del anciano al decirlo-. Meagan y yo hablábamos en la cocina y Ellie nos oyó. Se enfadó bastante. Ya sabes lo sobreprotectora que puede ser Meagan. Tenía miedo de que estuviera metiéndome en otra relación como la de Judy. En realidad, no es verdad. Ellie no se parece en nada a cómo era Judy -hizo una pausa-. Aunque Meagan tiene razón. Toda la vida de Ellie parece centrada en su trabajo. No tendría tiempo para mí. Es una tontería involucrarme con ella.

Miró a su abuelo. Se preguntó si éste lo miraba a él, si lo miraba de verdad.

-La cuestión, abuelo, es que me gusta de verdad. Me hizo sentir... no sé, diferente. Me gustó cuando estuve con ella. Y fue divertida. E increíblemente inteligente. Y para alguien tan inteligente, hay tantas cosas que nunca ha hecho. ¿Puedes creer que jamás había salido a capturar cangrejos?

Se puso en cuclillas, apoyó las manos en las rodillas y miró a su abuelo.

-¿Qué, abuelo? ¿Hay algo que quieras decirme? -sonrió cuando no obtuvo respuesta. Probablemente, había sido su imaginación-. Bueno, nada de eso importa ya, porque Ellie me mandó a paseo y se marchó. No volveremos a saber de ella. Y es lo mejor, ¿verdad?

Una vez más creyó captar algo en esos ojos.

-¿Crees que debería llamarla? -gimió-. Podría disculparme, pero, ¿entonces, qué? Ya piensa que soy un imbécil. Como le suelte toda

esa perorata sobre el miedo que me inspiran las mujeres profesionales porque mi madre nos abandonó por una campaña de tabaco y mi novia por un ascenso, Elise me dará el nombre de un buen psiquiatra.

Volvió a sentarse en el borde de la cama junto a su abuelo.

-No. Es lo mejor. Sé que te cayó bien, abuelo, pero Ellie y yo no estamos hechos el uno para el otro. Así que no quiero que vuelvas a mencionarla, ¿de acuerdo?

Tomó la mano del abuelo Keaton para estrechársela, pero el anciano ni siquiera se la apretó. No dejó de mirarlo y, por algún motivo, Zane se sintió como un desgraciado.

Capítulo 5

Para la mujer contemporánea, encontrar al hombre perfecto no tiene nada que ver con la emoción, sino con el raciocinio intelectual. No dejéis que los sentimientos dudosos v caóticos socaven vuestra determinación.

ELISE estaba sentada a su escritorio en el despacho privado de Inmobiliaria Waterfront y miraba el número de teléfono escrito en el bloc de notas, mientras mordisqueaba el extremo de su bolígrafo Mont Blanc. Era el número de Zane.

Necesitaba llamarlo porque había tenido toda la razón; la tierra en la que había crecido su abuelo iba a salir a la venta en las próximas dos o tres semanas. Si quería comprarla, sabía que su mejor oportunidad sería que hiciera una oferta justa antes de que se pusiera oficialmente en venta. En cuanto apareciera en el mercado, podría surgir una empresa constructora con una oferta escandalosamente alta con el fin de convertir esa propiedad en una zona residencial exclusiva.

El número pareció saltar de la hoja hacia ella. Bajo ningún concepto iba a llamarlo a casa. Después de iodo, si él hubiera querido hablar con ella por razones personales, la habría llamado en algún momento de la semana anterior.

Entonces, ¿por qué titubeaba? Era estrictamente una llamada de trabajo, como una de las tantas que realizaba a lo largo del día. El sábado anterior, Zane y ella habían coincidido en que no eran compatibles. El simple hecho de que no fuera a ser su novio, su «pareja perfecta», no significaba que ella no pudiera ser su agente y ganar una buena comisión de la venta de la propiedad.

-Esto es ridículo -musitó-. Ya no estoy en el instituto -marcó los números con el extremo del bolígrafo-. Vamos, Ellie, eres una profesional.

« ¿Ellie? ¿De dónde ha salido eso?»

-Farmer in the Dell Enterprises -comentó una recepcionista amable del otro lado de la línea.

Elise tuvo el loco impulso de colgar y agarró con fuerza el auricular.

-¿En qué puedo ayudarlo? -preguntó la voz.

-Mmmm, sí, con Zane Keaton, por favor. Soy Elise Montgomery -de pronto se le ocurrió que quizá no aceptara su llamada.

-Un momento, por favor.

En el momento en que se reclinaba en su sillón, del otro lado de la línea sonó un clic.

-¿Hola, Ellie? Me alegro de que llames -hizo una pausa de un

segundo-. Escucha, quería haberte llamado esta semana para disculparme otra vez por lo sucedido el sábado. Yo...

-Zane, no se trata de una llamada personal. -¡Bueno, pues yo la convierto en personal!

Las palabras la sorprendieron tanto, que no tuvo tiempo de responder antes de que él continuara.

-La verdad es que quería llamarte y debería haberlo hecho. Pero he estado realmente ocupado.

Respiró hondo, y Elise pensó que ése era el momento perfecto para intervenir. Para comunicarle que no estaba interesada en lo que tenía que decirle porque no estaba interesada en él, y luego soltarle la información que tenía sobre la propiedad, pero fue demasiado rápido para ella.

-No -prosiguió-, no he estado tan ocupado. Llevo tus números de teléfono en el bolsillo, y en la última semana los he mirado tanto, que los he memorizado. La verdad es que tenía miedo de que no quisieras hablar conmigo. Estabas muy enfadada cuando te marchaste de mi casa.

Sonaba tan sincero y auténtico. ¿Un hombre que podía decir que temía el rechazo de una mujer? Sintió que su determinación flojeaba, pero luchó contra ello. Tal vez porque temía el rechazo aún más que él.

-Zane, no he llamado para hablar de nuestra cita desastrosa. En cinco minutos tengo una reunión a la que debo asistir -mintió-, así que, ¿deseas saber algo sobre la propiedad o no?

-¿La propiedad?

-La propiedad que me mostraste cuando navegamos por la bahía. Dijiste que querías comprarla cuando saliera a la venta.

-¿La tierra del abuelo? -sonaba muy sorprendido-. No puedo creer que lo investigaras.

-Soy una mujer de palabra -repuso indignada-. Te dije que lo haría y, además, se lo prometí a tu abuelo.

-Lo sé, pero después del fiasco en mi casa, di por hecho... -calló en mitad de la frase-. ¿Se lo prometiste a mi abuelo?

Ella respiró hondo, sintiéndose tonta. No, tonta no, incómoda. Por algún motivo desconocido, la emoción le atenazó el pecho. Había algo acerca del abuelo de Zane que la había conmovido.

-Estuvimos hablando... bueno, ya sabes a qué me refiero... no sé, le dije que lo miraría.

-Vaya -musitó con ternura.

Elise siguió adelante, ya que las emociones no se le daban bien. Otro rasgo de los Montgomery.

-La tierra era propiedad de un tal Leonard Jacobs, pero tú ya sabías eso, porque probablemente sea el hombre con quien hablaste para comprarla.

-El hombre con el agravio de los pollos -indicó Zane.

-Sea como fuere, falleció hace unos meses y sus herederos se están preparando para sacar la propiedad al mercado.

-¡En serio! Es estupendo. Quiero decir, no es estupendo que muriera, sino que sus herederos quieran vender.

-Te llamo para hacerte saber que si estás interesado en que te represente, puedo arreglar que te reúnas con el abogado de la familia Jacobs -titubeó-. Desde luego, si prefieres trabajar con otra persona, puedo sugerirte a Liz...

-¡Claro que no! Y sí, estoy interesado, muy interesado. Sería estupendo si pudiera llevar al abuelo a la que fuera su tierra, hacerlo pasear entre los árboles donde jugaba de niño.

Zane sonaba más como un niño que como el presidente de lo que Elise había descubierto esa semana era una empresa multimillonaria. Lo único que había tenido que hacer había sido buscar en Google para que apareciera la información. Presidente de Farmer in the Dell Enterprises, un conglomerado que se dedicaba a la crianza de aves de corral de forma orgánica y que vendía los productos por todo el mundo. La idea de que fuera un hombre de negocios de éxito la había dejado atónita. Los hombres verdaderamente ricos que había conocido, aparte de su padre, habían sido amigos de éste y todos réplicas exactas de Edwin Montgomery. Adictos al trabajo, con un gran sentido para los negocios y ninguna habilidad con las personas. Fríos hasta con las propias familias.

Zane no se parecía en nada a su padre.

-Entonces, ¿cuándo podemos empezar? -preguntó él, devolviéndola al presente.

-Mmm -se sentía agitada y eso no era normal en ella; sacaba lo mejor de sí misma bajo presión-. He de hacer un par de llamadas y volveré a ponerme en contacto contigo.

-Perfecto. Tienes mis números personal y de trabajo, pero deja que te dé el del móvil.

Escribió el número junto al corazón tachado en el bloc de notas.

-Te volveré a llamar -repitió, ansiosa por cortar antes de decir algo que no debería, como «yo también lamento mucho lo del otro día. Puedo entenderte, porque al parecer tenía algunas ideas preconcebidas que quizá no sean precisas. ¿Quieres que quedemos para cenar y hablar del asunto? Mejor aún, ¿quieres venir a retozar

un rato a mi casa?» Pero lo único que dijo fue-: Que tengas un buen día.

-Tú también. Eh, ¿Ellie?

El modo en que dijo su nombre le desbocó el corazón. Se preguntó si se hallaba en un estado premenstrual. Toda esa reacción física que le provocaba Zane resultaba tan rara en ella.

-¿Sí? -la voz le sonó extrañamente jadeante.

-Muchas gracias. No puedo transmitirte lo mucho que esto significa para mí. Lo que significará para el abuelo.

-Seguro -colgó, como si el auricular estuviera demasiado caliente para poder sostenerlo un segundo más. Por primera vez en los últimos cinco minutos, sintió como si pudiera volver a respirar con normalidad. Soltó el aire con lentitud.

Ya estaba. Aunque Zane se había disculpado una vez más, no mencionó nada acerca de verse otra vez. No es que hubiera aceptado salir con él. Seguía el consejo de Cómo Buscar Marido y ya no pensaba perder el tiempo con relaciones que no conducían a ninguna parte. Pero...

-Ponte a trabajar -se dijo-. Eso es lo básico si eres una Montgomery.

Se concentró en la agenda para ese día. No descansó hasta dos horas más tarde, cuando oyó que llamaban a la puerta.

-¿Elise?

Alzó la vista y vio a Liz con un traje gris y el pelo recogido.

-Pasa -le dijo su amiga a alguien que tenía detrás.

Elise abrió mucho los ojos al ver un enorme ramo de flores brillantes en un jarrón de cristal que traía un mensajero.

-Santo cielo -musitó al tiempo que se ponía de pie. -Me has estado escondiendo algo -entonó Liz-. Anoche me dijiste que no ibas a salir con Bob el

agente de Bolsa. ¿No habíamos empezado una lista nueva? Debió de ser una velada muy agradable -arrastró la última palabra como si Elise hubiera encontrado al hombre de sus sueños.

-No salí con Bob. Los dos teníamos unos compromisos de trabajo... -dejó que su voz se perdiera, incapaz de apartar la vista de las flores mientras le indicaba al joven que las dejara sobre un mueble. Se preguntó de quién podrían ser.

Zane. Tenían que ser de Zane. Sólo él le enviaría a una chica un jarrón con flores silvestres. Las más hermosas que jamás había visto. Daban la impresión de haber sido arrancadas del campo.

-Gracias -musitó cuando el repartidor se marchaba. -Entonces, ¿de quién son? -le arrebató la tarjeta con el nombre de la floristería impreso en la superficie antes de que Elise pudiera adelantársele-. Eres la mejor. Con cariño, Zane y Tom -enarcó una ceja.

Elise contuvo una sonrisa al quitarle la tarjeta de la mano a su amiga.

-No es lo que piensas -dijo, sentándose en su sillón de ejecutiva y guardando la tarjeta en el cajón del centro de su escritorio.

Liz plantó las manos en sus caderas estrechas. -No, entonces, ¿qué es?

-Negocios. Nada más -alargó el brazo hacia el bloc de notas y el bolígrafo.

-¿Estás segura?

Ni siquiera alzó la vista.

-Estoy segura de que son negocios, y si ahora me disculpas, he de hacer algunas llamadas -levantó el auricular.

-Cometes un gran error -entonó su amiga mientras salía contoneándose-. Jamás funcionará. ¿Sabes?, ese libro tenía razón en una cosa, y es que debes buscar a los hombres que son de tu tipo, y ese hombre de los pollos no lo es.

Levantó la vista. Por lo general, se habría contenido y soslayado el comentario, pero en ese momento no pudo.

-¿Cómo sabes qué tipo de hombre es el adecuado para mí? Ni siquiera estoy segura de saberlo yo. ¿Y si lo que creía que quería no es en realidad lo que necesito en un hombre?

-Cariño -Liz se apoyó en el marco de la puerta-. ¿Te estás oyendo? Se supone que un hombre no debe cambiarte. Se supone que debe complementarte... como unos bonitos zapatos o un bolso de marca -su amiga bajó la vista al bloc de notas-. Tú sabes qué tipo de mujer eres y desde luego sabes qué tipo de hombre es Zane Keaton -continuó Liz-. Míralo. Mira a su hermana. No quiere a una igual. Quiere a una esposa a la que pueda mantener descalza y embarazada en la granja.

-Eso es injusto, Liz. No lo conoces.

-He conocido a muchos hombres como él. ¿Recuerdas a Elliot? -

enarcó una ceja-. Era fantástico, tenía dinero, un coche magnífico, una casa estupenda. A la tercera cita hablaba de matrimonio, a la cuarta de bebes y a la quinta, quería saber hasta qué punto de mi primer embarazo estaría dispuesta a ir a trabajar.

-Zane no es Elliot -afirmó, irritada por toda la actitud de Liz. Se suponía que era su amiga. ¿Es que los amigos no debían prestar apoyo?- Además, esta conversación es hipotética. No salgo con él. Voy a preparar una venta que podría poner mi nombre sobre el escritorio de Gallagher. Sabes que tengo ganas de hablar de ser socia.

Liz frunció el ceño.

-Escucha, no intento decirte lo que debes hacer, Elise. Sólo trato de evitar que cometas el mismo error que yo. Ése era el objetivo de tu lista, ir más allá de las citas casuales y encontrar a un hombre con el que poder establecer una relación seria.

Al darse cuenta de que no iba a poder conseguir que Liz entendiera por qué se cuestionaba a sí misma, algo que ni ella misma entendía, supo que era hora de poner fin a la conversación.

-Desde luego, aprecio tu preocupación por mí -se obligó a sonreír, a pesar de que se sentía irritada con su amiga y era evidente que Liz se sentía irritada con ella. Era lo más cerca que habían estado jamás de una pelea-. Será mejor que vuelva al trabajo -se llevó el auricular a la oreja y no lo colgó hasta que Liz desapareció por el pasillo.

Una hora más tarde, sonó el teléfono.

-Elise Montgomery -respondió, acomodándoselo en el hombro mientras repasaba unos listados sobre su mesa.

-Ellie.

-Zane -antes de poder evitarlo, sonrió y dejó lo que hacía para aferrar el auricular con la mano-. Gracias por las flores, pero no tenías por qué haberlo hecho. Me gano la vida vendiendo propiedades.

-De nada. Me alegro de que te gustaran.

Entre ambos flotó un momento de silencio, pero no fue un silencio incómodo.

-Escucha, quería cerciorarme de que hubieras recibido las flores, pero también te llamaba con una petición... para mi agente inmobiliaria.

Eso estaba mejor. Volvían a encontrarse en terreno seguro.

-¿Sí?

-¿Has hablado ya con el abogado?

-Aún no. Estoy esperando que me devuelva la llamada. ¿Por

qué?

-Me preguntaba si sería posible obtener permiso para que viéramos la propiedad. Ya sabes, antes de realizar una oferta en firme. Por lo general, me presentaría allí, pero la última vez que lo hice, el viejo Jacobs me echó con una escopeta recortada -rió entre dientes.

Elise ni reaccionó a la escopeta. Todavía seguía con su deseo de obtener permiso para que «viéramos» la propiedad. ¿Ese plural se refería a él y ella o a otra persona? ¿Tal vez su hermana?

-¿Tu abogado y tú? -preguntó.

-No, mi agente inmobiliaria y yo. Busco tu opinión profesional. Me explico, quiero la tierra por motivos sentimentales, pero pretendo emplearla para ampliar la división de investigación de mi empresa. Sé que parte de la propiedad ha sido declarada zona protegida y me gustaría estudiar mis opciones.

¿Ir con él? No supo qué decir. Cuando investigó la propiedad, no se le había ocurrido pensar que tendría que volver a verlo a solas.

Desvió la vista hacia el enorme ramo de flores y sintió que las mejillas se le encendían.

-No estoy segura de que sea la persona idónea para ayudarte en ese frente. Principalmente, me ocupo de zonas residenciales.

-Oh, vamos -bajó la voz para darle un tono más sexy-. Te llevaré en mi furgoneta. Apuesto que jamás has montado en una furgoneta del setenta y nueve.

Sonaba tan condenadamente encantador.

-Veré lo que puedo hacer -repuso con tono profesional, aunque en su interior sentía que se derretía. -Llámame en cuanto lo sepas. -De acuerdo... hasta pronto.

Aún sonreía al salir de la oficina a las cinco en punto, lo cual, si se tenía en cuenta que no había llegado hasta las siete de la mañana, apenas era una jornada laboral según el patrón de los Montgomery. No sabía qué le había picado. ¿Zane Keaton?

Al día siguiente viernes, después de trabajar, permitió que Zane pasara a recogerla a su casa a las seis de la tarde, pero no lo invitó a subir al apartamento. Eso habría hecho que se pareciera demasiado a una cita. El plan era que irían a ver la propiedad y luego la llevaría directamente de vuelta a casa. Le informó de que tenía planes para la cena, evitando de esa manera cualquier idea que pudiera albergar él para ir a cenar. Y era verdad, tenía planes. Palomitas de maíz, un refresco y Conan.

-Hola -saludó él a través de la ventanilla abierta de la furgoneta al detenerse ante la entrada de su edificio.

Al bajar por la acera, Elise sintió como si la observara, evaluándola, y no supo si era algo bueno o malo.

Se había vestido y vuelto a vestir por tres veces. Por lo general, para esas ocasiones se ponía un traje formal con zapatos de vestir, pero eso carecía de sentido. Iba a estar caminando por bosques y prados, un terreno poco apto para faldas y tacones. Al final, había elegido unos vaqueros, los únicos que tenía, una camiseta blanca y las zapatillas que había comprado la semana anterior.

-Bonito sitio -comentó mirando la fachada rosa del edificio que había detrás de las puertas que protegían la propiedad.

Ella dejó el maletín en el suelo del vehículo y trató de ocupar el asiento irregular antes de llevar la mano al cinturón de seguridad.

-Gracias -tiró de él, pero no cedió ni un centímetro.

Sin que se lo pidiera, Zane alargó la mano por delante de ella y tiró con fuerza del cinturón, y con los dedos le rozó la parte superior de los muslos antes de extraerlo y ajustárselo a la cadera.

Ahí estaba esa condenada química contra la que le advertía el libro. Ese mareo. Esa chispa de electricidad que saltaba entre ellos. Trató de recordarse lo fugaz que era la atracción sexual.

-El apartamento fue una excelente inversión. Ya se ha revalorizado un treinta y tres por ciento -alzó ambos brazos hasta que la mano de él volvió a posarse sobre el volante, luego los bajó al regazo.

-¿O sea que no lo compraste porque te gustaba?

Percibió crítica en su voz y se preguntó si era real o imaginada. Con su padre, jamás era imaginada; sin embargo, no estaba segura de cómo leer a Zane. Era tan distinto de los otros hombres que había conocido. Era evidente que se adentraba en territorio nuevo.

-Mi padre me enseñó que las decisiones financieras deberían basarse en la razón, no en la emoción -explicó-. Tú has tenido éxito en los negocios, ¿no eres capaz de entenderlo?

Se encogió de hombros. Llevaba puesta otra camiseta de surf con una ola en la parte frontal. El azul claro del algodón hacía juego con sus ojos. Unos pantalones cortos y unas zapatillas viejas que parecían que los tenía hacía veinte años. El conjunto lo completaba unas gafas de sol de montura plateada. No parecía un millonario.

-Siempre intento tomar decisiones de negocios sensatas, pero a veces tienes que dejarte llevar por los sentimientos. A veces lo que sientes no tiene nada que ver con la razón, ¿verdad?

Miró por la ventanilla y se preguntó si se refería a lo que sentía por él.

-Esa no ha sido mi experiencia.

Zane asintió pensativo al salir del aparcamiento del bloque de apartamentos, cruzar las puertas de hierro más allá de la caseta de vigilancia para terminar en la calle.

- ¿Tienes familia, Ellie?

-Sólo a mi padre en Texas. Es propietario de una compañía de petróleo. Mi madre se marchó cuando yo era joven -oyó rigidez en su propia voz. No sabía por qué la había mencionado. Por lo general, no hablaba de ella con nadie.

-La mía también. Supongo que lo escuchaste en la conversación que mantuve con Meagan. Mis padres se divorciaron cuando éramos jóvenes. Mi padre murió de cáncer el año pasado. Meagan y yo aún mantenemos contacto con su familia. Los primos que viste en casa el sábado son todos hijos de su hermano y hermana. Luego, por supuesto, tengo al abuelo -miró por el retrovisor y después a ella-. Aunque echo de menos a mi padre. Debe de ser difícil vivir tan lejos del tuyo.

Elise había elegido ir a la universidad en el este sólo para alejarse de su padre y de su estilo crítico y manipulador. Cuando él se negó a pagarle la matrícula a menos que continuara los estudios en Texas, se marchó a la Universidad de Maryland y se la pagó ella misma, trabajando por las noches y los fines de semana.

-No me llevo muy bien con mi padre -comentó.

-Comprendo. Lamento oírlo. Pensé…

-Repasemos los detalles de la propiedad antes de que lleguemos, ¿de acuerdo? -sacó una carpeta del maletín-. Según la última prospección, había noventa y siete acres y medio -hojeó algunas fotocopias que había hecho en el juzgado-. Pero la prospección anterior, realizada en 1973, decía que tenía noventa y tres acres y medio, de modo que tendré que investigar eso. También he de revisar esa parte que está como zona protegida. Vas a tener que ser específico con el fin que quieras darle a la tierra, para que pueda cerciorarme de que recibirás la aprobación del condado.

Durante los siguientes veinte minutos, logró conducir la conversación lejos de cualquier tema remotamente personal. Discutieron los detalles de la propiedad y sus pros y sus contras. Le produjo una sorpresa agradable el conocimiento mostrado por él sobre la adquisición de propiedades y su sentido general de los negocios. Puede que Zane heredara The Farmer in the Dell de su padre y abuelo, pero resultaba obvio que había sido él quien había transformado el negocio de empresa familiar en una compañía que, según fuentes de confianza, no tardaría en salir al mercado.

Estaba impresionada, pero no por los motivos que deberían

haber impresionado a un Montgomery. Admiraba lo mucho que Zane había podido retener de sí mismo en su ascensión al éxito. Parecía corriente en muchos sentidos. Cuando empezó con la lista de Cómo Buscar Marido, «corriente» no era una palabra que habría empleado como una de las cualidades necesarias en un hombre al que pudiera amar, pero Zane hacía que se cuestionara algunos de esos requisitos. Lo que le había dicho a Liz era verdad. Empezaba a preguntarse si de verdad sabía qué la haría feliz.

-Bueno, hemos llegado -salió del camino principal para entrar en un sendero de tierra lleno de maleza. Aparcó el vehículo y sonrió-. Ya me siento como en casa.

Durante la siguiente hora y media, Elise caminó entre la maleza, sorteó troncos derribados, se agachó ante ramas bajas y escuchó a Zane explayarse entusiasmado sobre los planes que tenía para ampliar su empresa. Disfrutaba estando con él y le daba la impresión de que a Zane le sucedía lo mismo.

Al regresar a la furgoneta, con el sol comenzando a descender sobre la bahía, él caminó cerca de ella, con las manos metidas en los bolsillos. Se había quitado las gafas de sol. Daba la impresión de querer decir algo, pero se mostraba titubeante. Al final, justo antes de llegar a la furgoneta, habló.

-Sé que dijiste que tenías planes esta noche, pero... -se detuvo junto a la puerta del acompañante y apoyó la mano en la manivela para evitar que ella entrara-. Pero, ¿estás absolutamente segura de que no puedes salir para una cena rápida?

Lo miró a los ojos azules y sintió que temblaba por dentro.

-¿Para hablar de la propiedad? -preguntó.

-Mmm, sí, claro. Desde luego -vaciló, y luego movió la cabeza-. No. De hecho, Ellie, creo que te estoy pidiendo una cita auténtica. Me importa un bledo la tierra -agitó la mano-. No, me importa, pero ya sabía que quería comprar esta propiedad a cualquier precio...

-No le digamos eso al vendedor -bromeó, sorprendida de su reacción jubilosa.

Él sonrió.

-La verdad es que te pregunté si podía echarle un vistazo a la tierra porque quería una excusa para volver a verte. Desde la noche que nos conocimos, no he podido quitarte de mi cabeza.

Se mordió el labio inferior y pensó en las cosas que su hermana y él se habían dicho en la cocina. Zane sabía qué clase de mujer quería, y no era ella. ¿No era ése el error sobre el que le había advertido Liz?

Él rió cuando Elise no respondió de inmediato.

-Escucha, sé que no me explico bien, pero lo que intento decir es que me gustas de verdad, Ellie. Lamento lo que sucedió con Meagan y me gustaría que me dieras una segunda oportunidad.

La química se activó en un instante. Notó que las palmas de las manos se le humedecían. Casi pudo sentir la boca de él en la suya.

-Seré absolutamente sincero. Todo lo que es lógico, lo que es razonable en mi cabeza, me dice que no eres la mujer para mí. Mi sentido común me indica que eres el tipo de mujer que va a elegir el trabajo por encima de mí todo el tiempo, pero entonces... -le tomó la mano y se la llevó al pecho-. Entonces pasa esto.

Pudo sentir el martilleo de su corazón. La calidez de su piel, otra vez esa colonia embriagadora.

-¿Qué dices? -murmuró al tiempo que le quitaba con gentileza las gafas de sol.

Luchando contra la abrumadora sensación de atracción que la invadió, lo miró a los ojos, decidida a mostrarse firme. La determinación duró hasta que la boca de Zane le rozó la suya, entonces se derrumbó a sus pies.

Elise sintió que sus labios se separaban por voluntad propia y que suspiraba aliviada al sentir la presión del beso. Sin saber cómo, terminó contra la furgoneta, con la espalda pegada a la puerta suave y cálida. Le rodeó el cuello con el brazo libre y gimió a medida que el beso se ahondaba y el suelo pareció abrirse bajo sus pies.

Quiso que el beso durara para siempre, que ese beso en el crepúsculo, rodeados de campos abiertos y la suave brisa salada, se prolongara eternamente.

-¿Sólo cenar? -susurró él al apartar la boca, pero sin soltarle la mano pegada a su corazón.

Elise cerró los ojos y luego los abrió, pensando que iba a tener que sacar la lista de la papelera y encontrar un sitio en el que apuntar «momento más romántico», aunque fuera en el margen.

-Sólo cenar -aceptó, alzando el mentón para volver a mirarlo a los ojos. Sintió como si saltara de un precipicio y experimentara una caída libre-. ¿Y quizá un beso más?

Capítulo 6

La familia, los amigos y los compañeros de trabajo quizá os conozcan mejor que lo que vosotras mismas os conocéis. Si no aprueban vuestro nuevo candidato amoroso, estudiadlo con atención. Tal vez tengan razón.

Un mes más tarde, un sábado por la tarde Elise se encontraba en casa en vez de en la oficina. Por la mañana había ido al gimnasio, luego a hacer la compra y después se había dedicado a ordenar un poco el apartamento. En las últimas semanas había estado tan ocupada con el trabajo y viendo a Zane, que sentía como si se le acumularan las cosas y su vida un poco descontrolada. No era necesariamente algo malo, sólo muy diferente de su vida anterior a Zane. El era tan espontáneo y ella tan planificadora, que todo lo que hacía y decía parecía encantarle.

Lo que no le encantaba era la ropa para la tintorería que se le acumulaba en el armario, el polvo en el salón y el hecho de que no era capaz de recordar la última vez que había pasado la fregona por el suelo de la cocina. También tenía trabajo pendiente en la oficina y una propuesta de contrato que necesitaba escribir y que su jefe esperaba.

Sonó el teléfono y contestó con la esperanza de que fuera Zane. Había hecho planes para salir con su barco esa tarde pero sin fijar una hora.

-Hola -respondió con una sonrisa.

- ¿Elise Anne?

Ocultó la decepción en su voz.

-Padre, ¿cómo estás?

-Intenté localizarte en la oficina -comentó con manifiesta desaprobación en el tono de voz-. Hablé con esa joven agradable, Liz. Dijo que no habías ido y que no te esperaban.

-No... de hecho, tenía otras cosas de las que ocuparme.

-Tampoco fuiste a la oficina el sábado pasado.

-Lamento haberme perdido tu llamada. Te dejé un mensaje con tu secretaria. Zane y yo fuimos a Assateague Island a ver los ponis salvajes. No podía creerse que llevara viviendo en la costa este casi diez años sin haberlos visto nunca. Sabes que se cree que se originaron de un naufragio español.

-¿Todavía lo ves?

Volvía a sacar el tema. También con desaprobación.

-Te caería bien, padre. Es un hombre de negocios, como tú. Te conté que es dueño de su propia empresa. En diez años ha hecho que pasara de ser una operación casi al por menor a colocarla en el

ámbito internacional.

-¿Ha anunciado Waterfront sus premios de venta para junio?

Apretó los labios. Los habían anunciado casi dos semanas atrás; pero no había querido tratar el tema con él.

-Sí. Ganó Liz. Es con quien hablaste por teléfono. Realizó una venta increíble...

-No trabajas los sábados. Te vas antes de las seis de la tarde. Elise Anne, no hace falta que te diga lo que se requiere para tener éxito.

Se reclinó en el sillón y clavó la vista en el techo. Sin importar los años que tuviera o lo lejos que viviera de Dallas, podía reducirla al estado de una niña castigada en cuestión de instantes. La diferencia radicaba en que antes lo habría aceptado. Se puso rígida y apretó la mandíbula.

-Tengo éxito -insistió-. El que no ganara el premio de ventas del mes no significa que no sea buena en lo que hago. Ganar el premio durante cinco meses seguidos fue suerte. Nunca había sucedido en la historia de la empresa y no volverá a suceder. ¿No te conté que si sale la venta del terreno para Zane, creo que tengo muchas posibilidades de que me hagan socia?

-Ah, comprendo -todo estaba en el tono de voz. Desaprobación un momento, aprobación entusiasta al otro-. De modo que eso justifica la relación con ese hombre -rió entre dientes-. Puedes beneficiarte mucho.

Recogió la lista de Cómo Buscar Marido que en ese momento tenía en el escritorio junto con varios trofeos y placas de ventas que jamás había tenido tiempo de colgar en la oficina. Sabía que debería guardarla en un cajón; la abochornaría que la viera Zane, pero le gustaba mirarla. Le gustaba leer su nombre.

Con suavidad, alisó las arrugas del papel; heridas de batalla del breve tiempo que había pasado en la papelera. Sonrió al pasar las yemas de los dedos por las palabras que había escrito en la parte frontal «buen corazón».

-Exacto -convino-. Puedo beneficiarme mucho.

-Bueno, me alegra oír que usas la cabeza y que no dependes de fuentes menos fiables -hizo una pausa-. Monique está haciendo que el divorcio sea más difícil de lo que había esperado. Sencillamente, se niega a firmar los documentos. Ha habido lágrimas. Aspavientos.

-Lamento oír eso. Monique y tú parecíais compenetraron bien. ¿Estás seguro de que no podéis arreglar las cosas? A veces unos consejeros matrimoniales...

-Los Montgomery no recurren a terapeutas -interrumpió-. Y la

ropa sucia la lavamos en casa. Monique está montando un espectáculo y te aseguro que lo lamentará cuando vaya a recoger el cheque del acuerdo de separación.

-Odio la idea de que vuelvas a estar solo -musitó con sinceridad. Nadie debería vivir solo en una mansión vacía, ni siquiera un gruñón como su padre.

-He de dejarte -declaró él-. Envíame por fax los detalles para tu incorporación como socia de la empresa y haré que uno de mis abogados los repase. Nunca se puede ser demasiado cuidadoso.

-Gracias, padre, pero aún no estoy segura de que...

-Tengo una llamada por la otra línea. Te llamaré a la oficina el próximo sábado. Que tengas una semana próspera.

-Tú también -pero ya había colgado.

Dejó el teléfono inalámbrico en la mesa y contempló la carpeta a rebosar de información que necesitaba repasar antes de redactar los documentos que esperaba el señor Gallagher. El lunes a primera hora.

Se mordió el labio. Ya le había dicho a Zane que por la mañana iría con él y su abuelo a misa, y luego planeaban llevar al anciano a la playa. Zane quería probar una de esas sillas de ruedas fabricada para andar en la arena. Luego tenían que cenar de Meagan. Era importante para él que las dos llegasen a conocerse, aún insistía en que podían ser amigas si ambas no fueran tan obstinadas.

Miró el teléfono. De pronto, el trabajo del escritorio la abrumó. Con el ceño fruncido, número del móvil de Zane.

-¿Hola?

-Hola, soy yo.

-Hola, preciosa. Las mentes grandes piensan igual. Iba a llamarte ahora mismo. ¿Estás lista para salir y potenciar ese bonito bronceado que has adquirido?

Se sentía placenteramente abochornada. Nunca antes en la vida había estado bronceada, a pesar de que había vivido en la playa durante cinco años. Desde que estaba con Zane, se había comprado un frasco de protección solar y ya había utilizado la mitad. Jamás había dedicado tanto a tiempo a... divertirse.

-De hecho, te llamo por eso -empujó los papeles con un dedo-. Hoy no voy a poder salir. Tengo una tonelada de trabajo que completar -del otro lado de la línea reinó el silencio. Apretó los labios y continuó- : Sé que dije que iba a poder salir esta tarde, pero realmente necesito ponerme a trabajar en este proyecto. Apenas lo he empezado y debo entregarlo el lunes por la mañana.

-Ellie, ya hablamos de esto -dijo con voz tensa. -Lo sé.

-Los dos acordamos que si íbamos a darle la oportunidad a la relación, tendríamos que respetar el equipaje con el que venía el otro.

Se encrespó al oír la palabra «equipaje». ¡Quizá él tuviera un equipaje emocional, pero ella no!

-Ha sido una semana ajetreada -explicó con firmeza.

-Yo acepté no decir mucho sobre el hecho de que da la impresión de que haces todo lo que los demás quieren que hagas...

Se refería a su padre, desde luego. Quizá Liz a veces. Por supuesto, su jefe. ¿Los libros de autoayuda?

-Y tú acordaste tratar de respetar los planes que hiciéramos -concluyó él.

-Lo siento, Zane -dijo irritada-. Pero este mes ya he perdido dos ventas porque me dediqué a hacer surf y a hacerte compañía a ti mientras arreglabas tu bomba del agua. ¡Yo también tengo que ganarme la vida! -no pretendía gritar esas últimas palabras, pero salieron de todas maneras.

Él volvió a guardar silencio.

-Está bien -aceptó al final.

Soltó el aliento contenido. Era la primera discusión que tenían desde que habían vuelto a salir. Debería haber sabido que tarde o temprano surgiría. En su trabajo, no podía llevar el típico horario de nueve a cinco, de lunes a viernes.

-¿Estás seguro? -titubeó-. Creo que si me dedicó a ello, podré acabarlo para esta noche. Así tendré todo el día de mañana para pasarlo contigo -comentó esperanzada.

-Sí, está bien -corroboró casi con el mismo tono de voz cálido de siempre-. Tienes razón. Me disculpo por haber perdido la ecuanimidad. Las cosas surgen.

-Sí. ¿Nos vemos en la iglesia mañana? -preguntó.

-El abuelo y yo estaremos allí.

-De acuerdo... -sentía como si quisiera decir algo más. Tenía en la punta de la lengua las palabras «te amo». Pero jamás habían hablado de amor. Ni siquiera estaba segura de lo que sentía en esa relación y, desde luego, no podía hablar por lo que sentía él-. Nos vemos, entonces -murmuró.

-Adiós, Ellie.

Cortó y clavó la vista en la carpeta que había llevado a casa desde la oficina. No quería trabajar, quería jugar. Quería jugar con Zane.

-Bueno -se dijo con la mejor voz de Edwin Montgomery-, no se va a hacer solo, Elise Anne -acercó otra carpeta y se inclinó para

pasar otra tarde larga de tedioso trabajo inmobiliario.

Zane entró por la puerta de atrás de la casa de su hermana y pasó a la cocina, donde encontró a Meagan removiendo el contenido de una cacerola. La habitación olía a salsa de tomate y a ajo.

-¿Tienes sitio a la mesa para alguien más esta noche?

Ella miró por encima del hombro y sonrió.

-Para ti, hermanito, siempre.

Le dio un beso en la mejilla y fue a la nevera a buscar algo para beber. Era un caluroso día de junio. Había estado recogiendo maíz dulce del huerto para llevarle a los vecinos. De paso había aprovechado para plantar pepinos y tomates. Siempre le gustaba realizar algún trabajo físico cuando estaba molesto. Y definitivamente le molestaba que Elise hubiera cancelado la cita. Estaba decepcionado y molesto. Decepcionado porque había tenido ganas de verla, y molesto porque podía ver lo fácilmente que esa relación podía seguir el camino equivocado, y no sería porque no se lo hubieran advertido.

-Me alegro de verte -comentó Meagan-, pero sabes que llegas con un día de antelación para el pollo frito del domingo, ¿verdad?

Sacó un refresco de la nevera y se sentó en un taburete ante la encimera.

-El abuelo, Ellie y yo vendremos mañana. Sólo he pasado para saludaros. Y me preguntaba si Ted y tú querríais salir luego, bien a cenar o bien a ver una película. Os cuidaré a los chicos. Sé que no habéis tenido ni un momento a solas desde que nació el bebé.

Meagan se apartó de la cacerola con la cuchara de madera en la mano. Zane notó que eran las cuatro de la tarde y que su hermana aún no había podido ducharse. Llevaba unos bermudas de gimnasia que eran de Ted y una vieja camiseta que había visto mejores días. La quería mucho, pero no pudo evitar notar que desde que se había metido de lleno en el papel de ser la madre residente, parecía estar perdiendo su identidad anterior.

En el pasado, Meagan había sido la clase de mujer que no habría salido del dormitorio sin tener el pelo limpio y cepillado y sin estar maquillada. En ese momento, ya no podía recordar cuándo había sido la última vez que la había visto con los labios pintados. Desde luego, tenía al bebé, y cuatro hijos eran muchos niños, en especial cuando tu marido trabajaba con un horario irregular.

-¿Salir? -rió-. Ted y yo no hemos salido desde que nació Justin, hace tres años. ¡Ya no sé adónde podríamos salir! -movió la cabeza con gesto divertido y volvió a concentrarse en la salsa de tomate-.

Además, Ted no iría al cine. No tiene mando a distancia.

-Podríais ir a dar un paseo por la playa. O a tomar un helado. A charlar. Va a ser una noche preciosa.

-¿Charlar? ¿Ted y yo? -volvió a reír-. Además, si hablas de algo después de las siete de la tarde, sabes que a esa hora ya casi se me apagan las luces. Cuando termino de meter a estos monstruos en la cama, estoy demasiado cansada para una conversación interesante.

Bebió un trago y se encogió de hombros.

-Sólo quería ofrecértelo. Sabes que siempre me divierto cuando estoy con los niños.

-Una cosa es segura, ellos te adoran. Algún día serás un padre estupendo, hermano -le sonrió, dejó la cuchara y fue a la nevera a sacar lechuga y demás vegetales frescos para preparar una ensalada-. Pero es sábado, ¿no? Pierdo el rastro de los días -agitó una zanahoria-. ¿No tienes una cita interesante un sábado por la noche?

Dejó el refresco y se acercó a ayudarla a lavar los vegetales.

-Ellie tenía que hacer algo esta noche.

-¿Trabajo? -inquirió Meagan.

La miró y le quitó un tomate de la mano para pasarlo bajo el grifo.

-Prometiste que le darías una oportunidad, Meagan. Me gusta de verdad -titubeó, luego la miró.- Creo que podría estar enamorado.

-Oh, Zane -gimió, quitándose un mechón de pelo de los ojos-. Por favor, no digas eso. Apenas llevas saliendo un mes con ella. No puedes estar...

-Te lo digo, la amo, Meg. La amé nada más verla en aquella cena benéfica. No puedo evitarlo -sacó un cuchillo del cajón y comenzó a cortar el tomate para echar las piezas en la ensaladera de madera que su hermana había puesto en la encimera-. Es tan inteligente y divertida -sonrió-. Y lo que es mejor, piensa que yo soy divertido.

-Los chistes no solucionan un matrimonio.

-Me hace sonreír -continuó, analizando sus propios sentimientos-. Me basta con oír su voz. Verla entrar por la puerta, saber que la voy a tener conmigo toda la velada. No puedo explicarte lo bien que me hace sentir eso. Y es tan persistente. Se ha encontrado con un obstáculo tras otro al tratar de comprar para mí esa tierra, y no se rinde.

-Por favor, dime que no se trata de un agradecimiento equivocado por la tierra del abuelo.

-¡No, no lo es! -plantó el cuchillo en la encimera y se volvió hacia su hermana-. ¿No estás escuchando lo que te digo? Estoy

enamorado de Ellie. Es la mujer con la que creo que me gustaría pasar el resto de mi vida. Y quiero que te caiga bien. Diablos, me gustaría que también la quisieras, pero no voy a dejar que decidas a quién debo o no debo amar. Con quién voy a casarme.

Meagan recogió un trapo de cocina y se apoyó en la encimera mientras se secaba las manos.

-Zane, no intento complicarte la vida en este tema. Tienes razón. No conozco bien a Ellie, pero sí conocí bien a Judy, y me caía bien.

-No. La considerabas egoísta y con un único propósito en la vida.

-No es verdad. Sin embargo, desde el principio supe que no era mujer para ti, porque jamás iba a darte lo que necesitabas. Temo que te hayas enamorado de otra mujer como ella, eso es todo.

Volvió a empuñar el cuchillo y se puso a pelar un pepino.

-Ellie no se parece en nada a Judy.

-Perfecto -alzó las manos y se alejó.

-Perfecto -acordó con un gesto de asentimiento

Y ahora ve a vestirte y sal a dar un paseo. O al súper mercado. Haz algo, Meg. Yo me quedaré aquí con los chicos y les daré de cenar.

Ella se detuvo en el umbral.

-Te quiero, hermano, lo sabes, ¿verdad? Él no giró, pero sonrió. -Lo sé.

Eran más de las diez cuando Elise oyó que llamaban a la puerta. Ya casi había terminado el trabajo en el contrato para el señor Gallagher y sólo necesitaba releerlo, pero estaba muerta de hambre y había ido a la cocina para ver qué podía prepararse. Sólo había encontrado algo que parecía comida china en un contenedor de cartón en el fondo de la nevera, pero que había resultado estar pasado.

Tiró la caja en la bolsa de la basura y salió al pasillo. -¿Quién es?

-Un tipo que es un novio espantoso -respondió

Zane desde el otro lado-. Pero vengo con regalos. Le abrió con una sonrisa en los labios. -Hola.

-Hola -se inclinó y le dio un beso prolongado en los labios.

-Mmm -suspiró ella-. ¿Así que vienes con regalos? ¿De qué clase?

Alzó una bolsa de plástico de supermercado.

-Espaguetis y ensalada con productos de huerto.

-Oh, bendito seas -le quitó la bolsa de la mano-. ¿Cómo sabías que estaba famélica?

Rió entre dientes mientras la seguía a la cocina.

-Regresaba a casa desde la residencia y pensé que quizá necesitaras un poco de combustible.

-¿Cómo se encuentra el abuelo? -sacó los contenedores de la bolsa e introdujo el de la salsa en el microondas.

-Está bien. Le dejé preparada la ropa para ir a misa mañana y dio la impresión de que sabía lo que hacía. Siempre le gustó ir a la iglesia -se apoyó en la encimera y rió entre dientes-. O al menos la cena posterior.

-Me alegro de que hayas venido. De que trajeras comida -pensó que eso le sumaba puntos de bonificación en la lista.

-¿Has terminado con lo que tenías que hacer?

Asintió mientras pensaba en lo atractivo que estaba con los bermudas caqui, el polo y la piel bronceada. El pelo rubio le caía sobre un ojo, dándole ese aspecto de chico malo de cine.

-Casi. Como máximo, me queda otra hora, y entonces estará listo para el escritorio de Gallagher.

Él cruzó los brazos, miró el microondas y luego a Elise.

-Quería disculparme por lo de hoy.

Ella movió la cabeza y se acercó más.

-No es necesario.

Zane apoyó las manos en las caderas de Elise.

-Sí lo es. Fue una estupidez saltar de esa manera. Es la primera vez que me pasa. Supongo que estoy demasiado sensibilizado.

-¿Por Judy? -él asintió-. Bueno, probablemente a mí me pasa lo mismo con el trabajo. Ni siquiera sé que se trata de trabajo. Es que... -apartó la vista, incapaz de mirarlo a los ojos.

-Cuéntame -pidió en voz baja.

El microondas pitó, pero no le hicieron caso. Ella alzó lentamente la cabeza y se puso a juguetear con el cuello del polo de Zane.

-Mi padre llamó hoy.

-Y te hizo sentir que medías un centímetro -la vio bajar la cabeza-. Ellie, no entiendo por qué lo escuchas.

-Porque es mi padre.

-Lo sé -le acarició la mejilla-. Entiendo que quieras ser aceptada. Lo que pasa es que temo que sin importar lo que hagas, él jamás estará satisfecho, Ellie. No mientras no vivas en Texas y dirijas el negocio con él. Dejas que dirija tu vida.

Ella cerró los ojos. ¿Era verdad lo que decía Zane? En las últimas semanas, quizá meses, le había pasado la misma idea por la cabeza, pero no quería ni considerarla.

-¿Podemos no hablar de ello ahora?

-Claro -la tomó en brazos y le dio un beso en la cabeza-. Mmm. Hueles bien.

Ella pegó la cara a su pecho y durante un momento se centró en el palpitar de su corazón. Luego alzó la cabeza y fue al encuentro de su boca. Le rodeó el cuello con los brazos y pegó el cuerpo al suyo. Olía tan bien... a sol, a salsa de espaguetis y a un futuro que unas semanas atrás había temido anhelar.

La lengua de Zane jugó con la suya y le provocó un gemido. Le acarició la espalda y luego bajó las manos hasta coronarle las nalgas. Cuando se separaron para respirar, bajó las manos y puso expresión tímida.

-Lo siento -se apartó el pelo de los ojos-. Me he dejado llevar.

Ella rió y se dio cuenta de que la relación subía un peldaño.

-No has oído que me quejara, ¿verdad? -le dio un beso rápido en los labios-. ¿Nos vemos por la mañana?

-Puedes apostarlo.

Durante un segundo, no la dejó ir y dio la impresión de que quería decir algo más. Al mirarlo a los ojos, la palabra que empezaba con la letra «A» bailó otra vez en la punta de los labios. Se preguntó si a él le pasaba lo mismo y el corazón le dio un vuelco.

Zane la soltó y salió de la cocina.

-No hace falta que me acompañes.

-Gracias por los espaguetis -dijo a sus espaldas mientras abría el microondas.

Capítulo 7

No adaptéis vuestro estilo de vida al suyo. Centraos en quiénes sois y en vuestra autoestima. Los cambios en el estilo de vida para satisfacer a un hombre deberían activar alarmas.

La primera semana de agosto, el señor Gallagher llamó a Elise a su despacho. -¿Quería verme, señor? Hombre pequeño de sesenta y pocos años, con el pelo cano y cara angulosa, Joe Gallagher alzó la vista desde el escritorio.

-Siéntese, Elise -la miró por encima del borde de sus bifocales-. ¿Cómo va la semana?

-Excelente, señor. Vendí un piso en Mallard Lake y la propiedad de los Brenner en Lake Shore -ocupó uno de los sillones de piel delante de la mesa, sintiéndose un poco nerviosa.

-¿La de los tres dormitorios con la cocina color púrpura?

-La misma -sonrió. Él asintió.

-Escuche, Elise, he repasado los números de julio, los suyos en particular -levantó una hoja de papel-. Iba tan fuerte los primeros cinco meses del año, que le mentiría si le dijera que no quedé un poco decepcionado.

Ella casi sintió que se le hundían los hombros.

-El negocio ha ido un poco lento.

Volvió a mirarla por encima de los bordes de las gafas.

-¿Todo va bien en casa?

-Bien. Sí, desde luego.

-Lo que pasa es que parece un poco preocupada. No la he visto los sábados y domingos como solía verla antes -sonrió con amabilidad-. Ya no cerramos la oficina juntos como hacíamos antes.

Le devolvió la sonrisa, pero cuando habló, su tono fue seco. En el sillón de Joe veía a su padre, y no le gustaba. No le gustaba el modo en que dejaba que la hiciera sentir.

-No sabía que eran necesarias horas extra los fines de semana, Joe, a menos que mostráramos una casa abierta. Vengo a la oficina de lunes a viernes, de nueve a cinco. Estoy aquí o mostrando alguna propiedad.

-No, no, no, no sugería que no cumpliera con las horas de trabajo, sólo que... bueno, con sinceridad, Elise, con la jubilación de Marshall y la venta de sus acciones en Waterfront, los demás socios han estado hablando de ofrecerle a uno de nuestros agentes una participación.

Alzó la vista, no tan complacida por la mención de que pudieran hacerla socia como había creído que estaría. Era justo lo que había querido, por lo que se había dejado las pestañas durante los últimos

cinco años, ¿o no?

-Estaría muy interesada, Joe.

-Lo sé, pero también lo estarían Liz y Ralph. Los tres compiten por el puesto y mi favorita ha sido usted en todo momento. Pero he de decirle que Liz se llevó el premio de mejor vendedora de julio. Ya son dos meses seguidos. No querrá que se le adelante demasiado, ¿verdad? -rió entre dientes.

-No, señor -ella no rió.

-¿Cómo marcha la transacción de la propiedad para Farmer in the Dell?

-La comisión urbanística sigue demorándose en la decisión a tomar y aún tenemos la enemistad entre los herederos y el bisabuelo fallecido de nuestro cliente -le informó-. No estoy segura de que lleguemos a lograrlo.

Él miró los números de ventas en la hoja que tenía en la mano.

-Si quiere que se la tenga en cuenta para ser socia, necesita esta venta, Elise. Otra venta grande... -le guiñó un ojo-... y creo que podré convencer a los otros socios de que usted es nuestra elección.

Elise se puso de pie.

-¿Es el único motivo por el que quería verme?

-Sí. Si necesita alguna ayuda con el trato de Farmer in the Dell, llámeme. Mientras tanto, averigüe algo sobre esta compañía -escribió algo en un bloc de notas, arrancó la hoja y se la entregó.

Ella la leyó y alzó la vista.

-¿Lindsborg Associates? ¿No construyen campos de golf?

-Puede que vengan a la ciudad. Si lo hacen... -Necesitarán una buena propiedad -volvió a bajar la vista al papel-. Gracias, Joe. -Puede apostarlo.

Al salir del despacho, se encontró con Liz. Desde que habían mantenido la discusión acalorada por Zane, su amistad ya no era lo que había sido. Se sentía herida porque Liz no estuviera más feliz por ella. No entendía por qué su amiga se hallaba tan atrapada por lo que habían leído en Cómo Buscar Marido. Después de todo, había sido su proyecto. Liz ni siquiera había querido llevarlo a la práctica.

-Eh, felicidades por el premio de ventas de julio -comentó, sintiéndose incómoda.

-Gracias -llevaba un traje amarillo muy corto y unos zapatos con tacones muy altos, que resaltaban sus piernas a la perfección-. ¿Cómo estás? Yo he estado... tan ocupada, que no he podido llamarte... ya sabes lo caótico que puede ser todo por aquí.

-Claro -le sonrió-. En especial cuando se persigue el premio de ventas. Requiere muchas horas extra.

Liz asintió.

-Así es. Claro que tampoco tengo nada especial que hacer con mi tiempo. Nadie con quién pasarlo.

Elise frunció el ceño y se acercó un paso a Liz. Había algo en lo que acababa de decirle que hizo que pensara que quizá la había malinterpretado. ¿Estaba celosa de su relación con Zane? ¿O sería otra cosa? ¿La competencia para ser socia de la empresa se había convertido en algo personal?

-Lo siento, Liz, pero he de preguntártelo -musitó-. ¿He hecho algo para molestarte?

-Claro que no. No seas ridícula -le ofreció una sonrisa profesional y apoyó la mano en la puerta del despacho de Joe Será mejor que entre. Me está esperando.

Elise asintió y retrocedió un paso.

-Claro, pero si quieres hablar...

-¿Liz? ¿Es mi vendedora número uno? -llamó Joe desde el interior del despacho-. El tiempo es dinero.

Liz entró y cerró la puerta a sus espaldas. Elise se dirigió a su propio despacho y se sentó ante su escritorio. Pero en vez de devolver las llamadas que le habían dejado mensaje, llamó a Zane.

-Hola -saludó él con entusiasmo-. ¿Qué pasa?

-No lo sé -enroscó el cable del teléfono alrededor del dedo-. ¿Tiene que pasar algo para que te llame? -se quitó un zapato por debajo de la mesa y movió los dedos.

-¿A media mañana? Sí, bastante. ¿Estás bien, Ellie?

Apreció la preocupación que mostraba y el hecho de que ya la conocía bastante bien.

-Sí, supongo que sólo tengo un mal día y quería escuchar tu voz, pero si estás ocupado...

-Nunca demasiado para ti. De hecho, estoy sentado en mi furgoneta delante del Quickstop. He comprado algo para almorzar. Y ahora cuéntame por qué tienes un día malo.

Ella suspiró.

-Han salido los números de las ventas y Gallagher me ha llamado a su despacho para darme una reprimenda disfrazada de discurso de ánimo.

-¿Eso significa que no fuiste la abeja reina el mes pasado?

-Este es un negocio muy competitivo, Zane -se encrespó-. Ya te lo he explicado.

-Lo siento -dijo-. No quería que sonara como ha sonado. Me comentaste que tus ventas habían bajado, pero me dio la impresión de que eso no te afectaba.

-Y así era -confesó-, hasta que Joe imprimió las cifras y pegó el nombre de Liz por todo nuestro sitio en la web donde solía estar el mío.

-Lo siento, cariño, pero no me arrepiento de que hayas pasado tu tiempo conmigo y no con ellos.

-Gracias -sonrió.

-De nada.

-Será mejor que cuelgue -indicó-. He de hacer muchas llamadas.

-Hablamos esta noche.

-Tendré que trabajar aquí hasta tarde, pero me iré a las nueve, haya acabado o no, así que llama cuando haya llegado a casa.

-No lo dudes. Hablamos luego -antes de colgar, le lanzó un beso.

Elise cerró los ojos y disfrutó del momento. Nadie le había lanzado antes besos por teléfono.

-Creo que estoy enamorada -le dijo a la habitación vacía.

Trabajó hasta las nueve y veinte, dedicando más de una hora a leer la información sobre Lindsborg Associates, de modo que cuando los llamara para preguntarles si iban a proyectar un campo de golf en la zona, sonara razonablemente inteligente.

Al salir del edificio de la inmobiliaria y cerrar a sus espaldas, oyó el sonido de un motor de coche y los focos de un vehículo iluminar la fachada de ladrillo. Se preguntó quién diablos sería y también si podría encontrar el aerosol de defensa personal que llevaba en el bolso al darse la vuelta para ver quién estaba en el aparcamiento.

¿Zane? Iba en el BMW y no en la furgoneta. Caminó hasta el coche cuando se detuvo junto al bordillo y bajó la ventanilla del lado del pasajero.

-¿Qué haces aquí? -preguntó, inclinándose

¿Todo va bien? ¿El abuelo?

-Bien. ¿Tienes hambre? -Estoy famélica -reconoció.

-Sube. Compraremos algo para comer y te traeré de vuelta a tu coche.

Ni siquiera tuvo que considerar la oferta. Subió y echó el maletín en el asiento de atrás.

-¿Llevas mucho rato aquí? -se inclinó para ir al encuentro de sus labios.

-No mucho.

-Tendrías que haberme llamado para indicarme que me esperabas -dijo-. Siempre contesto. Me sienta mal que hayas tenido que esperar.

-No pasa nada. Me dijiste que ibas a trabajar hasta tarde. Pasé

con la esperanza de que quisieras ir a cenar conmigo cuando hubieras concluido tu jornada.

Le cubrió la mano con la suya.

-Siempre,

Sonrió y arrancó...

-Hamburguesa o pizza. Elige tu veneno. -Pizza.

-Así será.

Una mirada a Zane y ver cómo le sonreía bastó para desterrar de su mente las cifras de ventas, a Liz y la posibilidad de que la hicieran socia.

Una semana más tarde, Elise aparcaba con retraso en la residencia del abuelo y recogía el regalo del asiento de atrás. Empezaba a oscurecer. Le había prometido a Zane que se presentaría. Subiendo casi a la carrera, se echó el bolso al hombro y atravesó las puertas automáticas del vestíbulo.

-Buenas noches, Elise -saludó con júbilo la enfermera de la recepción.

-Hola, Sue, ¿podrías abrirme? -se apresuró hacia las puertas cerradas del pabellón de Alzheimer-. ¡Gracias!

Fue directamente al salón donde Zane le había dicho que tomarían helado y tarta. El clan de los Keaton lo celebraría ese fin de semana en casa de Meagan, pero Zane quería que su abuelo tuviera una «fiesta» con los otros pacientes. La sala estaba vacía.

-Oh, no -gimió.

Se había visto atrapada en una reunión en la inmobiliaria. Una reunión obligatoria. Joe y los otros socios parecían no sentir respeto alguno por el tiempo de los demás. ¿No tenían familia que los esperara? ¿No querían ir a casa al final del día?

Giró en el pasillo y se dirigió a la habitación del abuelo. A mitad de camino, se encontró con Meagan, que llevaba a la pequeña Alyssa en brazos.

-Está en la habitación del abuelo -le indicó-. Lo va a acostar. Últimamente parece que cualquier ejercicio lo cansa.

Se detuvo delante de Meagan y tomó la manita de Alyssa. Era el primer bebé que conocía y le parecía adorable y dulce.

-No puedo creer que me perdiera la fiesta -comentó, moviendo la mano del bebé.

Alyssa rió.

Meagan la miró con expresión de desaprobación.

-Tienes que empezar a desprenderte de tanta tontería, Elise.

Soltó la mano de Alyssa. -¿Perdona?

-Te llamó a la oficina. No paraba de decir que no llegarías tarde,

no a esto. Le dijeron que estabas en una conferencia y no se te podía molestar.

Elise puso los ojos en blanco.

-Esa reunión no terminaba nunca. Yo...

-Si vas a romperle el corazón -cortó Meagan-, desearía que lo hicieras de una vez.

-¿De qué estás hablando? -exigió saber Elise, cansada de ser cortés-. Estaba en una reunión y no pude salir.

Alyssa comenzó a agitarse y Meagan la acomodó sobre su cadera.

-He de irme. Hora de comer -se marchó.

-Meagan -llamó detrás de ella. Al no volverse, Elise hizo un gesto de disgusto-. Olvídalo -musitó.

La verdad era que la opinión de Meagan no había cambiado desde aquella conversación en la cocina de Zane. Había sacado la conclusión de que era una adicta al trabajo que jamás podría ser lo que necesitaba su hermano. Y existía la posibilidad de que ella misma se lo estuviera tomando de forma demasiado personal. Quizá Meagan jamás llegara a estar contenta con ella y lo mejor era dejar de tratar de agradarle.

Entró en la habitación del abuelo.

-Hola, lamento llegar tarde.

Zane guardaba ropa sucia en la cesta, de espaldas a ella. El abuelo ya estaba en la cama.

-No pudimos esperar -indicó él con voz impasible-. Los otros residentes querían su tarta.

-No, está bien. Siento no haber podido llamarte, y cuando al fin me metí en el coche, pensé que no era necesario que te llamara al móvil. Llegaría en un minuto -se acercó a la cama y le ofreció al abuelo su regalo-. Hola, chico guapo.

El alzó la vista. Elise habría jurado que sonreía.

-Mira lo que te he traído -puso las manos arrugadas en torno al regalo envuelto con papel de color. ¿Necesitas que te ayude a abrirlo? -preguntó, mientras oía a Zane moviéndose por la habitación. Sabía que estaba enfadado con ella, aunque no cuánto-. Vamos allá -dijo. Empujó el dedo del abuelo por la abertura del papel y tiró, obteniendo un sonido satisfactorio cuando el papel se rompió. El abuelo sonrió-. Mira lo que tenemos aquí -levantó la tapa-. Veamos... tus caramelos preferidos. Un pañuelo rojo porque sé que te gusta ese color. Y mira, es un pequeño perro de peluche igualito que Scootie -puso el animal en las manos del anciano y él lo miró con interés.

Zane estaba apoyado en la puerta con los brazos cruzados y ceñudo.

-Escucha, lamento haber llegado tarde -espetó, estrujando el papel de regalo antes de tirarlo a la papelera-. Pero he tenido un día horrible en una serie de días horribles, y no necesito que me hagas sentir peor. ¿Es que crees que no quería estar aquí? -señaló al abuelo, que aún miraba el peluche.

-No he dicho nada -comentó él con frialdad.

-No es necesario. Tu hermana lo hizo -señaló hacia el pasillo.

-Realmente quería que estuvieras presente -metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

Elise guardó los caramelos y el pañuelo en el cajón de la mesilla de noche.

-Y yo quería estar aquí, pero no podía levantarme y salir en medio de una reunión. Zane, mi trabajo podría correr peligro si no me muestro firme. ¿Tienes idea de lo mucho que he trabajado para adquirir esa tierra que quieres? ¿Tienes idea de las muchas horas que he dedicado a ese proyecto? -la voz le tembló con las últimas palabras.

Zane cerró las manos a los costados.

-Maldita sea, Elise. Contaba contigo.

Lo miró.

-Llegué tarde -alzó las manos-. No entiendo por qué eso es un crimen -recogió el bolso de la cama y se inclinó para besar la mejilla seca del abuelo-. Feliz cumpleaños -murmuró.

-¿Adónde vas? -demandó Zane.

-¡A mi casa! -pasó junto a él.

-Pensé que íbamos a ir a cenar después de que el abuelo se acostara.

-Entonces creo que te has equivocado, Zane -soltó por encima del hombro-. Estoy cansada. Me voy a ir a casa, me voy a dar una ducha caliente y me voy a meter en la cama.

La observó avanzar por el pasillo, girar y desaparecer; luego miró a su abuelo.

Este sostenía el perro de peluche que ella le había regalado. Era evidente que le gustaba. Pero el abuelo no miraba el juguete, miraba a Zane.

-¿Qué? -dijo Zane-. Es ella la que se ha marchado. Yo tenía derecho a estar enfadado. Dijo que estaría aquí y no apareció -agitó las manos al acercarse a la cama-. Es evidente que le importa más su carrera que nosotros.

El abuelo simplemente lo miraba, pero había algo de

desaprobación en su mirada. Incluso en su cara.

-Abuelo, tú no lo entiendes -clavó la vista en el muelo limpio-. Supongo que la amo y que me aterra repetir esto. Que me vuelvan a herir, en particular de la misma manera. Supongo que uno es estúpido siempre, alzó la cabeza.

El abuelo lo miraba, concentrado en él.

-Pero tú crees que el riesgo vale la pena, ¿verdad? -miró por encima del hombro hacia la puerta-. Probablemente ya se ha ido. Conociéndola, ha vuelto a la oficina.

Estudió el rostro de su abuelo un rato más.

-De acuerdo, saldré a buscarla, por ti. ¿Eso te hará feliz? Bien -se levantó de la cama y fue hacia la puerta-. Enseguida vuelvo.

Para su sorpresa, vio el Toyota azul de Elise en la menguante luz del aparcamiento. Ella estaba sentada allí. Ni siquiera daba la impresión de que hubiera encendido el motor. Con un gemido, cruzó el césped cuidado y llegó hasta su coche. Aferraba el volante con fuerza y tenía la vista clavada al frente; ni siquiera lo vio.

Llamó en el cristal.

-¿Ellie? -sobresaltada, ella giró la cabeza-. Baja la ventanilla -pidió con un movimiento de la mano.

Lo miró, luego encendió el motor y activó el mecanismo automático.

-Ellie, ¿qué sucede?

Daba la impresión de haber estado llorando.

-¿Qué sucede? Aparte de que mi padre me considera un fracaso porque no he logrado ser la mejor vendedora. Que a mi mejor amiga ya no le gusto o bien porque cree que represento competencia para el puesto de socia o bien porque está celosa de que haya encontrado a alguien que me importe y ella no. Que a pesar de haber trabajado tan duramente para conseguirte la propiedad da la impresión de que toda operación se va a venir abajo. Que Meagan me odia.

-No te odia.

-Pues si no lo hace, lo aparente muy bien -se secó los ojos con una mano-. Y luego estás tú... -alzó la vista-. Pero aparte de eso, no sucede nada.

-¿Yo? -se inclinó frente a la ventanilla.

-No sé qué hacer contigo -declaró-. No eres en absoluto lo que quería en un hombre, pero...

-Bueno, gracias -bromeó. Nada más ver su rostro lloroso, el enfado se había evaporado. En ese momento sólo quería abrazarla-. ¿Pero?

-Tengo tantas ganas de que esto funcione -susurró. Él abrió la puerta del coche, la tomó de la mano y la hizo bajar. La abrazó y cerró la puerta con la rodilla. -Yo también quiero que esto funcione -la miró a los hermosos ojos verdes-. Quiero que funcione por que estoy enamorado de ti, Elise.

-¿Sí? -preguntó con voz trémula. Sonrió y apoyó la mano en su mejilla.

-Éste sería el momento de decir otra cosa... ¿Cómo que tú también me amas? Rió y lo abrazó.

-Oh, Zane. Te amo. Lo he sabido desde hace semanas, pero...

-¿Pero qué? -suavemente, le apartó el pelo de la frente. Había empezado a dejárselo crecer desde que salían y le gustaba de esa manera. Más suave. Más femenino.

-Temo tanto llegar a estropearlo. No poder lograr que funcione, que ninguna relación con un hombre funcione.

-Ellie, no digas eso -le besó la frente. La mejilla. La punta de la nariz-. Escúchame. No quiero que te preocupes por la propiedad. Si sale, sale.

-Pero tú la deseabas mucho.

Era tan hermosa, tan vulnerable en ese momento, que lo único que quería era protegerla. Abrazarla.

-Sí. Pero si no la consigo no será el fin del mundo. El abuelo va a quererme lo mismo, le compre la tierra antes de que muera o no -rió entre dientes-. Creo que ni reconocería la diferencia. En cuanto a Meagan, va a tener que superarlo. No puede decirme a quién amar.

-Quiero caerle bien porque sé lo importante que para ti es la familia -le tembló el labio inferior-. Y yo no tengo familia propia. Jamás he tenido una hermana.

-Lo sé -le besó el labio trémulo-. Y por último, acerca de estropear la relación, para ello hacen falta dos, ¿no? ¿Qué te parece si vamos día a día?

Ella asintió.

La abrazó con fuerza y cerró los ojos, disfrutando de la sensación de Elise, de la fragancia de su piel y de su pelo.

-Te amo, Ellie -murmuró, gustándole el sonido de las palabras al salir de su boca.

-Te amo -murmuró ella.

Le cubrió la boca con la suya y pensó en lo maravilloso que era la sensación de amar otra vez.

Capítulo 8

Hay un momento de luna de miel al comienzo de toda relación. No os dejéis arrastrar. La luna de miel siempre termina y la cruda realidad vuelve a asentarse. Al elegir pareja, mantened los ojos en la meta. La vida es una cruda realidad, no una luna de miel.

Dos semanas más tarde, colgó el teléfono y soltó un grito de alegría. Entonces, avergonzada por el exabrupto poco profesional, alzó la vista para comprobar si alguien en el pasillo la había oído. Se cubrió la boca con ambas manos y sonrió.

-¡Lo has conseguido! -se dijo, dando saltos.

Volvió a levantar el auricular y marcó el número del móvil de Zane, sabiendo que ya la tenía incorporada en la memoria y que aparecería su nombre en la pantalla.

-Hola, encanto.

-¿Dónde estás? -preguntó Elise cuando le respondió. Se sentía tan entusiasmada, que apenas podía respirar.

-Acabo de dejar el despacho para ir a buscar el último maíz dulce que hay en casa. El hombre del tiempo pronostica lluvia, a pesar del día hermoso que hace ahora.

-¿Puedes venir a buscarme?

-¿Ahora? ¿A las tres y media de la tarde de un martes? ¿Te encuentras bien? -frunció el ceño.

-¡De maravilla! Mejor aún. Te esperaré en la calle.

Diez minutos más tarde, Zane se detuvo ante Inmobiliaria Waterfront. Elise entró casi de un salto y tiró el bolso al suelo.

-¡La tenemos!

-¿La tenemos? -entonces la cara de Zane se iluminó-. ¡La tenemos! -sonriendo, ella asintió-. ¡Ellie, eso es magnífico! -la abrazó con fuerza-. ¡La tenemos! ¡No puedo creerlo! ¡Tenemos la propiedad!

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

-Esta mañana la comisión urbanística ha dado un principio de visto bueno sobre la recalificación de la zona y el abogado de los Jacobs acaba de llamar para anunciar que la familia ha aceptado tu última oferta y que sus clientes firmarán el contrato de venta mañana. En cuestión de semanas podrás establecerte en la propiedad.

La besó en la mejilla y luego en la boca antes de soltarla.

-No puedo creer que lograras que sucediera. El abuelo estará tan feliz... al menos la familia estará feliz por él. Eres buena. Eres muy buena.

-Se reclinó en el asiento y se puso el cinturón de seguridad,

complacida de que apreciara su capacidad profesional. Y Liz había dicho que jamás la conseguiría.

-Estaba pensando que podríamos ir a recoger al abuelo, comprar algo para comer y hacer un picnic en la que será tu inminente propiedad -dijo ella-. Justo debajo del roble grande donde dijiste que solía elevarse la vieja granja.

Una hora después, Zane y Elise estaban sentados sobre una manta a cuadros debajo del roble. Él había transportado al abuelo fuera del coche y en ese momento Tom Keaton se sentaba debajo del árbol donde una vez había jugado en la hamaca de la rueda, mirando las ramas con un júbilo en el rostro que ella no habría creído posible.

-¿Qué te parece? -preguntó Elise mientras le ponía un arándano en la boca.

Estaban sentados uno frente al otro, con las piernas cruzadas. Habían pasado por la casa de él para buscar la manta, saquear la nevera y recoger al perro. Ya casi no quedaba nada del festín de pollo frito, pepinos marinados y ensalada de patatas.

Le besó los dedos y masticó el arándano.

-Creo que esta propiedad es perfecta para lo que la quiero, y es evidente que el abuelo piensa lo mismo -con el mentón señaló en la dirección de su abuelo.

Sentado en la hierba, con las rodillas en alto, la espalda contra el árbol y una taza de té helado en la mano, sonreía con tanta intensidad, que temieron que se le pudiera caer la dentadura postiza.

-Creo que lo sabe -acarició la espalda ancha de Zane-. Sabe dónde se encuentra. Mira esa sonrisa.

-Desde luego -le tomó la mano y se la llevó a los labios, besando cada nudillo-. Y yo no sé cómo agradecértelo.

-No tienes que hacerlo. Esa sonrisa es más que suficiente -se adelantó y le dio un beso en los labios.

-Mmm -la sentó en su regazo-. Sabes a moras.

-Tú también.

Volvió a besarla y pasó la mano por las piernas bronceadas.

-Ooops, aguarda un segundo -Zane se puso de pie y se acercó al árbol donde estaba sentado su abuelo. El anciano se había quedado dormido con el té helado en la mano. Le quitó la taza con suavidad y la dejó a un lado-. Ojalá lo hubieras conocido antes -dijo-. Antes de que empezara a írsele la memoria, al abuelo le encantaba el béisbol. Me llevó a ver mi primer partido de las grandes ligas cuando tenía siete años. Era un trabajador infatigable, pero algunos

días, venía a buscarme y me decía: «Zane, muchacho, si sólo trabajamos y no jugamos, la vida no es divertida. Larguémonos a hacer algo que nos haga reír». Nos íbamos a pescar, a capturar cangrejos o incluso a patinar. En una ocasión, fue a recogernos temprano a Meagan y a mí al colegio y pasamos la tarde mirando momias en un museo en Filadelfia. Puede que el abuelo fuera un criador de pollos, pero nos abrió ventanas al mundo a mí y al resto de sus nietos.

-Has debido de tener una infancia maravillosa -comentó Elise. Un verano, recorrió Europa con un grupo de su campamento de verano privado. Había disfrutado de la experiencia, pero su padre no había considerado el viaje «divertido» por la simple diversión, y la única participación que había tenido en el viaje había sido pagar la factura.

En el cielo se oyó el retumbar de un trueno y Zane alzó la vista.

-Nubes oscuras. El hombre del tiempo tenía razón... creo que será mejor que nos vayamos -la levantó del regazo y le ofreció la mano, poniéndola de pie.

Volvieron a besarse y ella anheló prolongar el momento. Le gustaba estar en la vieja granja del abuelo. Nunca antes se había considerado una amante de la naturaleza, pero en las últimas semanas, entre las visitas a la propiedad y explorar la granja de Zane, había descubierto que le encantaba el olor a hierba recién cortada. Le gustaba recoger arándanos y tomates, la sensación de tierra fresca bajo los pies. Incluso le gustaba recoger huevos en el gallinero. Era como una búsqueda del tesoro.

Retumbó otro trueno y Elise pensó que había sentido una gota de lluvia.

-Será mejor que vayas a buscar al abuelo -dijo-. Yo recogeré el picnic.

La soltó a regañadientes y juntó las manos con fuerza.

-¡Scootie! ¡Vamonos! ¡El tren sale de la estación!

Elise rió cuando el perro regresó dando saltos entre la maleza, arrastrando una rama que era más grande que él mismo. Guardó los restos de la cena en una vieja cesta de mimbre que Zane había encontrado en la despensa. Dobló la manta y puso todo en el maletero, junto a la silla de ruedas del abuelo.

La lluvia comenzó a caer en serio cuando Zane introducía al anciano en el asiento de atrás del coche y regresaba a la carrera junto al árbol para ayudarla con la nevera portátil y el cuenco de Scootie.

-Oh, no -rió ella, alzando las palmas de las manos hacia el cielo,

que pareció abrirse y diluviar sobre ellos.

-Corre -gritó Zane por encima de los truenos. Los relámpagos zigzaguearon en el cielo oscuro.

Elise recogió el cuenco de agua vacío y corrió hacia el coche. Cuando los dos se hallaron a salvo en el interior, en compañía del abuelo y del perro, estaban empapados.

-Míranos -comentó Zane, secándose la cara mojada-. Parecemos ratas ahogadas.

Ella bajó la vista y se dio cuenta de que estaba tan mojada, que la camiseta se le transparentaba.

-Oh, no -gimió.

Él enarcó una ceja.

-No sé, creo que me gusta. Es mi competición personal de camisetas mojadas.

Elise rió y lo empujó mientras trataba de ocultarle el perfil del sujetador y del pecho.

Zane arrancó el coche y apoyó el brazo en el asiento para mirar hacia atrás y retroceder por el sendero.

-¿Qué vamos a hacer con Ellie? -le preguntó al perro y al abuelo-. ¿Casarnos antes de que abra los ojos y huya?

Elise sintió un escalofrío por el cuerpo y cruzó los brazos, los ojos muy abiertos. ¿Acababa de decir Zane lo que creía haber oído? Tenía tanto miedo de mirarlo, que clavó la vista al frente.

Él giró el vehículo y salió al camino de tierra que daba a la carretera. La miró.

Elise seguía con la vista en el parabrisas mojado, sin saber qué hacer. Qué decir. ¿Y si no había entendido bien? ¿Y si estaba bromeando? Pero él tenía que saber que lo había oído.

Llevaban varios minutos en la carretera antes de que acopiara valor suficiente para mirarlo a hurtadillas. Él la miraba con esa risa tonta y atractiva en la cara.

-Creo que es la primera vez que te veo tan quieta -bromeó-. No era mi intención acabar con la diversión.

Elise tembló y alargó la mano para activar la calefacción.

Zane volvió a estudiarla.

-Te amo -declaró-. No era mi intención soltártelo de esa manera. Fue algo espontáneo. Hablaremos más tarde, sin público -miró por el espejo retrovisor y vio que su abuelo aún sonreía.

-Yo también te amo -susurró ella, con el corazón todavía desbocado.

Él le apretó la mano y ella giró la cabeza para mirar los campos por la ventanilla. «Bueno, Edwin, hoy ha sido rentable salir

temprano de la oficina», fue en lo único en que pudo pensar.

Llevaron al abuelo a la residencia y ella esperó en el vestíbulo de entrada mientras Zane lo bañaba y lo metía en la cama con su pijama favorito.

Luego Elise se despidió del anciano con un beso de buenas noches y, para su sorpresa, él levantó la mano y le acarició la mejilla. Fue como el primer día en la casa de Zane, cuando le había aferrado el brazo.

-Yo también te quiero, abuelo -murmuró con lágrimas en los ojos.

Zane le dio un beso en la mejilla y tomados del brazo, fueron al coche. La lluvia había parado y el aire nocturno estaba fresco y húmedo. Podían oír el sonido de los grillos en la hierba mojada.

-Te llevaré hasta tu coche... o podríamos ir a mi casa -le pasó el brazo por la cintura.

Ella lo miró, sintiéndose un poco más cómoda, una vez que la camiseta casi se había secado.

-Vayamos a tu casa.

Guardaron silencio en el viaje de regreso, pero fue un silencio cómodo, contemplativo. Elise jamás había conocido a alguien con quien pudiera estar sin conversar y sentirse tan dichosa. Al llegar, soltaron al perro y luego fueron al porche, para sentarse en la vieja hamaca de madera que colgaba de las vigas del techo.

Zane le pasó un brazo por los hombros y contemplaron la oscuridad.

-¿Sabes?, era en serio lo que dije hoy -comentó él, alisándole el pelo de la nuca.

-¿Qué? -lo miró. Desde luego, sabía muy bien de qué hablaba. No había pensado en otra cosa desde que lo dijo, pero quería volver a oírlo.

-Acerca de querer casarme contigo -la miró.

Elise sintió que temblaba por dentro. Jamás había llegado al capítulo de «La Proposición» o «La Boda» en el libro, porque no le había visto ningún sentido. En ese momento se preguntó si no tendría que haberse adelantado en su lectura.

-¿Me lo estás pidiendo? -susurró con aliento contenido.

Zane reflexionó durante un momento y luego sonrió.

-Sí, Ellie, te lo estoy pidiendo. Me pilla completamente desprevenido -rió-. No tengo anillo, tampoco discurso. Pero hoy en el coche pensé que quería que estuviéramos juntos. Siempre. Quiero ser tu marido con todo lo que eso significa -esperó un momento-. Y bien, ¿qué me respondes?

Se sintió mareada por falta de oxígeno.

-Sí.

-¿Sí?

-Sí, quiero estar contigo. Sí, me casaré contigo -tenía el pecho en un puño y sentía que el corazón le martilleaba-. Pero sólo si de verdad lo quieres -se oyó decir-. Creo que me conoces. Sabes quién soy y qué soy. ¿Podrás amarme de todos modos? -inquirió con un nudo en la garganta.

-Ah, Ellie, te amo por quién tú eres.

Alzó la boca al encuentro de los labios de él y sintió que los latidos volvían a desbocársele. Entreabrió los labios para aceptar su lengua y se acercó más. El le pasó los dedos por el pelo y la besó hasta dejarla mareada, y luego volvió a besarla. La subió a su regazo y ella le acarició el torso, disfrutando de la sensación de su piel cálida y del ritmo de su corazón. Al alzar la mano para apartarle el pelo de la cara y volver a besarla, con el dedo le rozó el pecho y Elise contuvo el aliento. Los relámpagos que antes habían surcado el cielo, parecieron crepitar entre ellos.

Zane también lo había sentido. Le tomó la boca con apetito antes de bajar la boca hasta su mentón y luego al cuello palpitante.

-Ah, Ellie -gimió.

-Zane -jadeó ella. Siempre había sido muy cuidadosa con los hombres en el pasado. Había disfrutado del placer físico de los besos, desde luego, pero jamás se había entregado.

-Ah, cariño -Zane pegó la mejilla sobre sus senos -se hallaban en territorio peligroso. Los dos lo sabían-. Quiero hacerte el amor -murmuró al levantar la cara para mirarla a los ojos.

-Yo también lo quiero -musitó.

Él tragó saliva.

-Pero creo que deberíamos esperar. Creo que vale la pena la espera, ¿tú no?

Elise asintió, sin saber si las palabras la decepcionaban o hacían que lo amara aún más. Las dos cosas. Quería hacer el amor con Zane, pero hacía tiempo había decidido que quizá el que su padre se acostara con tantas mujeres formaba parte de la causa de que el matrimonio significara tan poco para él. Si ella se casaba, sería para siempre. Quería estar casada con Zane para siempre.

-Tienes razón -murmuró, alisándole el pelo allí donde se lo había revuelto con los dedos-. Pero no tendremos que esperar mucho, ¿verdad?

Él rió.

-¿A ver cómo te suena esto? Mi primo Cárter se casa dentro de

un mes en Carolina del Sur. De todos modos, iba a invitarte a ir conmigo. ¿Qué te parece si anunciamos nuestro compromiso entonces? Toda mi familia estará presente. Será el momento perfecto y me dará tiempo de comprarte un anillo.

Sentada aún en su regazo, le acarició la mejilla.

-Suena perfecto.

-Es un sábado —le advirtió-. Tendremos que irnos el viernes.

-No hay problema.

-¿Estás segura de que puedes perder un par de días en el trabajo? No quiero decirle a todo el mundo que vas a ir y luego aparecer solo.

Elise rió.

-No me perdería la boda de Cárter y Amy por nada del mundo.

-Entonces, arreglado. ¿Qué tipo de anillo te gustaría?

-El que elijas, será perfecto. Creo que me conoces mejor que yo misma -confesó-. ¡Que sea una sorpresa!

-De acuerdo. Y ahora vamos, deja que te lleve a casa.

-Todavía no tengo que irme -miró el reloj-. Es temprano.

-Sí tienes que irte -la levantó de su regazo, la dejó en la hamaca y se incorporó, ajustándose los bermudas-. Porque si no lo haces, te voy a tomar en brazos, te llevaré a mi dormitorio y abusaré de ti. Vamos -le ofreció la mano.

Riendo, conmovida, aceptó la mano y lo siguió escalones abajo. En ese momento, lo habría seguido a cualquier parte.

El teléfono sonaba cuando entró por la puerta. Después de llevarla hasta su coche y de seguirla para cerciorarse de que llegaba a salvo a casa, Zane ni siquiera la había acompañado hasta la puerta. Afirmó que aún le resultaba demasiado tentadora, que necesitaba mantenerse alejado de las camas esa noche mientras la tuviera cerca. Se habían besado con inocencia a través de la ventanilla del coche.

Alzó el auricular al tiempo que se desprendía de las sandalias que aún estaban húmedas.

-Hola.

-¡Gracias al cielo! -exclamó Liz-. ¿Dónde has estado? Temía que te hubieran secuestrado o algo por el estilo.

-¿Qué? -dejó caer ambas sandalias sobre la moqueta del salón y encendió una lámpara.

-Hace horas que intento localizarte. Tu coche seguía en el aparcamiento. Pensamos que tal vez habías ido a mostrar alguna propiedad en el de un cliente, pero entonces vimos que no contestabas tu móvil.

Al dirigirse por el vestíbulo hacia su despacho, recordó que había echado el bolso en el asiento de atrás del coche de Zane, donde lo olvidó hasta que regresaron a la oficina a recoger su coche.

-Lo siento, no era mi intención preocuparte -de hecho, la conmovía que Liz hubiera notado su ausencia y se hubiera preocupado por ella. Quizá las cosas no estaban tan mal entre las dos como había pensado.

-Gallagher se crispó al no poder ponerse en contacto contigo. Creo que te ha dejado cien mensajes en el móvil y en el contestador de tu casa.

Sintiéndose culpable, miró hacia el contestador y lo vio parpadear sobre el escritorio en la oscuridad. Encendió la luz.

-¿Qué necesitaba?

-Llamó alguien de Lindsborg Associates -indicó Liz, como si leyera el nombre en algún papel.

-¿Lindsborg? -había estado tan ocupada luchando por la propiedad de Zane, que no había vuelto a pensar en Lindsborg Associates y su campo de golf desde que hablara con el departamento de adquisiciones dos semanas atrás. Habían dicho que volverían a ponerse en contacto con ella. Ni siquiera recordaba el nombre del jefe de ese departamento… Stroudsburg, Stroms-burg. Dio por hecho que nunca más volvería a saber de ellos.

-Eso es lo que pone. Lindsborg Associates. Un tal Robert Stroudsburg te llamó dos veces.

-Lo llamaré a primera hora de la mañana -dijo, alargando la mano hacia la lista de Cómo Buscar Marido. Sabía que a Zane quizá le gustara verla algún día. Había escrito en ella con distintos colores de tinta y tachado gran parte de lo que había impreso la autora-. Gracias por llamarme, Liz. Lamento haber causado que te preocuparas.

— ¿Dónde diablos estabas? Mark dijo que te había visto a las tres ante la fotocopiadora y después de eso nadie más supo nada de ti.

-He conseguido la venta de los Jacobs. Zane va a comprar la propiedad.

-Vaya, eso es estupendo. Felicidades. Le dije a Joe que sabías lo que hacías. Que sabía que llevabas muy bien a Zane Keaton.

-No lo he estado llevando, Liz -respiró hondo. Si no se lo contaba a alguien, iba a estallar-. Esta noche me ha pedido en matrimonio —soltó.

En el otro lado de la línea reinó una pausa. Breve, pero

definitivamente una pausa.

-¿Y qué le respondiste?

Elise se sintió decepcionada de que su amiga no pareciera más feliz por ella.

-Que sí, desde luego. Esto es lo que he estado esperando toda mi vida adulta. Esto es de lo que hemos hablado, Liz -bajó la vista a la lista que tenía en la mano-. El libro ha funcionado. La lista ha funcionado.

-Zane no se parece en nada a lo que buscabas en un principio.

Elise dejó caer la hoja sobre el escritorio.

-Pensé que estarías feliz por mí. -Lo estoy. Lo estoy si tú eres feliz -Liz dio marcha atrás-. Sólo espero que sepas lo que haces. -Y yo -confesó pensativa, sentándose-. Y yo.

Capítulo 9

Diferencias importantes en los estilos de vida pueden representar desastre en un matrimonio. Los opuestos quizá se atraigan, pero no se mantienen. Si buscáis un matrimonio que dure para siempre, elegid una pareja de vuestro mismo ambiente y ambiciones.

Joe Gallagher entró en la sala de conferencias de Inmobiliaria Waterfront y le ofreció la mano a Zane, que acababa de levantarse del sillón donde se sentaba.

-Usted debe de ser el señor Keaton -le estrechó la mano con entusiasmo-. Joe Gallagher, uno de los socios de esta empresa.

Zane miró a Elise, que hojeaba los papeles que tenía sobre la mesa de caoba, cerciorándose de que cada parte recibiera los impresos adecuadamente firmados. Zane ni siquiera tendría que ir a la firma al día siguiente, ya que el trámite lo llevaría su abogado.

-Encantado de conocerlo -dijo Zane-. Elise me ha hablado de usted.

-Estamos muy orgullosos de ella -afirmó Gallagher-. Ha hecho un trabajo magnífico en esta operación.

-Desde luego -volvió a mirarla.

-Una mujer inteligente -continuó Gallagher-. Una mujer agradable.

-Eso me gusta pensar -le guiñó un ojo.

Elise lo miró. Salvo a Liz, no le había contado a nadie en la oficina que estaban prometidos. Ni siquiera se lo había dicho a su padre. Después de todo, todavía no era oficial. No lo sería hasta el fin de semana siguiente, cuando lo anunciaran en el ensayo de la fiesta de la boda del primo de Zane. Sería entonces cuando le daría el anillo de pedida.

Hasta entonces no sería real, aunque ya habían elegido la fecha de la boda para el uno de noviembre. Nada espectacular. Se casarían en la pequeña parroquia a la que Zane había asistido toda la vida. A Elise le gustaba. Y luego habían planeado una recepción en el club de campo del que ni siquiera había sabido que Zane era socio. El le informó de que mantenía la afiliación por si necesitaba una recepción nupcial. Una cancelación les había permitido disfrutar de una fecha con tan poco tiempo para los preparativos.

Elise movió levemente la cabeza, con la esperanza de que él recibiera el mensaje. Sabía que quería mencionarle algo de los planes de boda a su jefe, pero aún no se sentía preparada. Gallagher seguía indeciso en la elección de un nuevo socio, y quizá no le sentara muy bien la noticia. La verdad era que también ella se sentía indecisa. Era lo que había querido desde que entró a trabajar

allí, pero en ese momento, ya no estaba segura. Poseer una parte de la empresa sería costoso en dinero y en tiempo. Ya no quería trabajar siete días a la semana, diez, doce horas al día. Quería tiempo para estar con Zane. Era una locura, pero después de conocer a la pequeña Alyssa, hasta pensaba en que quería un bebé.

-¿Sabe?, Elise y yo estamos prometidos -anunció Zane.

Cuando las palabras salieron de su boca, Elise quiso atravesar la mesa y taparle los labios con la mano. Quería volver a meter el gato en la bolsa. Pero se quedó quieta, con una sonrisa amable en la cara y guardando los papeles en las respectivas carpetas.

-¿Es cierto eso? -preguntó Gallagher con cierta rigidez-. Vaya, felicidades -miró a Elise y asintió-. Estoy convencido de que serán muy felices juntos.

-Gracias -Zane sonrió-. Sé que lo seremos porque amo mucho a Ellie.

Gallagher enarcó las tupidas cejas.

-Bueno, encantado de haberlo conocido. Elise, cuando tenga un momento, ¿puedo verla en mi despacho?

-Claro.

Zane aguardó hasta que Gallagher se marchó y cerró la puerta, dejándolos solos en la sala de conferencias.

-¿No se lo has dicho a nadie?

Ella cerró los ojos y gimió.

-Dijiste que haríamos el anuncio en la boda de Carter. Di por hecho...

-¿Y a tu padre? -no trató de ocultar su irritación-. ¿Has llamado a Edwin?

-Aún no hemos podido hablar -él emitió un sonido ronco-. Zane, he estado realmente ocupada con la operación Lindsborg y los papeles de tu compra, además de las casas nuevas de la urbanización próxima a la Ruta Trece.

Se quitó la chaqueta del traje gris que tan bien le quedaba.

-Ellie, ¿todavía quieres casarte conmigo?

-¡Por supuesto! -rodeó la mesa-. Zane, claro que quiero casarme contigo. Te amo.

La miró con la boca tensa.

-Y yo te amo a ti y no es algo que quiera ocultar. Quiero contárselo a todo el mundo. Se lo he contado a todo el mundo -alargó la mano-. Amo a Elise Anne Montgomery -gritó.

Ella cerró los ojos y se llevó los dedos a una sien palpitante.

-Zane, trabajo aquí.

-¿Y qué? ¿Es que los agentes inmobiliarios no se enamoran? ¿No

se casan? -volvía a elevar la voz.

-Por supuesto que sí -le tomó la mano y lo hizo girar para que la mirara-. Pero los hombres miran a las mujeres de forma diferente en sus trabajos, y tú lo sabes. He de tener cuidado con mi imagen profesional en la inmobiliaria.

-Ah, ¿de modo que estamos hablando de tu carrera?

Lo miró a los ojos azules.

-No entiendo por qué estás enfadado conmigo. Dijiste que anunciaríamos nuestro compromiso el viernes próximo. Eso es en menos de dos semanas. Iba a contárselo a todo el mundo, incluido mi padre, cuando regresáramos.

Ablandándose, alargó la mano para posarla sobre su cadera.

-No quiero que me dejes.

Ella movió la cabeza.

-No lo haré -musitó, dándose cuenta de que no era la única ansiosa por los planes de boda. No se le había ocurrido pensar que también Zane podía estar preocupado. Era un paso importante. ¿Qué persona en su sano juicio no lo estaría?- Nadie me ha ofrecido un puesto de trabajo en Singapur -le informó-. Y aunque lo hicieran, no lo aceptaría.

-Te amo -sonrió.

-Yo también te amo -se puso de puntillas y le dio un beso-. Y ahora márchate de aquí que tengo que hablar con Gallagher, y luego me queda mucho trabajo antes de salir a las cinco.

Le lanzó un beso desde la puerta.

-¿Nos vemos para cenar con el abuelo?

Se había convertido en su ritual semanal. Todos los lunes, cenaban en el salón de la residencia y luego lo llevaban a dar una vuelta al aire libre.

-Nos vemos en la residencia, y no llegaré tarde.

Lo observó irse, luego recogió las carpetas y llamó a la puerta del despacho de Gallagher.

-Adelante.

-¿Quería verme, Joe? -Cierre la puerta.

La cerró con el tacón del zapato. Al mirar a su jefe con las tupidas cejas juntas, pensó que podía dejar el trabajo. No tenía por qué escuchar lo que sabía que iba a decirle. Podía entregarle todo el papeleo acabado de la transacción y marcharse.

¿Qué haría entonces? Lo que quisiera. En el instituto, había querido ser profesora. Su padre había insistido en que los negocios era la única profesión en la que podía triunfar un Montgomery. Empezaba a comprender que su padre se había equivocado en

muchas cosas. Probablemente, también en eso.

-¿Así que va a casarse?

Ella asintió.

-Buena presa.

Lo observó. El comentario no merecía una respuesta.

Él junto las yemas de los dedos de ambas manos.

-Sólo quiero cerciorarme de que usted y yo estamos en la misma página, Elise, eso es todo.

-Puedo cumplir con mi trabajo y estar casada.

La estudió por encima del borde de las bifocales.

-Claro que puede -la aplacó.

-Todos los hombres de esta oficina están casados, incluido usted -continuó-, y me molesta la insinuación de que el matrimonio podría impedirme desempeñar mi trabajo.

-Lo que pasa es que un socio, Elise... -abrió los brazos-. Requiere mucha dedicación -se quitó las gafas-. Con franqueza, querida, y si me permite la crudeza de la expresión, hacen falta pelotas.

Su irritación se había convertido en enfado. ¿Cómo se atrevía a sugerir que no tenía lo que hacía falta para triunfar en ese negocio? Era mejor vendedora que cualquiera en el edificio. De toda la manzana. Apretó los dientes.

-Las tengo, Joe. Y usted lo sabe.

-Lo que pasa es que he de reunirme con los socios...

-Creo que voy a conseguir el negocio de Lindsborg -soltó. No había tenido intención de decir nada hasta estar segura, pero la había enfadado tanto, que no había podido detenerse.

-¿Sí? -las cejas se elevaron con renovado interés.

-El vicepresidente de la compañía va a venir la semana próxima para inspeccionar la propiedad Johnston. Es perfecta para un campo de golf junto a la playa.

-Es una ganga, incluso con ese precio exorbitante -explicó con orgullo. Y estaba orgullosa. Sería un buen trato para ambas partes, y Waterfront y ella ganarían mucho. No es que le importara realmente el dinero, pero su cara volvería a la página de ventas de la web y su padre, que conocía los campos de golf Lindsborg, quedaría impresionado.

Joe apoyó los codos en el escritorio.

-Haga esta venta, Elise, y creo que tendrá garantizado el puesto de socia.

-Perfecto -dijo. Ni siquiera le dio las gracias. Simplemente, salió del despacho.

Dos días después, sonó el teléfono de la mesilla de noche de

Elise. Ya estaba metida en la cama, a punto de quedarse dormida. Miró el reloj al alargar la mano hacia el auricular. Eran las doce menos veinte.

-¿Hola?

-¿Ellie?

Era Zane, aunque no sonaba igual. Sucedía algo. Se sentó en la cama y encendió la luz.

-¿Qué pasa, cariño?

-El abuelo -la voz se le quebró-. El abuelo ha muerto, Ellie.

-Oh, Zane, cuánto lo siento -las lágrimas se asomaron a sus ojos, no sólo por la pérdida de él, sino por la suya propia. Había aprendido a querer de verdad al anciano, lo cual resultaba sorprendente, dado el hecho de que jamás habían compartido una conversación verbal.

-Lo dejé a eso de las ocho, arropado en la cama con el peluche que tú le regalaste -explicó con voz vacilante-. Las enfermeras me llamaron hace unos minutos. Fueron a apagarle el televisor y estaba... estaba muerto. Murió mientras dormía.

Elise se levantó y se puso unos pantalones cortos que había dejado en el suelo.

-¿Dónde estás? ¿En casa?

-En un minuto voy a la residencia. He quedado allí con Meagan.

-Puedo ir.

-No, Ellie, está bien. Vuelve a dormirte. Sólo... sólo quería decírtelo... porque sé que también lo querías -respiró hondo y ella supo que luchaba por no ponerse a llorar-. He de irme. Te llamaré por la mañana. Te quiero, cariño.

-Yo también te quiero.

Pero no volvió a la cama. Se vistió, se subió al coche y condujo hasta la residencia, donde vio la furgoneta de Zane aparcada junto al coche familiar de Meagan. Recogió el bolso y fue a la entrada.

-Hola, Elise -la enfermera de noche sonrió con tristeza-. Lamento lo de Tom. Era tan dulce.

-Gracias -sonrió y se secó los ojos.

-Zane y Meagan siguen dentro con él. Te abriré la puerta.

Entró en la habitación en penumbra donde el abuelo había dormido los tres últimos años de su vida. En ese momento Meagan salía por la puerta, el pelo revuelto, la cara roja de llorar.

-Lamento mucho lo de tu abuelo -dijo Elise, apretándole la mano.

-Gracias -le sonrió, luego miró a su hermano por encima del hombro-. Te veré por la mañana.

Zane, sentado junto a la cama donde aún yacía su abuelo, alzó una mano.

-Entonces hablaremos de todos los trámites.

Elise se acercó y apoyó una mano en su espalda. Él estaba con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos.

-No hacía falta que vinieras -dijo con voz apagada. -Lo sé.

Miró al abuelo. Siempre había pensado que era una tontería cuando leía que una persona había muerto de forma apacible, pero en ese momento veía que era verdad, y sonrió, triste y feliz al mismo tiempo. Triste porque hubiera muerto, feliz por haberlo conocido.

Continuó acariciando la espalda de Zane.

-Pero quise venir.

Él levantó la cabeza, se secó los ojos y se puso de pie.

-Creo que ya estoy preparado para irme. Me he despedido.

Ella observó el rostro dulce del anciano.

-¿No quieres esperar hasta que...?

El le tomó la mano y movió la cabeza.

-No, está bien. Donó su cuerpo a la ciencia -rió entre dientes y la condujo fuera de la habitación silenciosa-. Hizo todos los preparativos años atrás. El domingo celebraremos una pequeña recepción, probablemente después de la misa. Quizá una cena de pollo frito -volvió a reír entre dientes-. Algo tranquilo. El abuelo no aprobaría que su fallecimiento interfiriera, con la boda de Amy y Carter. Siempre le encantaron las bodas. Bailar y besar a las novias.

Elise sonrió ante el recuerdo. Tomados de la mano, salieron del pabellón de pacientes de Alzheimer y de la residencia. En el aparcamiento, la acompañó al coche.

-¿Sabes?, yo no estaba listo...

-¿Para despedirte?

-Sí -corroboró con un gesto de la cabeza-. Pero era egoísta de mi parte. El abuelo estaba preparado. Lo que pasa que es duro separarse de él.

Le acarició el brazo.

-Te seguiré a casa.

Zane no discutió.

De regreso en la granja, subieron los escalones del porche y encontraron a Scootie esperándolos. Él palmeó la cabeza del perro y abrió la mosquitera.

-¿Quieres que te prepare un té o algo? -preguntó Elise.

Él se detuvo ante la cocina y la abrazó.

-Estoy bastante cansado. Creo que me iré a la cama.

-Oh. Puedo irme a casa, te veré mañana.

Apoyó la mejilla en el hombro de ella.

-¿Ellie?

-¿Mmmm? -le rodeó la cintura con los brazos.

-Sé que acordamos que esperaríamos hasta casarnos para hacer el amor, pero, ¿dormirías conmigo? ¿Sólo por esta noche? -alzó la cabeza-. ¿Sólo para probar el viejo colchón? -le sonrió.

-Eso me gustaría -le acarició la mejilla.

Tomados de la mano, subieron las escaleras y se tumbaron sobre el edredón casero que había sobre la cama de Zane. Con la cara apoyada en el hombro de él, Elise se sumió en el sueño más apacible que jamás había experimentado.

Una semana más tarde, Elise se hallaba en su despacho tratando de limpiar el escritorio. Al día siguiente, Zane y ella se irían a Carolina del Sur, junto con toda la familia Keaton para asistir a la boda de Carter y su novia Amy. Por un lado, la entusiasmaba la idea de ir, pero, por el otro, la ponía nerviosa.

La muerte del abuelo la semana anterior había sido dura, pero al lamentar la pérdida del nuevo amigo que había hecho, descubrió que Zane y ella habían adquirido una mayor proximidad. De algún modo, compartir el dolor personal había acentuado su condición de pareja. Y toda la familia se había mostrado muy amable con ella, incluso Meagan. El domingo, después del funeral, habían regresado a la granja para comer pollo tal como le gustaba cenar al abuelo, y Meagan le había pedido que cuidara de la pequeña Alyssa mientras ella freía las piezas.

Había pasado toda la tarde con el bebé, incluso un rato en el dormitorio mientras Meagan le daba el pecho a la pequeña. Había terminado el día sabiendo que aunque aún no eran grandes amigas, habían dejado de ser enemigas.

Recogió unos cuantos contratos pendientes y los guardó en la carpeta adecuada en el archivador. Al regresar al escritorio, vio un mensaje con fecha del viernes anterior. Lo recogió y lo leyó mientras rodeaba la mesa. Sabía que no lo había visto con anterioridad. Debía de haberse traspapelado en su mesa.

De: J. Lindsborg

Mensaje: Ha sido estupendo hablar con usted. Vuelo el viernes próximo. Haga reserva para cenar y hablaremos de negocios.

-Oh, no -gimió-. No, no, no -estrujó el papel, y tuvo ganas de llorar.

-¿Sucede algo? -Liz asomó la cabeza por la puerta.

-Marsha debió dejarme este mensaje en mi mesa la semana

pasada. De algún modo, terminó en el último lugar.

-¿Y qué ponía? -inquirió Liz.

-Que el vicepresidente de Lindsborg Associates, John Lindsborg, va a venir el viernes para cenar conmigo.

-¿Y? Llévalo a cenar y queda con Zane más tarde.

-Liz, éste es el fin de semana -rodeó su mesa-. Vamos a la boda del primo de Zane. Vamos a anunciar nuestro compromiso. Zane me va a dar el anillo el viernes por la noche.

Liz frunció el ceño.

-Podrías llamar a Lindsborg y cambiar la fecha.

-¿Cambiarla cuando va a venir mañana?

-No, supongo que eso no funcionará -la miró-. Dile a Zane que te reunirás con él en Carolina.

-No lo entenderá -movió la cabeza y regresó detrás de su escritorio.

Liz titubeó.

-Sé que no quieres oír esto, pero si no lo entenderá, no es el hombre para ti. Esta transacción te hará socia de la empresa. ¿Tiene alguna idea de lo que eso significará para tu futuro?

Con la hoja de papel aún estrujada en la mano, recogió el bolso de la mesa.

-Volveré en una hora -dijo al salir.

De camino a la casa de Zane, practicó lo que iba a decir. Le explicaría la situación, le diría que fuera sin ella a Carolina del Sur, que tomaría el primer vuelo del día siguiente. Zane lo entendería porque la amaba. Tendría que hacerlo.

Aparcó en el patio bajo los árboles que comenzaban a perder las hojas. Sólo estaban a finales de septiembre, aún hacía una buena temperatura, pero el aire había cambiado. Contempló la granja mientras se dirigía al porche. Era tan bonita, tan idílica. La otra noche habían hablado de dónde vivirían una vez que se casaran, y Elise comprendió que ése era el lugar donde quería vivir. La granja familiar era donde quería criar a sus hijos.

-¿Zane? -subió al porche, donde el perro le dio la bienvenida y se asomó a la cocina-. ¿Zane?

No obtuvo respuesta. La furgoneta y el coche estaban en la entrada, de modo que tenía que estar por alguna parte.

Volvió a bajar los escalones y rodeó la granja seguida de Scootie, que movía el rabo entusiasmado. Llevaba unos pantalones caqui informales y una blusa blanca, ropa que últimamente parecía más apropiada a su estado de ánimo que los severos trajes que colgaban de su armario.

-¿Zane?

-¿Ellie? En el jardín.

Fue a la parte posterior de la casa y lo encontró arrancando judías verdes, cuyas raíces limpiaba de tierra antes de arrojarlas en una cesta. Llevaba puestos unos vaqueros, una camiseta verde y unas botas de trabajo; se lo veía tan bien, que habría podido comérselo.

-Hola -caminó entre las hileras de judías verdes.

-Qué sorpresa tan agradable -la agarró por el cinturón y la acercó para darle un beso-. ¿Qué sucede?

Lo miró. Deseó que no tuviera puestas las gafas de sol, para poder verle los ojos.

-Necesito hablar contigo acerca de mañana.

La observó y la expresión de su boca se endureció. -No vas a venir -expuso sin rodeos. -Zane...

La apartó y caminó entre las hileras de judías verdes en dirección a la casa.

-¡No me dejes plantada! Ni siquiera has oído lo que tengo que decir -dijo a sus espaldas, furiosa.

-He oído suficiente -replicó- como para saber que el compromiso queda roto, Ellie.

Capítulo 10

A medida que la relación avanza, tened cuidado con los baches del camino. No os permitáis creer que sólo son simples botes causados por la velocidad. Prestad atención a esas banderas rojas y poned fin a una relación antes de involucraros emocionalmente.

ELISE permaneció en el jardín y con incredulidad lo observó marcharse. -¿Ni siquiera vas a dejar que trate de explicártelo? -exigió, siguiéndolo.

-No hace falta ninguna explicación -siguió andando-. Has sido muy clara.

Corrió para alcanzarlo.

-Zane, hubo una confusión con mis mensajes... El vicepresidente de Lindsborg Associates me llamó hace casi una semana para informar de que vendría a la ciudad el viernes por la noche. Quieren cerrar la operación. No puedo no reunirme con él -le tomó la mano y él se detuvo, pero no la miró.

-Claro que puedes cancelarlo.

Elise nunca lo había visto tan enfadado.

-Llámalo para decirle que hubo una confusión y que no estarás en la ciudad el viernes por la noche, porque tienes que ir a Carolina del Sur con tu novio para asistir a una boda familiar.

-Zane, puedo estar allí el sábado por la mañana -se plantó delante de él, bloqueándole el camino hacia la casa-. No me perderé la boda de Carter y Amy.

-¡Su boda no es lo importante, maldita sea! -estalló-. Lo importante es nuestra boda. Nuestro compromiso. Lo que estás haciendo es cancelar nuestro compromiso.

-No -gimió con frustración, apartándose un mechón de pelo-. Quiero casarme contigo. Quiero decirle a tu familia que estamos oficialmente prometidos. Lo que pasa es que no puedo estar contigo el viernes por la noche porque tengo esta obligación.

-No puedes estar con tu novio cuando le anuncie a su familia que se va a casar contigo porque tienes una reunión de negocios -manifestó con frialdad-. ¿Qué? ¿Se supone que debo anunciar nuestro compromiso yo solo? -soltó una risa carente de humor-. A mí me suena a cancelación de compromiso. ¡Me suena como que ese campo de golf es más importante que el anillo que iba a darte! -gesticuló enfadado.

Elise bajó la vista, y cuando alzó la cabeza, su voz reflejó una ira similar a la de Zane. Había sabido que eso sucedería. ¡Lo había sabido! ¿Cómo había sido tan tonta para pensar que conseguiría que funcionara? ¡Su padre se lo había advertido, Liz se lo había

advertido y hasta ese estúpido libro se lo había advertido!

-Liz dijo que responderías de esta manera -musitó.

-Por supuesto -alzó las manos-. Sabía que eso iba a suceder. ¿Qué me dices de tu padre? ¿Él no te lo advirtió? Seguro que Edwin Montgomery te dijo que no podrías casarte conmigo y ser feliz. Y, desde luego, tú le hiciste caso, ¿verdad?

Ella cruzó los brazos y apretó la mandíbula.

-Eso es injusto y no es verdad.

-Puedes mentirte a ti misma, Ellie, pero no a mí. Te has pasado toda la vida tratando de complacer a otros, tratando de ser lo que otros quieren que seas, de hacer lo que los demás quieren que hagas. ¿Ahora también tienes que amar a quien te dicen que ames?

-No sabes lo que dices -espetó.

-Creo que sí. Has pasado toda la vida tratando de conseguir que tu padre te aceptara, que te quisiera. ¿Y sabes qué? No va a suceder. Sin importar lo que hagas, no va a ofrecerte ese amor, porque él mismo no lo tiene -abrió los brazos-. Simplemente, no lo tiene.

Elise sintió que las lágrimas le quemaban los ojos, pero se negó a dejar que Zane la viera llorar.

-Tú no conoces a mi padre.

-Oh, claro que sí. ¡Lo conozco porque es igual que mi madre! Ellie...

En esa ocasión fue Elise quien se apartó.

-Esta conversación se ha terminado -afirmó-. Si no puedes aceptar el hecho de que tengo obligaciones en mi carrera, entonces no estamos hechos el uno para el otro.

Rodeó la casa por el sendero. Scootie corrió detrás de ella, delante, agitando el rabo, lamiéndole los dedos. Ellie pensó que Zane también la seguiría. No lo hizo.

Palmeó la cabeza del perro y se subió al coche.

-Se acabó -musitó.

Ese día se quedó en el trabajo hasta pasadas las diez y luego cayó en un sueño exhausto. Se esforzó en no pensar en Zane. Tenía el corazón roto, pero sabía que era mejor romper en ese momento que más adelante. Estaba decidida a no casarse y divorciarse una y otra vez, como hacía su padre. Prefería quedarse soltera antes que someterse a esa clase de agitación emocional.

Zane y ella simplemente no estaban hechos el uno para el otro. Era así de simple. Todo lo que había puesto Cómo Buscar Marido era verdad; pero ella había prescindido del consejo, creyendo que el libro se equivocaba. En cuanto a lo que le había dicho acerca de que escuchaba a los demás y no a sí misma... no tenía razón. Estaba

enfadado cuando lo dijo; la gente decía cosas que no eran ciertas cuando estaba agitada.

Al día siguiente en la oficina, se puso su mejor traje rojo de seda, y los zapatos negros de más tacón. Esa mañana fue la primera en llegar.

Cuando Liz llegó a las nueve, entró en el despacho de Elise.

-¿Cómo fue ayer con Zane?

Elise había estado archivando unos papeles y permaneció de espaldas a su amiga.

-Tan mal como cabía esperar.

-Lo siento mucho.

Y sonaba como si fuera verdad. Se volvió para encarar a su amiga. Sentía los párpados irritados de contener tanto tiempo el llanto. Tragó saliva y sonrió. No iba a llorar.

-Gracias.

-¿Y? -Liz permaneció en la puerta.

-La boda se ha cancelado -regresó a su escritorio. Y voy a concretar la venta de Lindsborg aunque sea lo último que haga -se sentó y comenzó a repasar cierta información que había impreso de Internet sobre los otros campos de golf de la compañía.

-¿Y estás bien? -preguntó Liz.

Se encogió de hombros, pensando que si conseguía pasar ese día, estaría bien.

-Nada que no arregle una buena venta y mucho trabajo duro.

Liz rió con ella, luego guardó silencio un rato.

-Escucha, Elise -dijo-. Quiero disculparme por mi comportamiento de las últimas semanas.

-No sé de qué estas hablando -frunció el ceño.

-Sí lo sabes -se acercó al escritorio y la obligó a levantar la vista-. La cuestión es que estaba celosa. De que tuvieras a alguien de quien preocuparte y... de que seas mejor que yo vendiendo propiedades.

-Liz...

-Deja que termine, porque no recibes a menudo una disculpa de Liz Jefferson -apoyó las manos bien cuidadas sobre la mesa-. Sólo quiero decirte que lo siento. Eres mi amiga y debería haberme sentido feliz por ti. ¿Sabes? Me reí de ti por el libro, pero en secreto estaba celosa de que te hubiera funcionado.

-Sí, justo -bufó Elise.

Liz volvió a sonreír.

-Sabes a qué me refiero. Al menos lo estás intentando. Sabes lo que quieres y vas en pos de ello -dio una palmada sobre el

escritorio-. Bueno, te dejaré trabajar. Quiero que me llames en cuanto termines con Lindsborg para que me cuentes todo sobre la venta.

Elise sonrió, complacida de que las cosas se hubieran arreglado entre ellas.

Aquella noche, llegó temprano al restaurante para cerciorarse de que la mesa reservada en la cara marisquería era la apropiada. Pidió agua mineral y se sentó para esperar a John Lindsborg. Mientras bebía, sus pensamientos regresaron a Zane en contra de su propia voluntad.

No podía creer que no la hubiera llamado. Le había dicho que la amaba, pero había roto el compromiso con tanta facilidad, que se preguntó si realmente la amaba.

De pronto los ojos se le llenaron de lágrimas.

Había cometido un error. Probablemente era demasiado tarde para arreglarlo, pero...

-Señorita Montgomery -dijo un hombre distinguido de poco más de cuarenta años.

Se levantó y le estrechó la mano.

-Señor Lindsborg, encantada de conocerlo.

-No puedo decirle lo satisfecho que estoy de que se haya puesto en contacto con nosotros, señorita Montgomery. Mi padre ha quedado muy impresionado con su...

-Perdóneme, señor Lindsborg...

-Por favor, llámeme John.

-John -recogió el bolso-. ¿Podría disculparme un minuto? Vuelvo enseguida.

Antes de que pudiera contestarle, se dirigió a los aseos femeninos. Una vez dentro, se observó en el espejo mientras utilizaba el móvil. Era una mujer atractiva; le gustaba el pelo más largo, no tan peinado. Pero el traje rojo. No era su estilo. Jamás lo había sido.

El teléfono sonó hasta que Liz contestó.

-Hola.

-¿Liz?

-¿Elise? ¿Qué hora es? No puedes haber terminado ya tu reunión con Lindsborg.

-Liz, escúchame. ¿En cuánto tiempo podrías estar en el restaurante?

-¿Qué?

-Ya me has oído -volvió a mirarse en el espejo y sonrió-. ¿Cuánto tiempo tardarías en vestirte, ponerte uno de esos trajes demoledores

y presentarte aquí?

-Es... estoy vestida. Puedo estar allí en diez minutos.

-Perfecto. Vas a reunirte con John Lindsborg. Tiene esposa y tres hijos. Está todo en el portafolios junto con los detalles de la transacción, que dejaré en la mesa para ti.

-¿Dejarme en la mesa? ¿De qué estás hablando, Elise? ¿Te encuentras bien?

-Estoy bien -no pudo evitar sonreírse. Quizá no funcionara. Probablemente, no, pero sin importar lo que pasara, la decisión la había tomado ella-. Estoy de maravilla, Liz.

-Pero, ¿adónde vas? Has trabajado tanto en este proyecto... la venta está prácticamente hecha. ¿Por qué no puedes quedar tú con Lindsborg?

-Me voy a Carolina del Sur a presentar mis disculpas, y luego dejo el trabajo.

-¿Lo dejas? -preguntó Liz con evidente incredulidad.

-Sí, lo dejo -se apoyó en el lavabo, sin importarle si mojaba la blusa de seda-. No me gusta el negocio de la inmobiliaria. No sé si alguna vez me gustó.

-Pero se te da tan bien -indicó Liz-. Eres la mejor. -Pues seré la mejor en otra cosa. En algo que me guste.

-Vas a ir a buscarlo -murmuró Liz.

-Es probable que ya lo haya estropeado, que sea demasiado tarde, pero como mínimo le debo una disculpa a Zane.

-¿Y él no te debe una? -preguntó-. Para empezar, es él quien rompió contigo por todo este asunto. -Bueno, en el amor no puedes llevar esas cuentas.

Y nuestra ruptura fue algo más complicada que eso.

Me voy al aeropuerto.

-¿Te vas a ir así, sin más? ¿No harás las maletas? -No.

-Chica, tienes agallas, he de reconocértelo.

Elise rió y abrió la puerta de los aseos femeninos. -Te llamaré cuando vuelva. Gracias, Liz. -Gracias a ti.

Guardó el móvil y regresó al comedor.

-John -dijo al acercarse a la mesa-. Ha surgido algo y he de irme.

Él comenzó a levantarse. -¿Hay algo que yo pueda...?

-Por favor, siéntese. Beba una copa de vino a nuestra salud. Yo debo irme, pero Liz Jefferson, nuestra mejor vendedora del mes pasado, llegará muy pronto.

Toda la información que necesita está aquí en estas carpetas que dejaré para ella, así que no se preocupe, estará en buenas manos -recogió el maletín de piel del suelo y lo depositó en la silla vacía

que había frente a él-. Y buena suerte con el campo de golf.

Se marchó. Al salir del restaurante miró el reloj. Aunque tuviera que hacer todo el trayecto en coche, estaría en Carolina del Sur cuando Zane se levantara al día siguiente.

Zane estaba sentado en el borde de la cama de la habitación del hotel, descalzo y en calzoncillos, con la vista clavada en la ventana. En el exterior aún estaba oscuro, pero ya podía ver pequeñas vetas de luz que aparecían por el cielo occidental. Había estado despierto toda la noche, pensando. Repasando una y otra vez en su mente lo que había hablado con Ellie, lo que ella le había dicho.

-Fue su elección -comentó obstinado en voz alta.

El silencio en la habitación a oscuras era opresivo.

Echaba tanto de menos al abuelo, que dolía. Y echaba aún más de menos a Ellie.

-¿Qué piensas, abuelo? -preguntó a la habitación vacía. Lo gracioso fue que de pronto percibió como si ya no estuviera solo. Sonrió con tristeza-. Esta vez la he fastidiado, ¿verdad? -se pasó la mano por el pelo revuelto-. ¿Qué me pasaba? ¿Es que buscaba una excusa para dejarla o qué?

Escuchó el silencio.

-Supongo que me asusté, abuelo. Estaba trastornado por tu muerte. Tú me habías dejado. Mamá me había dejado. Papá me había dejado. Judy me había dejado. Quizá pensé que si cortaba con Ellie, no tendría que experimentar el dolor de que también ella me dejara -rió sin ganas-. Bastante estúpido, ¿verdad?

Otra vez silencio.

-¿Y ahora qué? -musitó-. No va a querer hablar conmigo. Ella tenía tanto miedo como yo de que esto no funcionara. Pero había avanzado tanto en los últimos meses. Sé que tú lo viste, abuelo.

Sonrió al pensar en ello.

-Algunas cosas eran sutiles. Ya sabes, dejarse crecer el pelo, ponerse ropa que nunca antes se había puesto. Pero estaba descubriendo cosas sobre sí misma, acerca de lo que le gustaba y lo que no le gustaba. Quién era realmente. Hizo falta agallas para abrirse contigo. Para quererte. Desde luego, hizo falta agallas para plantarle cara a Meagan.

Rió, y casi pudo oír la risa entre dientes de su abuelo.

-Supongo que no tengo que preguntar lo que debería hacer, ¿verdad? -giró la cabeza, y mentalmente pudo ver al abuelo sentado a su lado, sonriéndole-. ¿Quieres venir conmigo? -se levantó de la cama-. ¿No? -sonrió-. Sí, si quedé como un imbécil delante de ella, supongo que voy a tener que disculparme yo solo también.

Fue a la maleta y sacó unos vaqueros y una camiseta.

-Supongo que Carter y Amy entenderán que me pierda su boda, ¿verdad? -se puso los pantalones-. Desde luego, todo el trayecto de vuelta va a ser una pérdida de tiempo. Ella no querrá escucharme. Ya es demasiado tarde para disculparse. No va a querer casarse conmigo. Diablos, yo tampoco querría casarme conmigo después del modo en que me comporté.

Se puso la camiseta y luego unos mocasines de piel.

-¿Nos vemos, abuelo?

Sintió una oleada de calidez y cerró los ojos unos momentos, perdido en el abrazo de su abuelo.

-Te llamaré. Te haré saber si te esperan unos bisnietos en el futuro.

Con una sonrisa, recogió la maleta y salió de la habitación y del hotel, a la temprana luz de la mañana.

Elise contó los semáforos mientras atravesaba la ciudad. Recordaba el hotel donde Zane le había dicho que había reservado las habitaciones, y se había detenido en todos los supermercados nocturnos para pedir indicaciones sobre cómo llegar. Había realizado el trayecto en buen tiempo. Cuando Zane despertara, pensaba estar plantada ante su puerta. Sabía que estaría enfadado. Era posible que ni siquiera deseara escuchar lo que tenía que decirle, pero lo obligaría.

Al ver el letrero luminoso del hotel, puso la luz intermitente y giró para entrar en el aparcamiento. Al hacerlo, un coche pasó a su lado.

Un coche que se parecía al de Zane, con un conductor que tenía un parecido notable con Zane...

Al pasar, giró la cabeza para mirarlo. Empezaba a amanecer y no pudo ver bien, pero tuvo la certeza de que se trataba de Zane. ¿Adónde iba tan temprano?

El giró la cabeza al mismo tiempo y la miró igual de sorprendido que ella.

Elise aparcó en el espacio más próximo y apagó el motor, pero durante un minuto permaneció con las manos en el volante. Temblaba.

Zane dio la vuelta y aparcó a su lado.

Los dos abrieron la puerta y bajaron. Él estaba tan atractivo como siempre y daba la impresión de que acababa de levantarse... o de que no había dormido nada.

-¿Ellie?

Las lágrimas le anegaron los ojos al rodear el coche de él por la

parte delantera, enfundada en el traje rojo arrugado y los zapatos de tacón alto que la estaban matando. Lamentó no haber tenido el sentido común de parar en una tienda de a dólar para comprarse unas zapatillas.

-¿Qué haces aquí? -preguntó Zane yendo a su encuentro-. ¿El avión de Lindsborg sufrió algún retraso?

-Zane, lo lamento tanto -lo tomó por ambos brazos y agradeció que él no la apartara-. Tenías razón y yo estaba equivocada.

El apoyó las manos en las caderas de ella y el contacto fue magnífico para los dos.

-No -contradijo-. Yo estaba equivocado. Fue un error lanzarte un ultimátum. Ya he estado en esa posición antes. De haber sido tú, habría hecho lo mismo.

-Tú no habrías abandonado tu vida por la persona que quieres sólo para demostrar algo -susurró ella-. Para demostrarte algo a ti mismo.

-Casi lo hice -repuso sin dejar de mirarla.

-Oh, Zane -musitó. Pero no trató de contener las lágrimas. Se abrazaron-. Hacía lo que todo el mundo me decía. Me apoyaba en ellos. En mi padre, en Liz, en el señor Gallagher -rió y lloró al mismo tiempo.- Hasta compré un libro estúpido que me decía cómo buscar al marido apropiado para mí. Y todos se equivocaban -alzó la cabeza-. Todos. Yo era la única que sabía quién me haría feliz. Tú me hiciste feliz.

-Jamás debí compararte con Judy o con mi madre. Desde el primer instante en que te conocí, supe que no te parecías en nada a ellas. Diablos, el abuelo lo supo -ella rió y se secó los ojos-. Lamento mucho lo que dije sobre tu padre.

-Pero tenías razón -confirmó-. A menos que sea como él, con igual éxito e igual infelicidad, jamás va a aceptarme. Pero ése es su problema, no el mío.

Zane le sonrió y le acarició las mejillas con las yemas de los dedos.

-¿Sabes lo que descubrí esta mañana? Bueno, lo que el abuelo me ayudó a descubrir -ella negó con un gesto de la cabeza-. Que no me importa que te entregues a tu carrera. No me importa si quieres trabajar siete días a la semana, doce horas al día. Te amo, Ellie. Y te amaré de cualquier modo que pueda tenerte, y si eso significa que he de casarme con la agente inmobiliaria de más éxito de toda la costa este, entonces así es como será.

Ella se puso a reír.

Él la tomó por los hombros.

-Háblame. Di algo.

-Bueno, puede que haya un pequeño problema con eso -juntó los labios, incapaz todavía de creer lo que había hecho-. Porque me parece que he dejado mi trabajo.

-¿Qué?

-Me di cuenta de que no me gustaba -confesó-. No quiero trabajar tantas horas. No quiero perderme todo lo bueno de la vida. No quiero perderme el crecimiento de nuestros hijos.

-¿Qué quieres? -preguntó él, acariciándole el pelo.

-Aún no estoy segura -repuso pensativa-. Sé que quiero casarme contigo. Sé que quiero tener hijos contigo. Creo que tal vez me gustaría enseñar, aunque me agradaría disponer de cierto tiempo para pensarlo. ¿Qué te parece mantener a una mujer desempleada?

-Creo que eso se puede arreglar -sonrió-. Entonces, Ellie Montgomery, ¿quieres casarte conmigo?

-Sólo si tú quieres casarte conmigo, Zane Keaton.

No tuvo que contestar. La tomó en brazos, le cubrió la boca con los labios y con un beso desterró cualquier incertidumbre que hubiera podido tener alguna vez acerca de que él pudiera ser el marido perfecto para ella.

EPÍLOGO

Un año después

ELISE estaba sentada en la hamaca del porche cortando las últimas judías verdes del huerto, cuando vio el nuevo Mercedes descapotable de Liz entrar y aparcar debajo del roble, junto a la furgoneta de Zane. Bajó y siguió el sendero que conducía a la casa escoltada por el perro.

-Qué imagen -comentó Liz. Llevaba un elegante traje amarillo con zapatos de tacones altos que hacían que sus piernas parecieran elevarse eternamente.

Elise abrió los brazos para mostrar el vientre redondeado.

-Sólo estoy de siete meses, pero tengo toda la pinta de estar a punto de reventar, ¿verdad?

-Oh, no sé -sonrió, sentándose al lado de ella-. A mí me pareces muy feliz -bajó la vista a los pies de Elise y los señaló-. Pero eso podría ser excesivo.

Elise movió los dedos y soltó una carcajada.

-Lo sé... descalza y embarazada. Bueno, fui yo quien convenció a Zane de que deberíamos tener un hijo un año después de habernos casado... él quería esperar. En cuanto a los zapatos -se encogió de hombros-. Tengo los pies hinchados y hace calor.

Liz rió y sacó una judía verde de la cesta que había entre las dos.

-Sólo puedo quedarme un momento, porque tengo que enseñar una casa cerca de aquí. Quería ver cómo estabas.

-Muy bien, pero me gustaría que vinieras más a menudo -comentó-. Te echo de menos.

-¿Pero no echas de menos trabajar? -preguntó esperanzada.

-En absoluto. Voy a tener el bebé, no moverme una temporada y cuando estemos listos, creo que volveré a la universidad.

Liz movió la cabeza.

-Sigo sin poder creerme que lo dejaras de esa manera. ¿Te das cuenta de la cantidad de dinero que perdiste con la operación Lindsborg? Realmente eres feliz, ¿verdad? -le tomó la mano.

Elise asintió.

-Para mí, ésta es la elección correcta por ahora –se frotó el vientre-. Es lo que quiero.

Liz se puso de pie.

-Bueno, he de irme -alzó las manos-. Por favor, no te levantes. No querrás romper aguas.

Elise rió.

-Vuelve pronto... cuando puedas quedarte.

-Lo haré -se despidió con un gesto de la mano. Justo cuando el

coche se alejaba, Zane subió los escalones del porche.

-¿Era Liz?

-Sí, andaba por aquí y pasó a saludar -alargó la mano y Zane la ayudó a incorporarse. -¿Estás bien? -le preguntó. Le pasó los brazos por la cintura.

-Mejor que bien. De maravilla.

Le besó la punta de la nariz y ella le acarició la mejilla guiándole la boca hacia la suya.

-¿Estás ocupado? -murmuró.

-Nunca demasiado para ti -musitó con voz ronca-. ¿Qué tenías en mente?

Ella se puso de puntillas y susurró algo en su oído.

-Creo que puedo complacerte -bromeó con tono sexy.

Tomados de la mano, entraron en la casa, atravesaron la cocina, avanzaron por el pasillo, más allá de la lista enmarcada de Cómo Buscar Marido, y subieron las escaleras.

Elise había aprendido que una de las mejores cosas que tenía no ser una mujer trabajadora, era que podía hacer el amor con su marido en cualquier momento. No sabía cuánto tiempo sería esposa y madre a tiempo completo antes de volver a incorporarse al mercado laboral, pero iba a aprovechar las ventajas el tiempo que pudiera...

Colleen Faulkner - Marido perfecto (Harlequín by Mariquiña)